Alfredo Molano

AGUAS ARRIBA

ENTRE LA COCA Y EL ORO

Prólogo de Jorge Orlando Melo

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

No muy lejanas a las aventuras y desventuras de los viajeros españoles del siglo XVI —los territorios agrestes y la sed de oro no han variado un ápice—, estas crónicas escritas por Molano a partir del testimonio de los propios protagonistas y de su experiencia en tierras de colonos, resultan tan apasionantes como desgarradoras.

Con una pluma ágil y brillante, Molano nos adentra en tierras recónditas, en un mundo en buena parte sin Estado, sin sistemas judiciales definidos, donde las normas de convivencia se imponen ya sea espontáneamente o por la fuerza. Un mundo duro, donde sobrevivir no es una tarea sencilla.

punto de lectura

ISBN: 958-704-335-9

9 789587 043358

www.puntodelectura.com

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ALFREDO MOLANO

Aguas arriba
Entre la coca y el oro

punto de lectura

bib ESTRELLA ROJA khalil.rujo.col@gmail.com

Título: *Aguas arriba*
© 2001, Alfredo Molano
© 2001, El Áncora Editores
© De esta edición:
Por cesión de derechos de El Áncora Editores
2005, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Calle 80 No. 9-69, Bogotá (Colombia)

ISBN: 958-704-335-9
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

© Imagen de cubierta: Julián Arango
© Diseño de cubierta: Nancy Cruz
Diseño de colección: Suma de Letras

Impreso en el mes de julio de 2005
Segunda reimpresión, julio de 2010
por Nomos Impresores

Todos los derechos reservados. Este libro no
puede ser reproducido por ningún medio,
ni en todo ni en parte, sin el permiso del editor.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ALFREDO MOLANO

Aguas arriba

Entre la coca y el oro

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Contenido

Prólogo 9

Agradecimientos 17

1. Chispas, el cabo 19

2. Mauricio 53

3. La Gata 71

4. El joyero 103

5. Los Monos 153

6. Serafina 203

7. Epílogo 223

Glosario *225*

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Prólogo

El capitalismo salvaje

Esta obra de Alfredo Molano nos sigue dibujando, con sus peculiares procedimientos literarios, la historia de esas zonas de violencia y esperanza en que se han convertido las áreas de colonización en Colombia. Se trata de historias de frontera, como fueron historias de frontera las incluidas en *Siguiendo el Corte o Selva adentro:* de ese mundo en el que se concentra el futuro imaginario e ilusorio de quienes no encuentran sitio dentro del país convencional. Un mundo en buena parte sin Estado, sin sistemas judiciales definidos, donde las normas de convivencia se imponen o espontáneamente o por la fuerza. Al mismo tiempo, un mundo de una vitalidad sorprendente: la energía de los desesperados, el vigor de quienes no quieren aceptar que pueden ser derrotados, la confianza indestructible de quines han visto derrumbarse una y otra vez sus sueños.

Los textos de Molano permiten ver con claridad tanto la autonomía de la frontera como su sorpren-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

dente fuerza. Y permiten ver cómo lo que de alguna manera podría definirse como un negativo del país —zonas sin Estado, donde la guerrilla es guardián del orden, sin escuelas ni iglesias, sin industrias ni cultivos permanentes— constituye, sin embargo, una prolongación entre corrupta y entusiasta de lo que es el resto de Colombia. Una de las comprobaciones más aterradoras de la lectura de los testimonios presentados por Molano es la forma irrestricta como los habitantes de estas zonas, los comerciantes y los colonos, los guerrilleros y los mineros, las matronas de las casas de prostitución e incluso los mismos indios, viven obsesivamente los sueños y valores del capitalismo y los han convertido en motivos centrales de vida y existencia. El dinero, ante todo, que aunque es definido por algún personaje como la boñiga del diablo, en una frase de origen luterano puesta a circular probablemente por los misioneros protestantes, es perseguido por todos como el símbolo por excelencia del triunfo. El hombre hábil es el que tiene «olfato para el dinero»; todos se miden en él, todos luchan por él.

Por supuesto, el afán de enriquecimiento está muy influido por las características de la economía minera: hay que trabajar para hacer dinero, pero el azar o el engaño hacen parte casi inevitable del proceso. El capital con el que se cuenta recibe el nombre universal de «plante», como en las mesas de juego. Y nada más reiterativo que las historias de engaño,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

que muestran a todos los personajes víctimas de estafas y robos perpetrados por socios, comerciantes o indios. Las víctimas se vuelven victimarios y quien acaba de contar cómo fue engañado no duda en tramar en forma similar a los investigadores.

Se trata, pues, de un capitalismo salvaje, de un proceso de acumulación originaria en el que probablemente las únicas fortunas se hacen lejos del mundo de las minas, pues en éste rigen, con la violencia y la guerra, la pobreza y el hambre. De un capitalismo en el que todo es negociable: se venden provisiones, armas, mujeres; se cobran el rescate de un naufragio, la muerte de un animal de la selva. Y de un capitalismo en el que los riesgos son elevados y deben ser asumidos: los personajes están dispuestos a jugarse siempre el plante, y rechazan la parsimonia y la mentalidad de ahorro. El dinero, en efecto, huye a los avaros y sólo se muestra a quienes están dispuestos a derrocharlo.

La guerrilla, por su parte, aparece como la única garante del orden y de la previsibilidad que alguno de los personajes no duda en elogiar en términos casi weberianos, por la regularidad de sus normas frente a la arbitrariedad de las autoridades legales. Son quizás, con los catecúmenos de Sophia Müller, los únicos con algo de puritanismo: prohíben la prostitución y sueñan con hacer urbanizaciones donde los mineros vivan con sus mujeres e hijos, para que «ahorren y echen para adelante».

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

La ineficiencia de la mano invisible

Este trabajo apunta, por otra parte, a uno de los puntos débiles de las teorías liberales ahora tan de moda. Mientras en la clásica teoría de Adam Smith las decisiones individuales impulsadas por el egoísmo y el afán de lucro personal conducen, como por el efecto de una mano invisible, a la asignación más eficiente de recursos y al bienestar general, estas zonas de minería y colonización muestran las limitaciones de mercado y de la iniciativa personal. Lo que la mano invisible produce no es la prosperidad ni el desarrollo, sino la pobreza y el derroche irracional de recursos. En las condiciones de la frontera, el futuro no tiene costos, y la destrucción del medio ambiente, la conversión de la selva en pedregales removidos, son aspectos que no entran en el horizonte de tiempo de ninguno de los empresarios locales. La misma siembra o el establecimiento de un sistema adecuado de aprovisionamiento parecen depender de plazos demasiado remotos para la urgencia de los mineros: algunos de ellos descubren, como por azar, cuando están arruinados temporalmente, las grandes ventajas de invertir en comida o diversiones, pero cuando se han recuperado un poco vuelven a jugarlo todo a los ensueños de vetas y filones.

Con el fracaso de los socialismos de la Europa Oriental y Cuba, el triunfo del liberalismo parece indiscutible, y en todas partes se habla de desmante-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

lar el Estado para dar libre curso a las leyes del mercado. Estas zonas de frontera, sin embargo, deben servir para recordar que hay dos aspectos que quedan por fuera del automatismo eficiente del mercado: la defensa de los recursos naturales y la creación de un nivel de vida mínimo para toda la población. Estas son áreas en las que únicamente mediante la acción pública (del Estado o las comunidades) es posible contrarrestar los efectos perversos del mercado y la libre competencia. La colonización reciente, descrita ya en tantas narraciones de Molano, es el mejor ejemplo de una actividad que atrae con sus espejismos a una población que no encuentra sitio en las zonas ya habitadas del país, y en la que los resultados, a la larga, son más pobres de los que habrían resultado de dejar la selva donde estaba y el oro bajo tierra.

La narración y la exposición científica

El lector que, en el afán de entrar en materia, haya omitido esta introducción, tiene al menos una ventaja sobre el que ahora lee estas líneas: puede leer las narraciones que siguen, la historia del policía, del minero, de la aventurera, como si fueran el recuento de la vida de una persona. Nada le dice que el rico y agitado texto que sigue es el resultado de un procedimiento muy especial, en el que la pobreza usual de

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

la vida de cualquiera se destila y combina con las experiencias de vida de otros, con el tono del lenguaje, con las expresiones y sentimientos de muchas personas. Yo mismo no sé si en este libro la técnica anterior, descrita por Molano, entre otros sitios, en sus «Consideraciones sobre la Historia Oral» (*Gaceta de Colcultura*, No. 7, 1990), ha sido aplicada, y si cuando nos dice que sigue la transcripción textual de una entrevista, esto es un aserto o un recurso literario para mantener mejor la ilusión de realidad.

Se trata, pues, de un libro que se aleja tanto del reportaje periodístico, hecho con maestría en Colombia por Germán Castro Caycedo o Gabriel García Márquez (quien no siempre renunciaba a inventar incidentes que revelaran mejor los hechos), como del trabajo sociológico académico y convencional. Según el autor lo ha explicado, la búsqueda de información se realiza en forma similar a la que aplican sociólogos y etnólogos, pero el esfuerzo se orienta a captar más bien el tono de voz, el espíritu propio de una narración que permita transmitir la substancia de la experiencia vivida, que la información externa reconstruible en cuadros y estadísticas. No se trata de dar interpretaciones y explicaciones causales sobre la conducta de las gentes, sino de ofrecer la imagen «de sus sensaciones, de sus sueños, de sus perspectivas, de sus posibilidades, de toda la cadencia y toda la substancia que realmente vive la gente», como lo dijo en el artículo que he citado.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Metodologías alternativas, formas diferentes de acercarse a la realidad. Ya los historiadores habían advertido cómo la narración convencional no logra ofrecer la vivencia que es propia de la novela histórica. ¿Y sabe alguien más de Bolívar cuando ha leído una buena biografía convencional que cuando se asoma a sus pensamientos y emociones en la novela de García Márquez, a pesar de sus mitos e inexactitudes factuales? Yo creo que no, y lo mismo creo que en estos años de ruptura de los códigos narrativos, la exposición científica es apenas una forma de acercamiento al conocimiento, que ofrece una visión limitada e incompleta de una realidad mucho más compleja. Así como los diversos protagonistas de Molano unen sus voces múltiples en un texto que condensa sus dispersas perspectivas, si los lectores queremos entender a nuestro país tenemos que apelar a las voces múltiples de sociólogos e historiadores académicos, de novelistas y periodistas, de quienes inventan, como Alfredo Molano, una nueva forma de narrar.

Jorge Orlando Melo

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Agradecimientos

La crónica que el lector tiene en sus manos es producto de un viaje a la Comisaría del Guanía realizado en junio de 1988 por Juana Escobar, Martha Arenas, Fernando Rozo y quien aparece como el autor del texto. Es por eso que la crónica fue escrita en primera persona del plural, y es por eso que la intensa experiencia que vivimos minuto a minuto en el proceso de recoger y elaborar la información de este libro tiene que ser consignada en el párrafo inicial del mismo.

En el Guaviare y en el Guayabero habíamos oído hablar de la Serranía de Naquén como seguramente hace siglos se oyó hablar de El Dorado. A Naquén iba todo el mundo porque allí habían descubierto, según decían, ríos de oro. Cuando los precios de la coca se vinieron abajo y los carteles de la droga comenzaron a controlar el mercado para que el colono no dejara de sacar su «base» pero tampoco se volviera rico, el oro de Guanía se tornó el sueño de quienes se veían defraudados o arrinconados, y cuando pre-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

guntábamos por antiguos conocidos, invariablemente nos respondían que «andaban mineando» en Naquén. Quisimos seguirle la pista a nuestra gente, y decidimos viajar al Guanía.

El viaje y la investigación contaron con el apoyo y el estímulo del Paul Melman, quien logró que nuestra labor no quedara reducida a un simple «informe técnico». A través de la Corporación de Araracuara, la Misión Técnica Holandesa del Convenio Dainco-Cassam financió el trabajo de campo en su totalidad y sostuvo contra viento y marea la fe en lo que estábamos haciendo. La Comisaría del Guanía, y especialmente su titular, Carlos García, nos ayudó a resolver el problema del transporte, y Santiago Carrizosa y María del Rosario Ortiz, además de adelantar con nosotros el trabajo de campo, nos enseñaron a observar la selva con cautela.

Alfredo Molano

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

1. Chispas, el cabo

Puerto Inírida parecía aquella mañana transparente más agitado que cuando pasamos hacia el Orinoco, apenas un año atrás. En realidad, en esa oportunidad no habíamos tenido ocasión de conocer la capital de Guainía ni de empaparnos de su ambiente.

El hotel donde nos hospedamos, El Safari —cuyo aviso descolorido cuelga de mala gana en una pared sucia—, fue en una época centro turístico y deportivo que su propietario, Mister Ciruti, tenía organizado para gringos. El programa comenzaba en los Estados Unidos, congregando cazadores y pescadores aficionados que trasladaba directamente a Puerto Inírida con una breve escala en Bogotá. Los gringos creían llegar al borde mismo del mundo. Mister Ciruti les tenía organizadas de antemano pesquerías y cacerías en las que cada cual probaba sus capacidades, y por las noches, envanecidos por los logros, se emborrachaban. Mister Ciruti traía de los Estados Unidos no sólo a los gringos sino todo lo que ellos consumían o podía consumir: whisky, en primer lugar, pero también la comida —pues las piezas cobradas con sus rifles o sus cañas por los intré-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

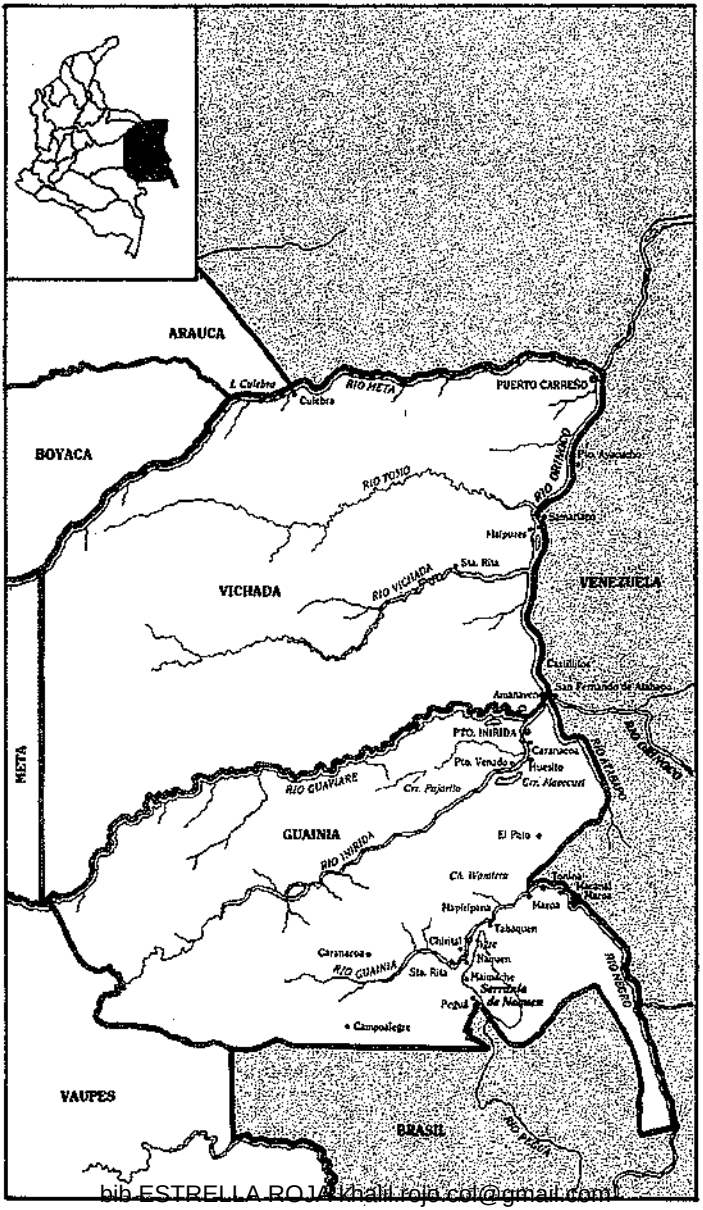
pidos turistas sólo servían para establecer puntajes—, los refrescos y hasta el agua potable. Era un viaje redondo que llenaba los bolsillos del señor Ciruti, pero que a Inírida —dicen los viejos— sólo le dejaba los esqueletos de los animales.

En El Safari tratamos de averiguar la causa de la agitación que observábamos en la calle, pero su administradora, una cabuca, nada supo o quiso aclararnos. No sólo por ser ella medio indígena, sino porque al manejar un hotel por donde pasan los más variados personajes, había aprendido a conservar un silencio que no pudimos saber si era timidez o discreción.

Nos dirigimos entonces a la calle principal y nos sentamos en un singular establecimiento llamado Tinto Frío. Venden allí revistas y periódicos —no se puede comprar el del día sino la colección completa de la semana—, empanadas, ponqué y, naturalmente, tinto, que, a decir verdad, no lo sirven frío. Es un punto estratégico para observar y conocer la vida del pueblo. Allí se cierran negocios, se definen candidaturas, se habla mal del gobierno y se conocen los horarios de los aviones. Sus dueños, una pareja de maestros pensionada, están encargados de manejar el correo aéreo y, por lo tanto, controlan el flujo y el reflujo de la información.

En Tinto Frío nos enteramos de que el día anterior un tal Roberto había matado a un venezolano en Maroa y se había refugiado en Puerto Colombia, y que, por consiguiente, se esperaba de un momento a otro una invasión de la Guardia Nacional a ese puerto sobre el río Negro.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com



bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

El hecho era un acontecimiento porque, cada vez que aparece un cadáver en la frontera, es colombiano. Sólo en una oportunidad —hacía de eso varios meses—, un comerciante de Guainía había herido a un venezolano y ello significó la movilización de la Guardia Nacional por agua, aire y tierra sobre el territorio colombiano. La gente, además, estaba nerviosa porque cualquier hecho de sangre equivale al cierre de la frontera y, por lo tanto, a que los precios de los alimentos básicos se disparen hacia arriba. Sin embargo, de alguna manera se notaba cierta satisfacción cuando nombraban al tal Roberto.

Roberto, un quindiano, había llegado al Guainía atraído por el oro, pero muy pronto concluyó que «ese rebusque» no era para él. Compró un betamax, un televisor, unas películas y una batería en Venezuela y se dedicó a «dar cine» por todos los pueblitos ribereños entre Caranacoa y Puerto Colombia. El día del «insuceso» había ido a Maroa a mandar arreglar el televisor, mas siendo domingo no encontró un taller abierto. «Ya se devolvía —nos contaron— cuando un sapo, no se supo, si de la guardia o no, le pidió papeles. El hombre se encrespó y les reviró que si todo televisor necesitara papeles, el pueblo sería un basurero; los otros trataron de quitarle el aparato a la fuerza, y Roberto sacó el mazo y ¡pan, pan! A uno lo mató en seco y al otro lo dejó mal herido». Después logró escapar por el río y refugiarse en Puerto Colombia, motivo por el cual la Guardia no tardó en pasar, requisar casa por casa y luego disparar ráfagas sobre la inspección de policía, la única edificación que los venezolanos no pudieron revisar, ya que el inspector se negó a darles permiso.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

En Tinto Frío, tanto como en El Mirador, todo eran cábalas sobre el futuro inmediato. Nosotros dedicamos, ingenuamente, nuestra atención a escuchar las diferentes versiones y a estudiar las distintas reacciones, sin darnos cuenta de que los estudiados éramos nosotros. ¡Y con qué fimura! ¿Seríamos narcotraficantes o guerrilleros, mineros o evangelistas, funcionarios del Estado o políticos en busca de votos, pilotos de aviación o ingenieros de Ecopetrol? Todos estos interrogantes tenían el propósito de saber por dónde nos abordaban y cómo podían beneficiarse de nuestro viaje. Eso lo supimos después, cuando ya estábamos matriculados inocentemente en un circuito.

En forma habilidosa, mientras nosotros avanzábamos en la investigación de Roberto, los comerciantes despejaban incógnitas y establecían nuestra identidad y propósitos. Lo primero que hicieron ver, durante muchas horas, fue la dificultad y el costo de cualquier movilización. Progresivamente nos mostraron el peligro que corríamos en una tierra llena de guerrilleros, agentes de la policía secreta, narcotraficantes y comerciantes inescrupulosos. Y cuando todo estaba cocinado y nosotros habíamos confesado nuestra misión, concentraron sus esfuerzos en descubrirnos con todo detalle y con bases testimoniales lo que eran las rutas hacia Naquén y el mundo minero.

A partir de allí comenzó la competencia entre nuestros interlocutores sin que, por supuesto, nosotros lo notáramos. Cada uno era más amable y deferente que el otro, cada cual encontraba soluciones y trataba de ganarse nuestra confianza. Hasta que nos fuimos interesando en el viaje hacia Naquén y olvidamos a Roberto.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

La ruta más cómoda era por avión: bien a Maroa por San Fernando de Atabapo, bien por Caranacoa, en el Alto Guainía. En Maroa podíamos conseguir un expreso que nos llevara a Puerto Colombia y, de allí, un bongo aguas arriba por Maimache. Naturalmente, la vía por Venezuela estaba cerrada debido al «incidente», y, por Caranacoa, el problema consistía en que el avión Curtis que hacía el vuelo no tenía horario. Podía salir en media hora o dentro de quince días o un mes. Cancelamos, por lo tanto, esta opción, y a medida que suprimíamos las alternativas, se iban retirando sus defensores o eventuales guías e intermediarios.

Quedaban todavía dos posibilidades: viajar en avioneta a Macanal, también sobre el Guainía, o «hacer la trocha» por Huesito, El Pato y el caño Guamirza (Venezuela), para salir a Macanal. Por su parte, el vuelo ofrecía dos inconvenientes. De un lado, debíamos contratar un expreso porque la línea regular se había suspendido, y, de otro, el equipo de investigación no cabía en una sola avioneta. El viaje por la trocha podía durar tres días en caso de que confluyeran varios factores: que de Inírida a Huesito encontráramos un bongo saliendo cuando llegáramos al puerto, que la volqueta estuviera esperándonos en Huesito para llevarnos al campamento, que el roligón —un extraño tractor anfibio— se hallara listo para transportarnos a El Pato y, sobre todo, que a la Guardia Nacional no le diera por patrullar el caño Guamirza. De lo contrario, el viaje podía tardar cinco, diez y hasta quince días.

Llegados a este punto, los comerciantes ya sabían que optaríamos por la trocha y entonces uno de sus comisio-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

nistas nos cogió por su cuenta. Nos llevó a hablar con el dueño de un bongo para definir el precio y la hora de salida hacia Huesito; luego nos presentó en la comisaría y averiguó de paso si la volqueta y el roligón estaban varados y, por último, nos invitó a acompañarlo a donde el comandante de la Armada Nacional de Colombia, para saber cómo estaban las relaciones con Venezuela. Establecidas las condiciones, se ofreció a guiarnos hasta Maimache. Nosotros dudábamos, no obstante, de tanto interés por nuestro trabajo.

Ya habíamos aceptado esta solución cuando se nos acercó un muchacho que dijo llamarse Mauricio a contarnos que él mismo estaba empeñado en el viaje a Macanal y que por eso había conversado ya con el piloto de la avioneta. Mauricio pagaría dos cupos, y nosotros tres. Le hicimos caer en cuenta de que nosotros éramos seis, pero que además no teníamos dinero para dos vuelos. Él tenía ya resuelta nuestra objeción: la comisaría podía prestarnos la avioneta. Nos aseguró que el comisario era un hombre muy cordial que accedería a nuestro pedido y, en efecto, el comisario nos recibió en su casa. Le explicamos nuestro objetivo y el problema económico y de tiempo en que nos encontrábamos. No lo pensó dos veces, resolvió favorablemente la sugerencia y Mauricio fue nombrado por el equipo guía oficial de la comisión a la Serranía de Naquén.

Aquella noche conocimos por casualidad al Cabo Chispas y, sin que nosotros se lo propusiéramos, nos contó su historia. La necesitábamos.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Chispas, el cabo

Cuando la chalana iba a salir de Puerto López, mi teniente nos dijo que del puesto que nos tocara no nos podíamos mover hasta que atracáramos, al final del día. «Ni para orinar», gritó. Cuando dejábamos el puerto, volvió a repetirnos la orden: «No pueden mover ni la cabeza; no pueden voltear a mirar así vean a su mamá en una playa; todos tienen que tener los ojos al frente». Como estábamos en invierno y el río hacía bombas de agua; como ninguno habíamos navegado porque todos habíamos nacido en la cordillera, pensábamos que mi teniente tenía razón y que así era el cuento. Pero cuando a las seis horas nos cruzamos con otra chalana, y vimos que todos los pasajeros subían conversando, haciendo chistes y moviéndose de un lado a otro, la cosa se puso oscura. Sin embargo, arreglé la duda pensando que la vaina se explicaba porque nosotros éramos policías, y cuando las moyas comenzaron a mostrarnos su chupa y a tragarse por esa boca hasta los palos grandes, le dimos definitivamente la razón a mi teniente. Al anochecer del primer día de viaje, atracamos en Remolinos.

Nos mandaron a dormir en cuanto pisamos tierra, sin comer. Pero como el hambre era mucha, dos agentes, Lazo y el loco Castillo, se escaparon después de que mi teniente nos hizo numerar y nos contó a uno por uno. Volvieron a medianoche. Lazo, que dor-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

mía a mi lado, me despertó de un codazo en los riñones que todavía siento y me dijo: «Oiga, güevón, ¿usted sabe por qué nos llaman el segundo contingente?» Le contesté, sin despertarme del todo, lo mismo que a mi teniente: «Porque el primero cumplió con su deber». Sin más, volvió a cargar el hombre: «No sea imbécil; por que al primero se lo tragaron los caimanes, enteritico; se lo engulleron con armas y todo». Quedé seco, sentado. A Lazo se le salían los ojos. El loco Castillo roncaba, bien comido, y entonces Lazo me contó que cinco días aguas abajo de donde estábamos, en un pozo llamado Miti-Miti, donde el río hace un recostadero jodido, los quince agentes perecieron. Había sucedido el verano anterior. Cuando la chalana llegó al pozo, alguno descubrió una manada de caimanes asoleándose medio dormidos, los unos encima de los otros. Eran decenas. Los agentes, que nunca habían visto a esos animales porque también eran «guates», se echaron todos sobre una banda para mejor ver los bichos. El piloto comenzó a gritar que se quedaran quietos, pero como el teniente no dio la orden por estar tan arraigado como todos, nadie hizo caso y la chalana dio el bote. Los caimanes se despertaron con los gritos de auxilio y se tragaron todo el contingente. Después, muchos años después, entendí por qué a los del segundo contingente nos habían enviado en invierno, a pesar de ser más peligrosa la navegación que en verano, y por qué el teniente nos había prohibido parpadear.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

El cuento se regó. Yo se lo conté a Rizo, Rizo a Abril, Abril a Chacón, Chacón a Salabarrieta, Salabarrieta a Gallo, Gallo al Chivas. Nadie volvió a mover los ojos en las cuatro semanas que duró el viaje. Hasta el loco Castillo se contagió del culillo que llevábamos todos. No supimos por dónde habíamos llegado. Al desembarcar, mi teniente se mostró orgulloso y nos dijo que nunca había conocido un contingente tan disciplinado, y cuando se despidió de nosotros para regresar a Bogotá, durante la ceremonia en la cual nos entregó al doctor Bonilla, primer comisario del Vichada, dijo que «el horizonte de la patria estaba seguro en nuestras manos».

El primer contingente, al que reemplazamos, había sido enviado para hacer frontera, para hacer respetar la soberanía de Colombia en el Orinoco. Estábamos estrenando posesión y volviendo efectivo el tratado de límites que se acababa de firmar, porque antes, un buen pedazo nuestro era venezolano: la línea iba de La Culebra, en el Meta, a La Raya, en el Vichada, y a Mapiripaná, en el Guaviare, pero Colombia llegaba hasta El Apure. Aunque en esa época todo era lo mismo, nadie reparaba en fronteras. La «balisa» la vino a establecer una comisión que nombraron en el 22 ambos países y en la que, para más veras, venía José Eustasio Rivera. Poco se ha querido aquí al tal Rivera, a pesar de que por causa suya el país supo que estas tierras existían. Don Carlos Palau Ospina decía: «Ese cachifo era un mentiroso que

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

no llegó sino hasta El Coco en el Inírida, no salió del mosquitero por miedo a los mosquitos y nunca conoció a los Barrera ni mucho menos a La Madona, ya que ellos vivían en San José de Ocuné. En El Coco lo cogieron unas fiebres que lo devolvieron medio muerto. La tal Alicia nunca existió, y Arturo Cova era un cauchero de Puerto Espín que tenía dieciséis peones y que fue tan malo o tan bueno como Barrera. *La Vorágine* son puras fantasías de muchacho. Cuando La Madona conoció el libro, lo quemó de la rabia».

Don Carlos Palau Ospina era un caballero. Lo conocí muy de cerca. Un hombre ejemplar, que había llegado al Orinoco después de la Guerra de los Mil Días, desde el Vaupés, navegando por el río Negro y el brazo Casiquiare. Había sido enviado a Mitú como jefe civil y militar, pero a él no le gustaba la guerra. La Casa Rosas del Brasil lo empleó como contabilista y luego la Casa Arana del Perú en lo mismo. Fue cauchero en el Caquetá y el Putumayo, con una empresa que formó con don Pablo Villamil, el padre de Jorge, el de «Los Guaduales». No obstante, el Orinoco lo tenía cogido y volvió. El coronel Funes lo contrató también como contabilista. Conoció muy bien el entrecijo de todo el negocio del caucho y por eso fue que, cuando estalló la guerra contra el Perú, se quedó quieto, mirando de lejos.

Esa guerra fue, según decía él mismo, una guerra que, como todas las guerras en estas tierras, no

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tenía banderas. Era puro caucho lo que tuvo en ascuas a las partes, porque ni batallas hubo. Lo mismo fue el alzamiento de Funes contra su compadre Juan Vicente Gómez y otro tanto hay que decir de la guerra de Arévalo Cedeño contra Funes. Pura siringa, un olor que enloquecía. Igual, pero más chiquita, fue la revolución de los Tres Brincos, a la que el buenazo del doctor Tulio Bayer prestó su nombre. Ahí no había sino chiqui-chiqui de por medio entre los Guarines y los Marines. Problemas comerciales y hasta familiares, porque un Marín estaba casado con una hermana de los Guarín. Celos y ambiciones. Negocios mal planteados. En todas esas vainas, la bandera se ponía después para disfrazar los hechos.

Don Carlos Palau Ospina era sobrino de Pedro Nel Ospina y primo de don Mariano. Cuando éste llegó a la presidencia, le mandaba avión expreso para llevárselo a Bogotá, pero don Carlos nunca quiso aceptar la invitación. Él sabía —no se sabe cómo— el día que el avión venía, y desde la mañana arreglaba las cosas para no estar. Era muy vanidoso. En el Putumayo, un indio curiaca lo había rezado y le había hecho salir carate. Don Carlos, mitad blanco y mitad de color propia-piel, nunca quiso volver a mostrarle la cara a la familia. Era muy pulcro, tanto como don Benigno Blanco, el primer comisario especial del Vichada, que había sido por mucho tiempo corregidor del Alto Orinoco en Maipures. Don Benigno, gobernante de estas tierras, ocupó todos los

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

cargos porque gobernaba como vestía: todo de blanco. Liqui-Liqui blanco, sombrero blanco de jipi-japa, zapatos blancos y, a pesar de ser conservador, corbatín rojo. Pero a él nunca se le vio la más pequeña mancha de barro, ni de sectarismo, porque andaba con mucha delicadeza. Uno le veía venir desde lejos y ya lo distinguía por el vestido. Mientras vivió Funes, nunca quiso ir a Venezuela. Para llegar de El Picacho —como se llamaba Carreño— a Maipures, iba por la trocha colombiana. Claro que en esa época la carretera entre Ayacucho y Samanapo no existía, como tampoco existía, a la hora de la verdad, el propio Ayacucho, que en aquel entonces era un caserío fundado por doña Catalina Escala donde se acumulaban los bolones de caucho que los vapores transportaban hasta Ciudad Bolívar primero y, después, a Europa. Ayacucho echó a crecer fue con la guerra que contra el coronel Funes decretó su compadre en el Amazonas. A eso vino desde la Guayana cuando se dio cuenta de que aquí se podía hacer dinero y se podía establecer un reino. Funes no era coronel de carrera sino de batalla, como todos los militares de esa época, que no salían de guerras sino de peleas. Juan Vicente le dio el título de coronel por haberse destacado, pero no porque supiera, lo que no le impidió ser un tirano. Yo conocí algo del hombre porque durante un tiempo fue mi suegro, aunque ya para esas era finado. Viví con una hija suya que hoy se encuentra en La Guadalupe y que está tan vieja co-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

mo yo. Me contó cosas. Unas que se pueden repetir y otras que no, ya que uno debe ser siempre un caballero.

El coronel Funes, como dije, llegó en 1916 y en cinco años fabricó, a punta de sangre, su dominio. En Ayacucho, que no eran sino tres casas, destacó hombres armados para impedir el paso de los raudales por tierra. No sacaba el caucho por el Orinoco sino por el brazo Casiquiare al río Negro y, por allí, al Amazonas. Hacía tratos con los brasileños, que siempre han ambicionado un pedazo del Orinoco. El coronel tenía, pues, la vía libre hacia el mar y tres barcos de fierro en los que llevaba el caucho. Eran tres barcos de vapor que subían por el Orinoco venezolano y por el Orinoco colombiano hasta Mapiripaná. Funes mantenía es esas tierras indios dirigidos por caporales armados que eran sus tenientes. Dicen que llegó a tener dos mil indios a su mandar. En falcas por el Vichada, por el Atabapo, por el Guainía y hasta por el Vaupés recogía los bolones, que iba llevando a las costas de los ríos para que los vapores de fierro los negociaran, y todas sus empresas las basó en la fuerza bruta. Nunca hizo negocios, sino robos. A su servicio había siete pistoleros —dos de ellos, los más malos, colombianos—, que eran la llave del negocio. Uno se llamaba El Picure, de Boyacá, y al otro lo conocían como La Avispa, santandereano. Hombres malos, sin miramientos con nadie, a quienes el coronel no dejaba ni de día, ni de noche.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Cuando llegaba a las barracas a pagar el caucho, le preguntaba a un indio cualquiera, en presencia de los siete guardaespaldas y de los caporales: «¿Cuánto te he avanzado?» El indio decía: «Una camisa, un pantalón, un machete». El coronel reviraba, furioso: «¿Un pantalón? No. ¡Dos! ¡Uno que te di y otro que llevas puesto suman dos!» Los guardaespaldas desenfundaban las armas y le decían al indio: «El coronel está equivocado; no fueron dos, fueron cuatro». Si el indio volvía a responder sumaban otros cuatro, para ocho, y así iban doblando a cada revire, y si algo le quedaban debiendo se lo pagaban en morrocotas, en monedas de dólar o de libra, que era la plata que corría, porque allí se llegó a conocer el billete colombiano después de la tal guerra con el Perú. El indio cogía su morrocota y salía en volandas a esconderla, ya que si no lo hacía los guardaespaldas de Funes lo liquidaban para quitársela. Así se escondió un tesoro, un verdadero tesoro en las playas del Orinoco.

El Picure y La Avispa tenían un matadero en un lugar llamado Barranco de Lara, cerca de San Fernando de Atabapo, donde Funes vivía, y donde murió fusilado el 19 de enero de 1921 por oficiales de Arévalo Cedeño. Ese barranco ha mirado pasar mucho cadáver. El coronel mandaba fusilar a sus indios, a sus contratistas o a sus caporales porque sí o porque no. Era agrio el hombre, como buen cabuco.

Por eso también guardaba el oro con tanto celo, con tanta mezquindad. Dicen que debajo del sani-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tario que sólo él usaba había mandado construir una caja fuerte y que era allí donde metía el dinero que le producían sus indios. Ese cuento era de su hija, que tenía por qué conocer las vueltas que daba su padre antes de acostarse. Ella también conoció un cepo llamado El Tigrito, donde llevaban a los rebeldes y donde —dicen— lloraban hasta los más guapos. El coronel era el terror. Tanto así que 38 años después me encontré en Caño Bocón a un tal Ramón Pesquera, caporal, que «se hizo» en los pantalones cuando lo descubrimos en una cueva porque creyó que éramos todavía tropa de Funes. Él había matado, ni más ni menos, a La Avispa, y se había internado en el monte. No le tenía confianza a ningún cristiano, indio o blanco. Huía y huía. De vez en cuando salía a conseguir sal con los curripacos, pero desconfiaba de todo lo que oliera a hombre blanco. Por eso nos tocó amarrarlo ocho días, hasta que convino en hablar. Poco a poco se fue dando cuenta de que no éramos de Funes. Terminó aceptando que hacía muchos años el coronel había muerto y que ya a nadie desvelaba el caucho. El pendare era el nuevo amo del sudor. Nosotros, todos los del segundo contingente, nos habíamos dedicado a ese negocio, ya que la nómina nunca nos llegaba o, lo que casi equivalía a lo mismo, nos llegaba cada seis meses.

Una vez en Carreño nos distribuyeron en todo el territorio: Chacón para La Culebra, Rizo para Mapiripán, El loco Castillo para Inírida, El Chivas para

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Amanavén, Lazo para el Vichada. Cada cual a su puesto. A mí me tocó El Atabapo, nuestro fuerte frente a Venezuela, a donde llegué por el río Orinoco saltando los raudales. Cuando desembarqué creí que se habían equivocado porque no había sino una rastrojera, una media-agua y un atracadero. Como ahora, era todo lo que Colombia tenía para guardar su frontera. Yo llevaba papeles completos, dos uniformes, una carabina de dotación y un revólver propio. Era mi plante. En ese momento no sabía que también era todo lo que tenía para sobrevivir. Pensé que quizás me vería obligado alguna vez a usar la carabina para cazar un pato o una lapa, pero no que llegaría a usar el uniforme y las armas para sostenerme.

Ese día, como el resto, me quedé solo. Izé la bandera que llevaba y me puse a cortar leña para la comida. Al rato vino la guardia venezolana a investigar quién había izado el pabellón veneco en tierra colombiana. No lo distinguían del propio. Los tipos nunca habían visto el nuestro. Les expliqué quién era yo y qué iba a hacer. Ignoraban todo. Eran analfabetas. No tenían comunicación con sus superiores hacía más de dos años. Por ese me aceptaron. Al fin y al cabo, allí toda autoridad, fuera de quien fuera, hacía la misma cosa, o resultaba haciéndola, porque no había nada más que hacer. Nos volvimos amigos y me prestaron unas ollas y una curiara, muy celosa ella.

Yo de aguas nada sabía. Comencé por aprender a mover el canalete sin soltar la amarra, déle por aquí

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

y déle por allá, y al mes me atreví a navegar solo. Pero una mañana, la corriente me arrastró río abajo hasta Castillitos y quedé tirado en la costa del río durante tres días, hasta que don Agustín Amaya me avistó. No volví a moverme. Perdía el tiempo mirando cómo las aguas del Guaviare, o del Atabapo, se mezclaban en el Orinoco. No tenía nada que hacer. Los venezolanos me invitaban a San Fernardo y fue en esas cuando conocí a la hija de Funes. Nadie venía a ponerme una queja ni a decirme esto o aquello, y lo más grave era que los días se transformaban en meses y el correo del gobierno, o sea, la nómina, no llegaba.

Así, mirando el río, o los ríos, duré un año. Aprendí a comer mañoco, fariña y yucuta; a meter ajicero, a cazar terecay, a pescar y enamorar las ánimas. Veintitrés meses y quince días después de haber llegado a El Atabapo recibí el primer pago, pero para entonces ya había perdido la vergüenza y trabajaba de agente en lo que saliera. Le ayudé a don Carlos Palau a llevar la contabilidad de los Manilia en Ayacucho, a don Nepo a manejar el negocio del mañoco y la sarrapia en San Fernando y a don Amaya a negociar en cerveza por el Vichada. Me volví un agente móvil del gobierno. Poco a poco eché alas y un día me lancé solo, cuando don Nepo me hizo caer en la cuenta de que en el Orinoco no se necesitaba el dinero sino la autoridad, algo que para entonces yo tenía. No volví a joder con el cuento de la nómina. Sin abusar, claro está, el uniforme y el título de agente eran más importantes para vivir que el giro de treinta pesos.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

En esas exploré todos los ríos y todos los atracaderos. Como agente de la policía también ganaba, porque todo pleito era yo quien lo arreglaba. Me llamaban de una parte y otra como autoridad que era y yo resolvía a favor de unos o de otros. El que ganaba era el que pagaba, ya que el otro quedaba resentido, y así hice unos pesos.

Los problemas más frecuentes eran desacuerdos por palabras incumplidas, por territorios de trabajo, por deudas pendientes o cosas menores. Los indios no lo reconocían a uno y además no tenían cómo pagar el servicio de la autoridad. En esa época no se presentaban diferencias graves no había robos ni asesinatos. Los blancos eran contados, todos se conocían, muchos eran compadres. El oficio lo daban quejas que ponían los blancos contra los indios, que robaban por robar, como los micos; no sabían cumplir la palabra; se contrataban por un tiempo, y luego se picuriaban. El mayor problema se presentaba con los avances, porque ellos no los respetaban. Había que enseñarles a cumplir y esto costó mucho trabajo, sin llegar, claro, a los excesos del coronel. Siendo uno civilizado, había que civilizarlos a ellos, y si al pariente se le habían dado dos camisas, dos camisas tenía que pagar.

Como dije, yo tenía mi cuartel en El Atabapo, el sitio de la autoridad. Allí izaba la bandera y allí me iban a buscar. Pero era, al mismo tiempo, móvil. Me quedaba a dormir en San Fernando con Emilia,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

la hija del coronel, quien me enseñó mucho, o le ayudaba a don Carlos Palau a llevar números en Ayacucho, o salía a comprarle el mañoco a don Nepo. Para ese entonces ya negociaba él también en terecay, chiqui-chiqui y pendare.

Yo estudié la psicología de los parientes para poder tratarlos. Ellos son muy curiosos. Don Carlos Palau sabía cuatro idiomas civilizados y 41 lenguas indígenas. Me enseñó curripaco y piapoco. Aprendí a defenderme con esos dos dialectos para lo que necesitaba, que eran las pollonas y los tratos. Yo tenía 26 años, me hervía la sangre en el cuerpo y había pollonas en un lado y en otro. Uno a ellas puede usarlas hasta cundo se matrimonean. Después no. Las pollonas eran hembras indígenas, ya mujeres, que todavía no habían elegido varón. Gozaban de libertad y podían echarse con quien escogieran, así fuera civilizado, pero después de que hubieran mirado a otro como marido, y vivieran con él, meterse con ellas era la guerra. A los parientes uno los podía matar por un robo o por un avance incumplido y se aguantaban, pero que no se les fuera a tocar la mujer, porque ahí sí no pasaban de agache. Querían mucho a sus hembras, que eran educadas para eso, para ser hembras, y en realidad lo eran. Cuando estaban volantonas la vieja-madre las llevaba a los partos de otras y les enseñaba cómo nace un indio. A ellas nada se les daba. Era como tomarse un vaso de agua. Cuando sentían los dolores se iban al monte, los maridos

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

les arreglaban un rozado con hojas de platanillo y salían corriendo a coger cama mientras las mujeres parían solas. Si se les complicaba, la madre-vieja les ayudaba. No hacían aspavientos. Uno podía estar al lado suyo y no se daba cuenta sino cuando el chino gritaba, al tiempo que los maridos se amarraban la cabeza, daban gritos y alaridos, sólo podían probar la yucuta y así tenían que aguantarse nueve días, hasta que el brujo llegaba a soplarles las flechas y el arco.

Las parienticas, pues, aprendían todo. Nosotros los civilizados diríamos que maduraban biches, pero a ellas, cuando les llegaba por primera vez la regla, las encerraban durante tres días, las pintaban de verde y las amarraban a un palo; luego las soltaban, les daban ajicero, y para terminar la ceremonia las azotaban hasta que cayeran al suelo y así como caían debían permanecer hasta el otro día. Era lo que llamaban el blanqueo, y tenía como misión que la pollona demostrara que podía aguantarse un marido. A partir de ese día podían hacer lo que quisieran hasta que se casaran, pero una vez casadas era para el resto de la vida. Eso es cierto. Mi mujer es piapoco y todavía vivo con ella. Me enamoró y me dejó enamorado hasta hoy. Y no volví a mirar a nadie. Algo debió hacerme, porque a mí se me secaron las ganas con otras. Ella tenía 16 años y yo la doblaba en edad cuando la saqué a vivir.

Los parientes han perdido su mundo por culpa de Sophía Müller, una mona que llegó a estas selvas

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

siendo todavía bonita y que hoy vive ya gecha en Puerto Ayacucho. Ella, según me contó, era alemana de nacimiento, hija de un pastor protestante que estuvo de misionero en la China. Cuando la guerra mundial, viajó a los Estados Unidos y allí se enamoró de un pastor, pero el hombre no la miró y entonces se hizo misionera, como su padre, y llegó a la región cuando la Rubber salía. Creo que algo tuvo que ver con los ingenieros del ejército gringo que vinieron a tratar se hacer un canal de Panamá en los caudales del Orinoco. La idea era construir unas esclusas para que los barcos cargados de caucho pudieran pasar. Estudiaron el terreno, vieron que la obra no era posible y que tampoco tenían bombas tan fuertes como para dinamitar el lecho. Sólo quedaban dos posibilidades: hacer por el lado un canal o mejorar la carretera, y cuando se habían decidido por ésta, se acabó la guerra y dejaron quieta la vaina. Uno de los ingenieros volvió, cuando ya Sophía estaba aquí, y le ayudó un tiempo a evangelizar.

Sophía comenzó a vivir con los indios, conociéndoles sus costumbres y su psicología, y aprendió 41 dialectos que hablaban. Andaba sola en curiara por los ríos y los caños. Poco a poco fue traduciendo a sus lenguas la Biblia y a volverse su diosa. Se puso de parte de ellos y les metió en la cabeza de idea de que los blancos éramos el diablo y ella la enviada de dios. Empezó por prohibirles el alcohol y la borrachera. Después les prohibió sus ceremonias y sus tradicio-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

nes y les enseñó a adorar a su dios, un dios que odiaba a los caucheros. Les cambió sus bailes por las cenas, y los parientes asistían como animalitos, cada mes, a las benditas cenas: tres días de canto, de bautizos y de rezadera. Entonces ellos, que son bien perezosos, pues ahí sí ¡quién dijo miedo! Mientras iban a las cenas y volvían se perdían quince días, dejando botado el trabajo la mitad del tiempo, y para rematar el daño les regalaba camisas, pantalones y vestidos. Total, el indio perdió el motivo para trabajar.

Caímos en la ruina. Tocaba por la fuerza porque, ¿cómo más? El finado Funes volvió a nacer. Sophía fue la culpable de tanta arbitrariedad que había que cometer para que los parientes trabajaran. Los árboles llenos y ellos cantando... Tocaba arriarlos. La vieja, entre más problemas había con los indios, más diosa de ellos se hacía, más la querían y más oídos le paraban a su cuento. La autoridad se volvió inservible. Ni los corregidores, ni los comisarios indígenas, ni nosotros los agentes podíamos contra tanta terquedad. Al gobierno central se le puso la queja pero eso fue como echar un bolón al río: allá en la hondura de la profundidad quedó. Seguro que ella estaba respaldada por los gringos y los gringos, como se sabe, son la ley. Dicen que la gente, amenazada por lo que ella hacía, llegó a atacarla, a hacerle emboscadas, y alguien contó que hasta la habían violado. A mí, como autoridad que todavía era, no me consta. Lo que sí supe de primeras lenguas fue que

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

un día que ella había descuidado su mochila, alguien se la robó y le encontró la imagen de madera de un ídolo en forma de falo con que ella se hacía maravillas. Nunca se le conoció un macho; al parecer se consolaba con su ídolo. Cuando la gente supo, todo fue risas y algarabía, y Sophía tuvo que irse un tiempo porque nadie volvió a creerle. Ni los indios.

Fue entonces cuando comenzaron a llegar de Mitú los misioneros católicos. Llegaron tarde, porque el mal para ellos y para nosotros ya estaba hecho. Una cosa trae otra y ésta, a su turno, otra. A veces el destino se vuelve una maraña y cuando se desenreda todo es distinto. La salida de la Müller coincidió con la nuestra y con el 9 de abril. A nosotros no nos pagaban sino muy de vez en cuando. Nos pasábamos el año y hasta los dos años sin nómina, hasta que un día no volvieron más. Ni a pedirnos uniformes y armas de dotación volvieron. Días después de la muerte de Gaitán, un cabo llegó a buscarnos con una carta de destitución. Ya para ese entonces nos habíamos acomodado, trabajábamos el pendare y no necesitábamos la autoridad, porque todo el mundo nos conocía. El cabo hizo un atado de fierros y se los llevó. Total, ya los habíamos dejado de usar y estaban herrumbrosos. Por esos mismos días llegó la Aída, la compañía de don Miguel Dumil, en reemplazo de la Chiclé Devoló, con la cual habíamos trabajado muy bien desde cuando la Rubber se había ido. Una cadenita.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Yo con la Rubber no trabajé. Para este lado del Orinoco, la compañía no fue tan fuerte como para otros lados: el Guaviare, el Vaupés, el Caquetá o el Putumayo. Aquí la calentura no fue la de la siringa sino la del pendare, pero dicen —y yo mismo lo miré— que el sistema era el mismo. El producto no, porque el pendare era más molestoso y el palo se trabajaba distinto.

Aquí vino a enseñarnos, por parte de la Chiclé Develó, un superintendente mexicano de nombre Monge Montul. Duró poco. Lo reemplazó el indio Pacheco, heredero de la raza maya, según decía, y pariente, pues, de nuestros parientes. Por eso supo por dónde acaballárselos. Nos enseñó los diferentes cortes que había que hacerles a los palos, la manera de cuajar el látex y de empacarlo, todo lo que necesitábamos para hacer rendir los avances. El trabajo del pendare se abría con las primeras lluvias, hacia marzo o abril, porque en verano, estando las aguas mermadas, el transporte se hacía más difícil. Para esa época del año ya pacheco nos había puesto en hidroavión la mercancía en Ayacucho, en Amanavén o en San Fernando. La recibíamos con precios de Bogotá. Nos traía lo que uno se sintiera capaz de trabajar: treinta, cincuenta, cien pesos o más siempre y cuando nuestro crédito con la Chiclé estuviera sano. Con esa mercancía nosotros avanzábamos a los parientes por medio de caporales o de intermediarios. Citábamos a los indios, con toda su parentela,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

en un barranco o en la boca de un caño y ahí, en presencia del comisario indígena, uno los avanzaba: una camisa, un machete, unos cuchillos para hacer los cortes, un cinturón para que no se cayeran de los árboles y claro está, remesa, lo que quisieran. Durante el año de trabajo, que duraba hasta noviembre, se les avanzaba lo que ellos o, mejor, sus mujeres, fueran pidiendo. Ellas eran su ruina y nuestro negocio, porque se antojaban de todo. La vanidad no respeta color, ni edad, ni sexo. Pedían peines y perfumes, espejos y cuentas de colores, telas y más telas, zapatos de tacón y cintas para el pelo. Había que conocer su psicología. Los indios, en cambio, además de lo necesario para trabajar, pedían trago, dulzainas italianas y radios alemanas. Les gustaba la música y la parranda. Los avances eran a precios del Orinoco y no a precios de Bogotá, y esa era la primera punta de la ganancia de nosotros los comisionistas.

Los indígenas que uno tenía avanzados se distribuían por caños. A cada caño correspondía un número exacto de trabajadores. Antes de mandarlos se sabía cuántos palos había, para que no fueran a perder el tiempo y a pelear. Cada indio marcaba sus palos y comenzaba a hacerles desde la raíz a la copa, en redondo, una canal. Había palos altísimos, de diez o veinte metros, y por esos tenían que guindarse con una guaya o cinturón. La leche bajaba por la rajadura casi hasta el piso, donde se recogía en unas burras o tulas hechas de cumare. Luego la pasaban a latas

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

de cinco galones que depositaban en los barrancos, donde uno se iba a recogerlas cada ocho días. Cada barranco, que era el puerto del caño, tenía un capora! que respondía por la leche que los otros llevaban y la guardaba en canoas, y cada indio tenía que recoger por lo menos cincuenta kilos diarios de leche.

Había tres clases de árboles, o sea, de leches: la del pendare propiamente dicho, que se usaba para ligar las otras dos; la del capure amargo, y la del mazarandú. El pendare daba cuerpo, consistencia, y el capure elasticidad. A una bolita de pendare se le podía sacar un hilo de treinta centímetros sin que se rompiera, y en cuanto al mazarandú que era el verdadero chicle y que llamaban «hilo de seda» o «invisible», estiraba hasta un metro. El pendare daba en banquetas y el capure y el mazarandú en rebalses. Estas tres clases se procesaban igual: la leche se hervía en tinajas de cobre o de hierro hasta que diera el punto de espesor; después se sacaba y se echaba en cubetas, y por último se botaba al río para que acabara de enfriarse y tomara cuerpo. Las cubetas eran de tres, cuatro o cinco kilos exactos, y así se entregaban a don Pacheco. Este procesamiento se les tenía prohibido a los indígenas y nadie podía comprarles a ellos la leche en cubetas. Al principio, Pacheco compraba las tres clases de chicle y la mezcla la hacía la fábrica, pero después nos dio la fórmula de liga a nosotros, los comisionistas, para hacerles más difícil la vaina a los parientes.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Todas las tardes, hacia las cuatro, llegaba la fila de indios con la leche, que se pesaba en balanzas y luego se apuntaba lo que cada uno había entregado. Esa era la segunda punta, como la llamábamos, porque los fieles de las balanzas eran fieles a nosotros, sus dueños, y lo mismo lo que se apuntaba en la lista. El peso que llevaba el pariente no era el peso que la balanza pesaba, y el peso que la balanza pesaba no era el peso que se apuntaba. Total, la ley de Funes. La Sophía hizo mucho daño porque enseñó a los parientes a conocer de cifras y comenzaron a presentarse problemas cada rato. Los indios, descontentos, se picuriaban. A ellos no es más que se les contemple para que les salga toda la pereza que tienen guardada. Tocó inventar el paz y salvo. Ningún patrón podía avanzar indígenas si los indios no presentaban el paz y salvo debidamente firmado por el comisionista anterior y por el corregidor. Ese papel decía si el pariente debía algo o no. Si estaba a paz y salvo con el patrón, no había problema: podía irse a trabajar donde le diera la gana; pero si quedaba debiendo algo, o si al final de año, después de sacar en blanco lo que se le había avanzado y lo que él había entregado en pendare, las cifras estaban en su contra, el certificado lo decía. Si a mí me quedaba debiendo, podía irse en el caso de que otro patrón se hiciera cargo de la deuda, comprándola, es decir, pagándomela a mí. Me compraba el avance y él, de su cuenta, tenía que hacérselo pagar al indio. Ya era nego-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

cio del otro patrón hacerle rendir lo que me había pagado a mí. Había indios que alcanzaban a pagar el avance y hasta les quedaba un saldo, pero otros no. Eso casi iba en el patrón. De él dependía. Había unos patrones que alargaban la cabuya para que el pariente no lograra pagar nunca. Don Nepo, por ejemplo, era así. Sin embargo, había otros muy humanos que sólo apuntaban lo que el indio pedía. Lo que pasaba con los parientes era que siempre se pasaban de la raya porque se antojaban de todo. Les daba por beber aguardiente y por oír música de cuerda y, claro, no rescataban el avance.

La goma se llevaba ya lista, ligada y formaleteada a los puestos de compra de Ayacucho o de San Fernando de Atabapo. El superintendente de la Chiclé Develó hacía las cuentas, descontaba lo que había entregado en mercancía y el saldo lo pagaba al contado. Esa era la tercera punta. La diferencia a favor nuestro siempre resultaba muy crecida, y así se juntaban los setecientos u ochocientos mil pesos libres, muy buena plata para la época. El sistema de las tres puntas era un sistema bendito.

La Chiclé juntaba la goma de todos y en Ayacucho la embarcaba en barcos grandes, la transportaba hasta Ciudad Bolívar y allá, en alta mar, la pasaba a los trasatlánticos. Una parte, la mayor, la llevaba directamente a Nueva York, y otra la menor, la ponía, dando la vuelta por Panamá, en Buenaventura para transportarla a Cali, donde estaba ubicada la fá-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

brica de Adams. Allí hacían parte del chicle que se vendía en cajitas.

De este modo, a comienzos del verano uno tenía repletos los bolsillos, y había patrones, como los de la compañía Churuquera, compuesta por agentes del segundo contingente, que viajaban a Villavicencio a gastarse la moneda. Llegaban al café Mocambo, donde años después Remache mató a Álvaro Parra, el guerrillero liberal, mandaban cerrar el establecimiento para el público y se lo ponían de ruana con todo lo que hubiera dentro: trago, mujeres, músicos. Duraban bebiendo e invitando a los amigos ocho días o más, y no volvían a salir hasta que la estantería quedaba vacía. Ahí dormían con dos o tres mujeres cada uno, comían y hacían lo que tenían que hacer después de haber aguantado todo el año en una selva de éstas. De parranda en parranda se mantenían hasta que el bolsillo ya no daba más. Entonces le enviaban un telegrama a don Pacheco diciéndoles que les colocara tanta mercancía en tal parte para hacer los avances, y en marzo estaban otra vez en el Orinoco volviendo a comenzar la ronda. Fue durante una de esas parrandas en Villavo cuando, reunidos varios del segundo contingente, me nombraron cabo, por aclamación, y con ese nombre me quedé.

Sin embargo, no todos íbamos a Villavicencio. A veces nos quedábamos algunos a pedirle cerveza a don Amaya, que nos traía las botellas que quisiéramos

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

siempre y cuando pagáramos con anticipación cien o doscientas canastas, una vitrola y diez discos. Nos echábamos en las playas a beber y a oír música, a comer terecay y a gozar del río hasta el final del verano.

Otros, más aplicados, siringaban en esos días. Se metían con sus indígenas río arriba, por el Guaviare, a cauchear. Un indio se rayaba cien o doscientos árboles en el verano y cada árbol podía dar los doscientos o trescientos gramos en cada sangrada. El negocio no era malo, pero era aburridor. El látex que los indígenas entregaban había que procesarlo, ahumándolo y haciendo bolones, un trabajo cansón, aunque también dejaba. Lo que sucedía era que con la plata que dejaba el chicle no había necesidad de siringar en el verano.

En ciertas ocasiones, hablando con sinceridad, no era mucho el caucho que se conseguía porque Funes y la Rubber habían acabado con los palos y porque la demanda, después de la guerra, bajó mucho. No obstante, el que quería encontraba palos y compradores. Los Manilia de Ayacucho pagaban bien lo que se les llevara. También los Coimbra, de El Cocuy, que tenían una casa comercial muy bien establecida en el mismo cuartel del ejército brasileño. Compraban no sólo caucho sino chicle mazarandú, y vendían sobre todo armas: carabinas Winchester 72, muy afamadas.

Entre el 47 y el 55 alcanzó a explotarse caucho para la Croydon, un negocio que poco a poco fue co-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

giendo don Miguel Dumil, el de la Aída, sobre todo después del 9 de abril, una fecha que, como dije, marca el cruce de varios destinos: Sophía salió, la Chiclé dio paso a la Aída, a nosotros nos pidieron las armas y, de contera, nos echaron de la policía. En esos días también se abrió la carretera a Santa Rita, siguiendo el Camino de Dios y la trocha que la Texas había abierto buscando petróleo y que Nicolino Mata adecuó para camiones. El Camino de Dios es una vía que va desde Maipures, en el Orinoco, hasta San Martín, y por lo tanto hasta el Sumapaz, descabezando caños. Uno se moja el tobillo. Los indios lo usaban para catear y decían que los civilizados les habíamos ganado la guerra cuando el «diablo de los blancos» había descubierto por dónde era el camino.

Don Miguel tenía dos hidroaviones «Catalina» y un capitalito más o menos sólido. El superintendente fue primero Reincoff y después don Alberto Levy, el que más duró. Ambos eran judíos, buenas personas. Establecieron cuatro puestos de compra: San Felipe, en el Guainía, Amanavén en el Orinoco; Barranco Picure, en el Guaviare, y El Coco, en el Inírida. Del gobierno central habían conseguido una concesión para explotar cacao, que en esa época era posible porque nadie lo sacaba. Sin embargo, poco a poco le fueron metiendo de todo al negocio: fibra de chiqui-chiqui, para hacer escobas, pendare, lo que quedaba de siringa y hamacas de cumare. Descon-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tando el cacao, cada artículo de éstos, aun las hamacas, había tenido su día y su bonanza. La Aída vino a raspar la paila. Al Chivas lo nombraron encargado de Barranco Picure, a Neponuceno lo colocaron en Amanavén, a Lazo en El Coco y a mí en San Felipe. Éramos contratistas encargados y, claro está, seguimos trabajando con el sistema de las tres puntas. Uno tenía sus indios de servicio personal que lo seguían por donde fuera porque se mantenían avanzados, y cuando un pariente salía bueno para el trabajo, uno bregaba a darle lo que más pudiera para conservarlo. En esas yo tenía unos veinte indígenas permanentes. Me los llevé para San Felipe como semilla y allá comenzaron a hacerle depósitos al hidroavión, que venía cada mes a cargar lo que tuviera y a dejarme lo que necesitara.

El cacao se daba en las vegas al natural y lo cosechábamos sin tener que pedir permiso a nadie, ya que todo era considerado como pepas para la Aída. El chiqui-chiqui también lo explotábamos sin tropiezos. La cosa iba bien, pero al final yo me aburrí de tanto embrollo.

En esos días don Alberto Levy, que tenía mucho olfato para el dinero, me dijo que él estaba seguro de que en estas tierras había oro, esmeraldas y hasta diamantes, y me propuso que hiciéramos una compañía. Me sonó el cuento. Él ponía un detector de metales y yo el trabajo. Dejé un encargado en San Felipe y me dediqué a buscar oro en todos esos

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

breñales con la ayuda de dos compañeros, ambos blancos, que venían derrotados de la Guerra del Llano. Un día, cerca del Orinoco, la aguja del detector se clavó. Dimos vueltas y no, ella cogía para donde era. Les dije a los compañeros que se quedaran cuidando mientras yo iba a traer herramientas y trabajadores, y cuando regresé encontré la máquina y el hueco. Los vivos se habían llevado lo que debió ser un buen entierro, porque después vine a saber que tenían un almacén en Barranquilla. Casi me deshago de la ira al verme tan pendejo.

Boté el detector al río y me acordé de un sistema que Nepo me había confiado para rescatar el oro que los indígenas escondían en las costas de los ríos. Se trataba de conseguir de por allá de Chipaque cacao sabanero, es decir, lo que también llaman borrachero o arboloco, hacer un sancocho con las pepas y dárselo a tomar al indio. El pariente entraba en un estado de locura, de alucinación rara, y confesaba dónde se encontraba el oro. Después lo conducía a uno hasta el lugar donde tuviera el entierro y, luego de cavar un poco en la playa, o donde fuera, uno lo amarraba a un árbol y continuaba trabajando hasta dar con el tesoro. Al indio le pasaba con el tiempo la locura. El todo era tenerlo bien amarrado para que no se enmontara y se perdiera. Y así, mientras él se curaba, uno cavaba y encontraba. La cosa daba resultado. El indio borracho con arboloco era mejor que cualquier detector.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Trabajé así unos cuantos meses, porque me daba pena con los parientes, que quedaban mal. Mi idea era sacarme el clavo y no dejar que se rieran de mí por el fracaso que había tenido. Encontré unos tres o cuatro entierros, conseguí unas morrocotas para mostrar y volví a San Felipe a seguir trabajo con don Alberto. Uno, al fin y al cabo, no podía ser como Funes.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

2. Mauricio

Definir la ruta, itinerario y precio del viaje es, naturalmente, mucho más sencillo que llevarlo a cabo.

Salimos de Inírida hacia el aeropuerto a la una de la tarde, cargados con nuestros equipos y con la ilusión de internarnos, por fin, en la reputada Serranía de Naquén. Tal como habíamos acordado, nos acompañaba Mauricio, quien, junto con una caneca de 55 galones de gasolina, completaba el cupo que necesitábamos en la avioneta suplementaria para disminuir el costo del flete. Nuestro acompañante nos pagaba diez mil pesos, equivalentes a dos puestos, y nosotros costeábamos el valor del viaje de los dos aparatos.

Cuando estábamos a punto de decolar, se desencadenó una tormenta que amenazó con obligarnos a cancelar el viaje una vez más. Mientras amainaba nos dedicamos a curiosear un viejo Curtis C-47 que estaba estacionado en un extremo de la pista y al que un grupo de mujeres cargaban con cientos de cajitas de colores cuidadosamente selladas. Uno de los pilotos del vetusto aparato, que bebía cerveza mientras esperaba, nos explicó que se trataba de un cargamento de veinte mil peces ornamentales que, como

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

todas las semanas, llevaría a Bogotá. Los peces eran atrapados por indígenas a cambio de «avances» hechos por comerciantes en sedas, alimentos y drogas.

Hacia las cuatro de la tarde el horizonte se despejó y abordamos de nuevo las avionetas. La visibilidad era perfecta. Sobrevolamos una extensa zona cubierta por un bosque ralo y atravesado por ríos y caños negros, interrumpida abruptamente por formaciones rocosas del escudo guyanés, por Manicure, Macure, Pajarito y, a lo lejos, por la Serranía de Naquén. A los treinta y cinco minutos de vuelo divisamos Macanal, situado a orillas del río Guianía, o Alto Rionegro. El aterrizaje fue perfecto, a pesar del estado de la pista. No obstante, cuando la segunda avioneta iniciaba el recorrido para retornar a Inírida se enterró y quedó bloqueada, por lo que tuvimos que hacer zanjas con palos para sacarla empujada a pulso. La operación retardó la salida y hacia las cinco de la tarde decoló, dejándonos en medio de una soledad indescriptible.

Macanal es una agrupación de tres casas que sólo frecuentan, como estación, los mineros en viaje. Sin embargo, cuando llegamos parecía un lugar abandonado desde hacía muchos años. En una de las casas, la más grande, había dos avisos pintados con brocha en la pared: Hotel El Minero *y* Residencias El Guerrillero Heroico. *De resto soledad, cenizas de fogón dos guayabos raquíticos, una mata de coca amarga y una de bambú cerca al río.*

Mauricio comentó que no había bongos en el puerto, que las posibilidades de continuar el viaje eran remotas y que, por lo tanto, nos deberíamos revestir de paciencia.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Y después de comer sardinas y carne de res enlatada —lo que sería nuestra dieta diaria en los siguientes días—, accedió con muy buena voluntad a contarnos su vida mientras compartíamos una de las dos botellas de aguardiente que llevábamos.

Mauricio

Mi padre, un señor abogado que ha sido alcalde de muchos pueblos del Meta, decía que yo había nacido medio turco. En realidad no fue así. Yo salí a ganármela por fuera porque cuando nació el primer nieto de mi madre (o sea, mi sobrino), ella dejó de mimarme y busqué entonces los afectos del dinero. Al colegio iba, más que a estudiar, a hacer negocios; vendía colombinas, cambiaba monas, empeñaba cosas robadas. Que tenía capacidad lo demuestra el hecho de que llegué a venderles las tareas a los compañeros. Yo estudiaba para vender lo que aprendía, pero no para que supiera la maestra lo que yo sabía. Después comprobé que tenía razón: a una cafetería que puse en Villavo llegaban los doctores a pedir puesto en la cocina. ¿Qué sacan los profesionales, con zapatos embolados y corbatas, si no tienen ni para el tinto? No resulta rentable. Por eso fue que monté una panadería en vez de meterme a estudiar bachillerato.

Además, siempre odié los escritorios. En el que tenía mi papá, uno grande de caoba, me pasé tardes

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

enteras tratando de aprender de memoria las poesías que al cucho le gustaban. Eran larguísimas y aburridísimas. Yo prefería jugar a que las vetas de la madera eran caudales por los que navegaban. Mis sueños se cumplieron porque en este río, mirando sus bordes siempre iguales y sus aguas siempre negras, como si fuera pepsi-cola, he gastado mucha nalga. Sin embargo, prefiero que se me gasten las nalgas aquí en un bongo haciendo plata que trillar con ellas el asiento de una oficina. El río es largo y el tiempo no pasa, pero delante de un escritorio, encerrado entre cuatro paredes, uno se vuelve viejo sin saber a qué horas. Aquí uno hace cruces imaginarios antes de llegar a un atracadero, concierta negocios, cobra plata tumba competidores y así pasan los años. Lo bueno es que la vida le responde a uno.

La primera vez que llegué al río lo hice por Macanal. Me vine de aventado sin conocer estas aguas. Subían con un bongo lleno de verduras —zanahoria, fríjol, remolacha, pepino y pimentón— , y no tenía experiencia en comerciar con indígenas ni con mineros. No sabía que la guardia venezolana me podía quitar hasta el apellido, ni que uno tenía que traer la gasolina para navegar.

Era el año 84. La avioneta me tiró en el aeropuerto con cuatrocientos kilos de verduras. A nadie conocía. Tampoco me habría servido de nada porque nadie apareció, ni civilizados ni parientes, y eso me aterró. ¿Qué podía hacer yo con las verduras si no

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

se atravesaba alguien? Esa noche me quedé solo en un rancho lleno de letreros escritos a mano en las paredes: «hotel de los mineros»; «¡viva el MAS!»; «¡viva el M-19!»; «adiós María, hasta aquí llegó quien te quería». No logré dormir porque cada rato me despertaba oyendo tigres, guerrilleros, culebras, arañas: una noche larga, ¿para qué va uno a tirárselas de macho? A la madrugada —serían las seis—, un cerdo se enredó en la falda del toldillo y yo creí que me habían matado. Disparé por entre la hamaca toda la carga del revólver y, por fortuna, no hice blanco, porque si lo hubiera hecho los parientes me habrían cobrado el puerco a precio de oro.

En Macanal, aquel 5 de enero, estuve tirado hasta que descubrí quién era el dueño del cerdo. Era un pariente curripaco, ya civilizado y muy avezado en negocios, quien me dijo que para subirme hasta donde estaban los mineros tenía que poner la gasolina del motor. Pero en semejante desierto, ¿dónde iba yo a conseguir combustible, a quién iba a comprárselo? No podía volar a Inírida porque las avionetas no hacían el viaje sino contratadas. Total, discutí con el indio hasta que me obligó a negociar: él ponía el combustible con la condición de que fuéramos socios por partes iguales en la venta de la verdura. Fue la primera vez que supe lo importante que era la gasolina por aquí. El indio me hizo escarmentar en carne propia y me dejó una cicatriz que todavía siento, mas me enseñó cómo negociar en el río. Nos montamos, pues, en un bongo, y hágale aguas arriba.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Mi socio a la fuerza era un curripaco o, mejor, había nacido curripaco, hablaba la lengua y sabía las costumbres de su gente, pero se había vuelto civilizado. Conocía casi todo el país. Había trabajado como obrero en Arauca y como contrabandista en El Amparo, Venezuela; había mineado oro en el Putumayo y el Patía, y diamantes en Venezuela y Brasil; viajaba a Bogotá y Villavicencio con frecuencia; tenía familia en San José del Guaviare, y podía trabajar la hoja. Era, pues, un indio desmadrado y curtido. Yo le averigüé media vida durante el viaje, tratando de encontrar por dónde y cómo me podía desquitar de la tumbada con la gasolina.

Legalmente —me fui dando cuenta— no necesitaba disgustarme, porque negoció las verduras con sus parientes indígenas a precios más favorables de los que yo mismo hubiera puesto: no tenía piedad. Cobraba prácticamente el doble de lo que yo tenía pensado y, por lo tanto, sacaba limpias la parte suya y la mía. No le daba dolor de ninguna clase vender un kilo de zanahorias o de cualquier verdura por dos rayas, es decir, quinientos pesos, cuando a mí el bulto me había costado en el mercado de Chipaque apenas la mitad.

Yo conocí bien en una época el mercado de verduras. Comprándolas en Chipaque, Cáqueza, Choachí y en todo el oriente de Cundinamarca, las conseguía a buen precio. Mitad porque esa mercancía por allá es barata, y mitad porque mi abuela es de la

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

región y yo me hice cliente de sus familiares y amigos. Compraba verdura en la zona y la vendía en Puerto Carreño. Así me hice un buen plante aquella vez. Es raro, pero los plantes que yo me he hecho en la vida siempre han sido a la sombra de mi abuela.

El primero fue cuando dejé el estudio y resolví independizarme. Tenía 17 años. Mi abuela sabía hacer un pan que a mí me gustaba mucho y que ella llamaba pan de maíz. Como hacía tantos, siempre sobraban algunos que yo me llevaba para el colegio y vendía. Vendía los que llevará, lo que me hizo pensar que también podía vender por fuera del colegio, y como a mí no me gustaba estudiar, en las clases me dedicaba a pensar en cómo conseguir dinero. Fui poniéndole cuidado a la vieja y me volví un experto en pan de maíz. Con algunos ahorritos que guardaba compré un horno y el día que lo instalé en la casa dejé el colegio y me dedique de lleno al asunto del pan. Me levantaba a las dos de la mañana y a las seis estaba vendiéndolo en la estación de buses de Villavo. Era un pan caliente y muy sabroso, también alimenticio, que me rapaban del canasto. Así pude reunir mis primeros pesos, hasta que adquirí una bicicleta. Entonces vendía en el terminal de buses y a eso de las diez, cuando ya no quedaban pasajeros, me montaba en la cicla y repartía al detal. Tenía varios clientes fijos, lo que me ayudó a ampliar el negocio; pagué el horno, me metí en uno más grande y contraté dos ayudantes; luego compré otras dos bicicletas y con-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

traté dos vendedores; Villavicencio empezó a quedarse estrecho, ya que podía producir más de lo que vendía en el pueblo, y entonces decidí explayarme por el Meta. Me hice a una moto para recorrer los pueblos abriendo mercado y consiguiendo clientes; contraté vendedores en Acacías, San Martín, Granada y Restrepo; conocí mucha gente en estos trayectos, logré muy buenas ligas y comencé a ser respetado por mi cumplimiento y por mi honestidad, una clave del negocio que muchos descuidan: hay que conseguir amigos, hay que ganarse la confianza de la gente, hay que darse a conocer. Muchas veces la confianza vale más que el capital.

En un recorrido de esos descubrí el cuento de la coca, un cuento al que se puede entrar por la puerta grande o por la chiquita. Si es por la grande se lleva las de ganar, pero si es por la chiquita tarde o temprano se pierde. Uno puede producir la hoja y la base, pero entonces trabaja para el comerciante; o dedicarse a transportar en pequeño, pero entonces trabaja para la policía. Para entrar a trabajar en grande hay dos caminos: comprarles la merca a los productores para hacerle dar el brinco —lo cual significa montar un laboratorio—, o comerciar en insumos: gasolina, abonos, permanganato, sal. Cualquiera de los dos caminos requiere dos capitales: un plante para abastecer de la mercancía que sea, merca o insumos, y una base de respaldo para poder negociar con la autoridad. Para mí, que sólo producía pan de maíz,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

el negocio estaba fuera del alcance, aunque mi ambición era mucha.

Fue por esos días cuando me metí a vender verdura en Puerto Carreño, siempre con el ojo puesto en la merca. Yo tenía una novia que había nacido allá y que estudiaba en Villavicencio. Muy atildada, hija del distribuidor de Bavaria, un hombre conocido en el puerto. Ella me iluminó el camino y él me lo abrió. Compré, para cartear, fríjol, zanahoria remolacha y cebolla en Chipaque, contraté un *charter*, como dicen los pilotos, y empecé. El pan de maíz seguía siendo el suelo donde yo podía caer si el *charter* fracasaba. Tenía confianza. Ella me acompañó. Desembarcamos en Puerto Carreño y en el mismo aeropuerto ferié la mitad de lo que llevaba. Luego de haber puesto a salvo el plante, lo demás lo vendí en la plaza. Aquella vez aprendí que el transporte de verduras a tanta distancia las hace valer todas igual. Transportar un kilo de zanahoria valía tanto como transportar un kilo de fríjol, porque lo que se pagaba, en realidad, era el flete combinado con la escasez. También comencé a descubrir que entre más dificultades hubiera para el transporte, el comerciante salía mejor parado, porque la competencia es menor y la necesidad mayor. Los comerciantes en general, sobre todo si son grandes, buscan la seguridad y no les gusta la aventura. Sin embargo, a mí me ha gustado siempre todo lo contrario, y más aquella vez que andaba con Lulú en la misma hamaca.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Hice buena plata en Puerto Carreño, al igual que en el primer viaje a Maimache. Y en Victorino, un pueblo venezolano situado en la margen izquierda del río Guainía, aprendí a tratar con los parientes. Aunque ellos conocen la moneda, prefieren cambiar una cosa por otra. Al principio la costumbre me desconcertó, porque nunca había comerciado así, pero poco a poco fui viendo las ventajas. Alipio, mi socio indígena, era un duro para tumbarlos. Trocaba un kilo de zanahoria por una raya de oro, o un kilo de remolacha por diez de mañoco, o diez kilos de papa por diez de chiqui-chiqui. Salíamos bien librados por punta y punta, efectuábamos un viaje redondo, ganábamos vendiendo y ganábamos comprando. Para fortuna nuestra, los indígenas han dejado de comer sólo casabe, mañoco y yucuta, y hoy meten fríjol, cebolla y sardina venteada. Dicen: «yo ir a pescar pescadito blanco», y abren una lata de sardinas.

Después de Victorino vino San José, un atracadero donde oí hablar de «los muchachos», es decir de las guerrillas. Yo los había conocido en el Guaviare y hasta había negociado con ellos. Era gente formal, muy seria en el trato, algo rígida, sí, pero eso tenía la ventaja de que uno sabía a qué atenerse. Yo prefiero la autoridad de la guerrilla a la autoridad de la policía, porque la primera al menos tiene reglas fijas y no es ventajista, mientras la segunda no tiene límite ni talanquera: se le sale la agalla y le mete a uno el estoque hasta el corazón. Claro está que la guerri-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

lla, cuando se le sale la agalla, también le mete a uno el estoque hasta el corazón, pero el comerciante necesita reglas fijas ya que por ellas orienta su ganancia. Uno tiene el corazón en el bolsillo. Los muchachos necesitan, como todo el mundo, de los comerciantes, y sin nosotros no podrían dar un paso. No sólo los surtimos de mucha cosa, sino que les informamos del mundo, y lo mismo sucede con los indígenas, que viven porque nosotros les llevamos lo nuestro y los civilizamos. Por eso es que también el ejército y las autoridades nos buscan: para informarse, porque saben que nosotros conocemos todos los caminos.

Mientras más navegábamos por esas aguas turbias y espesas, más clientes veíamos y más ventajoso resultaba el cambio. Cuando llegué a Maimache habíamos feriado todo y nos quedaban las utilidades. Unas en oro, otras en fibra y el resto en mañoco o en casabe, que en las minas tienen muy buen precio. Lo que vendí en Inírida representaba el plante; lo demás, lo que vendí en el río, eran ganancias.

A Inírida llegué un 3 de enero en un Supercurtis cargado de verdura. Del Guainía había oído hablar en varias partes y, sobre todo, en el Guaviare. Me gustó la plaza desde lejos, porque se me pareció a Puerto Carreño, al que yo le tenía —y le tengo— mucho cariño. Allá siempre me ha ido bien; allá hice el plante con el cual me metí al Guaviare, y allá me repuse del golpe que me dio la policía.

Después del primer viaje a Carreño, ya con los bolsillos hechos, me embarqué en dos o tres entra-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

das más, todas con verdura. Logré un buen capitalito, dejé el pan de maíz y me dedique de lleno al Guaviare, a comerciar en ese medio. La merca estaba a muy buen precio después del asesinato del ministro Bonilla; el aparato se compraba en San José, en Calamar o en Miraflores entre quinientos y setecientos mil pesos, y puesto en Villavo se vendía a un millón o a un millón y medio. Fue un tiempo muy próspero para el negocio, y con la ventaja de que se podía redondear llevando gasolina o sal. Comencé por transportar Gramaxone mientras conocía la rutina, los retenes, los compradores y las vías, y como en esa época era legal el abono, pues no había pierde. Salíamos de Villavo con dos o tres camiones cargados hasta el tope de las carpas y en El Pororio hacíamos la primera venta. A San José no alcanzamos a llegar nunca, porque todo lo vendíamos por la carretera.

Poco a poco, al abono le entreverábamos sal liviana y a la sal permanganato, y cuando vi que ya tenía en mis manos la red, entonces me dediqué a comprar merca. Decidí bajar hasta Calamar y Miraflores por los insumos y allí arrendaba avionetas y bombardeaba con los aparatos bien envueltos las costas del Guatiquía. Le fui cogiendo mucha confianza al cuento, hasta el punto de que me lancé a llevar un cargamento de armas. No muchas, es cierto, pero las suficientes para un buen expediente. Difícil decir dónde y a quién le compré los fierros, pero fácil decir cómo caí.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

El avioncito aterrizó en Calamar. La salida de Villavo no fue difícil porque todo se encontraba arreglado desde antes y se sobreentendía que el acuerdo había que respetarlo. Pero no: cuando se estaban sacando las cajas, la autoridad se fue despertando y, al darme cuenta, me hallaba rodeado por la antinarcóticos. Al principio gestos y empujones, después reconciliaciones. Querían que además de los fierros les dejáramos la navecita, y así no había margen de chance. Tocó ir a la cárcel para ablandarles el corazón. Estuvimos dos días presos y al tercer día, muy madrugadores, llegaron unos civiles a tratar con nosotros. Cuando a uno le plantean negocios le dan en la vena del gusto, porque en ese terreno uno es el rey aunque ellos sean la ley; sin embargo, tocó dejarles las armas y, además, un buen bocado de moneda.

Llegué a Villavo descuerado, después de haber salido igual que un libro. Sin embargo, como ya era conocido por mi cumplimiento y por mi honestidad, no fue difícil conseguir crédito. Todas las puertas se me abrieron. Los dueños del Supercurtis me dijeron que cuántos vuelos quería al fiado, y los marchantes de Chipaque me anticiparon seis toneladas de verdura. Es que en el mundo de los negocios no hay favor chiquito, y yo les había hecho muchos a los de Chipaque: que diez mil barras para un niño enfermo, que quinientas para un entierro, que mil para una rifa. Uno colabora y espera. Al hombre de los aviones lo había sacado de apuros en más de una oca-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

sión y sin cobrarle un céntimo, y tal vez por eso, cuando quedé en la lona, me auxilió para salir al otro lado.

En Carreño junté otra vez la base y me tiré para el Inírida. Se hablaba mucho del oro y por tal motivo caí aquí, a este río lento y oscuro. Aunque no tenía nada que vender, cuando llegué a Maimache la primera vez había adquirido mucha experiencia. Alipio, que había mostrado tanta maña y tanta garra para el trueque con los parientes, me propuso que siguiéramos comerciando juntos y a mí se me hizo buena la propuesta. Fuimos a Villavo y cargamos un avión con cerveza y virtuallas de toda clase, viajamos a Caranacoa y feriamos de para abajo la mercancía dejando buena parte para vender en Maimache, donde los precios eran mejores. Allí podíamos dar crédito sin mayores problemas. El minero tiene días buenos y días malos, pero siempre tiene que comer. Entonces el crédito se impone y las posibilidades de que se vuele sin pagar son pocas, ya que la guerrilla no lo permite. Las mercancías que uno coloca las da a crédito y, asimismo, las tiendas se las dan al fiado a los mineros.

Los viajes los completábamos con muchachas. Como el fin de la bonanza de la coca dejó mucha muchacha desempleada, las casas estaban llenas de niñas sin ocupación. En Maimache no había en ese tiempo mujeres y convinimos entonces en exportarlas, es decir, en llevarlas de Villavicencio a la mina. Las conseguíamos en los bares, las cuenteábamos,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

pagábamos lo que debieran a sus patrones, cancelábamos las multas que estimaran convenientes y, luego de mandarlas examinar y de sacarles carné en blanco, sin cruces, las enfletábamos en el Curtis. Era todo un alboroto. Subían medio enguayabadas, medio borrachas, con una sola media, pero allá llegábamos con ellas. Uno hacía cuentas: tanto por la deuda que tenía con el patrón, tanto por la multa y tanto por el transporte. Hasta ahí los costos. Después se estimaba la ganancia, que dependía de la calidad de la mujer: cara, cadera, senos, piernas. Había muchachas de cien, de doscientos y hasta de trescientos mil pesos. A la orilla del caño iban los dueños de los bares a mirarlas y, claro está, no les estaba permitido tocarlas hasta que cerráramos el trato.

Las niñas se comprometían a pagarle al nuevo dueño lo que él nos había pagado por ellas a nosotros más la mitad de alquiler de la pieza, y allí quedaban condenadas durante dos o tres meses, hasta cuando coronaran su libertad. Después estaban obligadas a trabajar en el bar durante mes y medio por cada cien mil pesos de adelanto, y así quedaban atadas más días al patrón. A veces protestaban, pero por lo general se aguantaban. Las más jòdidas eran las feas, porque al final se sentían ofendidas. Algunas se volvieron trabajadoras de las minas o hicieron socias con los mineros cuando los «muchachos» prohibieron la vagabundería. Sin embargo, para nosotros lo mismo era el oro que la gaseosa, las armas o las mujeres. El dinero no tiene corazón.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Un día estábamos por Caranacoa, otro por Macanal. Anduvimos el río de arriba abajo y de abajo arriba. Yo le fui cogiendo confianza. Alipio mantenía muy buenas relaciones con los compradores y yo con los mayoristas de Villavicencio, y ambos teníamos puesto el ojo en lo que cada uno administraba. Por eso, cuando me propuso que yo manejara el negocio surtiéndolo desde Villavo mientras él colocaba la mercancía en el río, me dio tranquilidad. Hicimos un último viaje a São Gabriel, en Brasil. Salimos con un buen porrón de oro de Maimache y en Brasil lo cambiamos por armas y por municiones. No eran fierros de envergadura, como los que perdí en el Guaviare, sino escopetas de cacería que les encantaban a los indios y revólveres que los «muchachos» les permitían cargar a los mineros. Subimos con el cargamento por el río Negro hasta el Guainía y ya en la plaza lo fuimos vendiendo. En Brasil el oro tiene mejor precio que en Colombia y la cuestión resultaba muy ventajosa. Trocábamos oro por armas en Brasil y, luego, en el río, armas por oro.

El negocio con Alipio me dio más confianza en él. Me fui entonces para Villavo, dejándolo encargado de vender lo que teníamos y de recoger las deudas. Pensábamos que era posible competir con los otros comerciantes, no tanto en precios sino en velocidad, ya que mientras los demás se abastecían de Brasil o de Venezuela por río o del mismo Inírida por trocha y duraban en rematar un millón de pesos, pon-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

gamos por caso, dos o tres semanas, nosotros, en una semana, podíamos voltear el capital. No obstante, para lograrlo tenía yo que surtir a Alipio desde Villavo, y fue así como dejé en sus manos todas las cuerdas. Alcancé a mandarle dos viajes, hasta que un buen día el piloto me informó que Alipio se había perdido y que nadie daba cuenta de él. Volé a Caranacoa en avioneta, caí a Maimache y comprobé que era cierto: Alipio se había esfumado. Había cobrado las cuentas y rematado las mercancías, y nadie sabía dónde estaba. No sólo se había alzado con el capital, sino que me había dejado con una deuda grandísima de gasolina. Lo que yo tenía en billete para abastecerlo desde Villavo era lo que se debía en combustible. Total, quedé de nuevo en la olla. Si quería recuperarme y mantenerme en la plaza debía asumir la deuda o, de otra forma, tenía que abandonar. No había caso. Estaba tan endeudado como cualquier minero.

La competencia se mostró muy colaboradora, lo que se me hizo muy sospechoso, y sólo después vine a descubrir la tramoya. Descubrí que Alipio era una ficha de otros comerciantes y que siempre había transado con ellos, lo que me dejó navegando por este río como un mero vendedor de líchigo. Prácticamente preso. Pero me aguanto confiado. En los negocios, como en la vida, siempre hay revire.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

3. La Gata

Nos despertó un ruido insistente que no acertábamos a saber ni de dónde salía ni qué lo causaba. Estábamos a punto de pensar que era el tigre cuando oímos unas risitas burlonas y huidizas, casi antipáticas, que cualquiera hubiera podido atribuir a pigmeos de no saber que estábamos en el Guainía. Era una delegación de indígenas. Probablemente curripacos, que nos miraba absorta. Mauricio nos pico el ojo y nos dijo, sin que nosotros acertáramos a comprender: «Nos salvamos». Y en efecto, al rato, antes de que hubiéramos acabado de empacar el equipo, regresó nuestro guía para comunicarnos que los parientes nos podían llevar hasta El Tigre, un pueblito situado a mitad de camino de nuestro destino. El precio nos pareció desorbitado y, a regañadientes, aceptamos. Mauricio, con nuestra ayuda, subió la caneca de gasolina que traía y arrancamos aguas arriba.

El río Guainía es majestuoso por su caudal y por la lentitud con que se desliza en medio de una vegetación baja pero tupida. Sus aguas, negras desde lejos, son de cerca casi doradas. El cauce está formado por arenas blanquí-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

simas que en verano emergen como playas extensas donde ponen sus huevos las tortugas terecay. Aquella mañana se levantaba una niebla espesa y gris que agregaba al paisaje un matiz misterioso y esotérico, muy acorde con el espíritu que predominaba en todos nosotros.

Dos horas de viaje lento nos condujeron a Tonina, el primer caserío digno de tal nombre que topábamos en el Guainía. Lo habitaban doce familias curripacas colombianas y seis venezolanas. El marco de la plaza estaba procedido por el templo de la Iglesia Bíblica Unida donde, al momento de llegar, se hallaba reunido todo el pueblo entonando himnos de alabanza al Señor. Las casas se veían construidas con un gran esmero y plasmaban una astuta combinación de rasgos indígenas con elementos tomados de la arquitectura norteamericana. Juan Muñoz, el pastor que sucedió a Sophía Müller, fue el constructor del pueblo, el centro religioso de toda la región.

Los evangélicos sostienen una escuela donde se educan veinticinco niños y con la ayuda del gobierno construyeron un tanque de agua elevado —que ya no funciona— para el acueducto local. Esta obra, la verdad sea dicha, es el único testimonio de la presencia colombiana en el área, porque el comercio se lleva a cabo con Venezuela y la autoridad es la Guardia Nacional.

Los indígenas siembran todavía yuca amarga, piña, plátano y aguacate. La caña fue prohibida por Sophía Müller para evitar la producción de aguardiente e impedir así todo vínculo con las antiguas ceremonias rituales que, por lo demás, persiguió con toda saña durante muchos años.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Aunque el pueblito es limpio y ordenado, la sensación de miseria nos obligó a embarcarnos.

Dos horas más tarde atracamos en Victorino, otro caserío curripaco situado en la orilla venezolana. Tiene también doce casas, pero el contraste con Tonina es manifiesto: hay una Plaza de Bolívar, con busto del Libertador, asta de bandera, parque para niños y cuartel para la Guardia Nacional que, aunque no reside en forma permanente, no descuida aquel rincón del territorio. Los evangélicos tienen su templo y sostienen también una escuela.

Por Caribe, el lugar adonde llega la trocha de Huesito, pasamos sin detenernos, ya que el tiempo apremiaba. A mediodía llegamos a San José, una de las más grandes comunidades indígenas del río Guainía, como que viven 201 curripacos, según el detallado registro que lleva Manuel Triviño, su capitán. Al igual que en los pueblos que habíamos visitado, el templo evangelista descuella entre las construcciones, pero a diferencia de ellos hay un internado, sostenido por la comisaría, que lleva el exótico nombre —en esas latitudes— de «León De Greiff». Encontramos dos maestros acostados en sendas hamacas y recitando poemas de su propia inspiración. Se negaban a trabajar porque el gobierno nacional les adeudaba a la fecha cuatro meses de salario. Sin embargo, se resistían a irse a minear a la Serranía de Naquén, como lo habían hecho dos de sus colegas.

Los profesores vivían un aislamiento que sólo la posibilidad del desempleo justificaba. Cuando llegamos y nos reconocieron como investigadores, nos asediaron a pregun-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tas sobre la situación del país, porque en esa zona no escuchaban sino la radio venezolana. Una vez terminado el interrogatorio, pasamos nosotros a la ofensiva, y los maestros resultaron ser dos eruditos en la historia local de la minería.

Hacia finales de los años sesentas, según nos contaron, un empresario bogotano de apellido Cuevas contrató a Eulogio Fonseca, ex combatiente de la Guerra del Llano, para explorar la Serranía de Naquén en busca de minas de oro y de diamante. Fonseca recorrió de arriba abajo toda la región y encontró evidencias que exageró calculadamente a su patrón. El señor Cuevas, entusiasmado con la perspectiva, redobló su apoyo a Fonseca dotándolo de aparatos para detectar metales y de dinero suficiente para contratar «pesquisadores» del lugar, mientras Fonseca y su equipo tomaban muestras. Cuevas formó una compañía con marimberos de la costa, esmeralderos de Muzo y otros empresarios del ilícito con la esperanza de obtener licencias de explotación sobre toda la serranía. La voz corrió y la iniciativa fue imitada por otros aventureros. Un tal Bagrecito, tolimense, en compañía de un señor Juan Soto, fueron los escogidos por el destino para denunciar las primeras minas de El Tigre (río afluente del Guainía). Más tardaron en ir a Villavicencio a tramitar las diligencias legales y a buscar dinero para financiar la explotación que los indígenas en invadir la zona. Y así, cuando Bagrecito y Soto regresaron, quinientos nativos estaban ya posesionados. Hubo amenazas, peleas, heridos, pero los parientes no cedieron, por lo que los socios resolvieron vengarse divulgando el secreto.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Comenzó así, a finales de 1981, la época de la explotación generalizada, porque los buscadores de fortuna no se detenían en ningún sitio. Recorrieron todos y cada uno de los caños que tributan al Guainía, pesquisaron metro a metro la Serranía de Naquén y ubicaron las minas de El Tigre, Maimache, Chipital, Samuro, Campoalegre, Caranacoa y Caño Mina. A la ansiosa exploración siguió una no menos febril explotación y, a comienzos del año 82, la región era una colmena a la que llegaban cientos de aventureros de toda laya en pos de un botín rápido y fácil. No eran sólo ilusiones las que desataron la fiebre; eran realidades. El oro comenzó a circular en Inírida y el comercio a incrementarse. El oro de Maimache rivalizaba por aquel entonces con la coca del Guaviare.

A mediados del año 83, las vetas superficiales de los caños comenzaron a volverse esquivas, pero la gente no se descorazonó. Se abrió entonces la serranía propiamente dicha y se cateó con suerte en La Cochanera, de donde se llegaron a sacar piezas de más de quinientos gramos, así como en Caño Loco, Mina Vieja, La Lilia, Perá, Alejo y Buenaventura. Se construyó por aquel entonces el camino a Campoalegre y se subieron las primeras motobombas. La alucinación llegó a tal grado que los mineros colombianos invadieron hasta las minas de Matapí, en el Brasil, siendo expulsados por los garimpeiros, *cuerpo armado del ejército. No obstante, poco después fueron los mineros brasileros, los* braches, *quienes se internaron en Colombia, dando lugar, en un comienzo, a un intercambio fraternal y solidario de experiencias técnicas. Caño Rico, en*

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

territorio colombiano, fue explotado en común con la técnica de «la plancheta» , que es de origen brasileño. Pero con el tiempo, y en la medida en que el oro superficial se fue agotando, comenzaron los problemas. De todas maneras, nos explicaron los maestros, en el año 84 se inició lo que llamaron la bonanza del oro, que duró hasta 1987.

Una tarde de enero de 1986 aparecieron en Maimache unos personajes que la gente no tardó en considerar «raros». Eran los sobrevivientes de un grupo guerrillero compuesto por seis miembros que venían del Vichada pero que, al pasar por el Guamirza, fueron sorprendidos por la guardia venezolana, originándose un tiroteo del cual sólo tres lograron escapar. Los restantes fueron aprehendidos y luego aparecieron estrellados contra la tierra, como si hubieran sido lanzados de un helicóptero, en los alrededores de San Felipe.

Los recién llegados traían armas largas, una notificación suficientemente elocuente, y pronto los habitantes de Maimache —incluido el inspector de policía— los reconocieron como autoridad. No tardaron en llegar otros «muchachos». Los cincuenta brasileños que había en ese entonces huyeron despavoridos, pero los colombianos —acostumbrados a la presencia armada en otros lugares del país— aceptaron lo que en ese momento se tomó como una simple convivencia. Sin embargo, poco a poco la guerrilla fue interviniendo más y más en los asuntos del pueblo, hasta cuando un día los comandantes citaron a una reunión en el puerto y declararon pertenecer a las FARC. Dieron una charla política y anunciaron las reglas del juego: prohi-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bieron el trago en las minas, el mal uso de las armas cortas, que quedaron confiscadas, la prostitución y, sobre todo, el robo. La aprobación de la medida fue unánime, porque ya por aquellos días los problemas de los mineros se habían vuelto incontrolables: los robos eran continuos —lo que implicaba una elevación de los costos de producción—; las riñas se sucedían unas a otras, llegando inclusive a la muerte, y la prostitución y el trago eran una fuente de inestabilidad y de fuga permanente de dinero. Por todo esto, la gente no sólo acató las medidas tomadas por la guerrilla sino que aceptó brindarle apoyo económico. Los comerciantes fueron los primeros y los más decididos partidarios de reglamentar la vida en las minas puesto que, a pesar de las lamentaciones derivadas de la prohibición del trago y de la prostitución, la seguridad era para ellos condición de sus negocios.

El diálogo con los maestros de San José fue muy ilustrativo. No obstante, como no teníamos mucho tiempo resolvimos continuar nuestro camino y nos embarcamos nuevamente con rumbo a Tabaquén, donde Mauricio nos había dicho que podríamos encontrar algo de comer.

Y en efecto, Tabaquén tenía una tienda mal surtida, para desgracia nuestra, pero donde la carne enlatada y las galletas de sal no escaseaban. Observamos que la comunidad, más numerosa que las anteriores, se encontraba toda —niños, mujeres y hombres— muy ocupada remodelando el parque. Todos trabajan y los ancianos dirigían el esfuerzo colectivo. Mauricio descubrió que en una esquina las mujeres preparaban un moqueado y, ni corto

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ni perezoso, logró comprarles un pernil de lapa que encontramos exquisito.

Los indígenas realizaban algunas labores colectivamente, como el arreglo del caserío —iniciativa, sin duda, de Sophía Müller—, pero en general trabajan cada uno en su conuco. La producción se reducía a la yuca brava y a la piña que, junto con la carne de monte y el pescado, constituían su dieta. El poco dinero que necesitaban para vestirse y comprar anzuelos lo obtenían en la mina, bien como mineros, como cargadores o guías. Eran en realidad comunidades muy miserables y desgraciadas, porque después de haber abierto su cultura tradicional no habían logrado integrarse a la blanca.

Cruzamos arriba de Tabaquén por Segal y Cartagena, donde nos habían sugerido conocer una serie de petroglifos, pero la noche empezaba a caer y queríamos llegar pronto a El Tigre, donde podíamos guindar y descansar.

Al día siguiente amaneció lloviendo. Había llovido toda la noche y seguiría lloviendo durante las siguientes veinticuatro horas, sin pausa. Y a pesar de estar a cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, el frío era intenso.

A cuatro horas de El Tigre entramos al caño Naquén y a los pocos minutos de la boca surgió, intempestiva y soberbia, la serranía del mismo nombre. No parecía encontrarse muy lejos, pero los siguientes días mostrarían que estábamos equivocados. El caño nos dio la impresión de ser un túnel en medio de la espesura, que por momentos se trocaba en un verdadero laberinto. La serranía aparecía tan insólita y misteriosamente como desaparecía: el

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

rebalse era unas veces angosto y otras ancho, y en uno de los meandros el motor se apagó y el marinero nos anunció que el combustible se había acabado. Todos volteamos a mirar a Mauricio quien, con una sonrisa melindrosa, nos dijo:

—Pues aquí está la caneca, pero vale setenta mil pesos.

Le alegamos que nosotros se la habíamos ayudado a subir y a bajar del avión y del bongo, pero él nos argumentó que ese era el valor de la gasolina en Maimache y que si no estábamos de acuerdo podíamos esperar el paso de otro bongo para comprarla. La emboscada era perfecta. Nada podíamos hacer, salvo sacar nuestras conclusiones personales y lamentarnos de nuestra ingenuidad. Compramos allí mismo la caneca y continuamos el viaje. Mauricio recibió el dinero sin escrúpulos, y su relación con nosotros no se modificó ni por un instante. Era un profesional.

Aguas arriba del lugar del insuceso viramos por el caño Maimache, más estrecho, más oscuro y aún más peligroso que el Naquén. La vegetación es extraordinariamente tupida y riquísima en un bejuco denominado «jalapatrás» o «uña de gato», llamado así por tener espinas largas y afiladas que se engarzan en el pelo y en la ropa amenazando a los viajeros con sacarlos del bongo o con dejarlos acostados, cuan largos son, en el fondo de la canoa.

Sin previo anuncio —todo allá es así— se nos apareció Puerto Nigua, una aldea indígena curripaca que se hallaba desierta. Mauricio y el indio que nos guiaba no acertaron a explicarnos el porqué de esta soledad. Decían que probablemente los nativos habían huido cuando un helicóptero de la policía antinarcóticos sobrevoló la región, o

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

que se debía al cambio de comandante del frente guerrillero. Después nos enteramos de que la razón verdadera era que se estaba celebrando la Santa Cena, una reunión anual que los evangelistas convocan a orillas del Orinoco y a la que, en esta oportunidad, asistía Sophia Müller en persona. Lo extraño era que nosotros no nos habíamos cruzado en el río con ningún indígena, lo que nos condujo a pensar una vez más que en la selva hay misterios que uno termina por aceptar como tales.

Al anochecer llegamos a Maimache. No había cesado de llover y en todo el día no habíamos probado bocado. Nos metimos al primer «cenadero» que encontramos en el puerto y su propietaria, doña Rosa, alias La Gata, nos dijo sin preámbulo alguno que «el golpecito» valía mil por persona, con carne y sopa. Como en el caso de la gasolina, no había alternativa: los precios en estas zonas —ya lo sabíamos— eran rígidamente homogéneos porque el monopolio del comercio es ley.

Aceptamos, pues, y dispusimos bolsillo y estómago. La sopa era una mazamorra de trigo, espesa e insípida, que apuramos haciendo de tripas corazón, pero «el seco» resultaba todavía peor: la carne, una «mincha» , estaba podrida, y en el resto del plato no había sino porciones enormes de arveja verdeseca y plátano asado. Haciendo a un lado la carne, que de comerla nos hubiera corroído, nos dimos a la tarea de alimentarnos, y al segundo bocado sentimos la urgencia de una gaseosa.

—A doscientos cincuenta cada una— dijo La Gata, y nosotros nos sentimos emboscados.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Cuando terminamos caímos en cuenta de que estábamos en Maimache, que en lengua indígena significa «la mamá del diablo». En realidad, ninguno de nosotros había pensado que el rey de los infiernos tuviera mamá, motivo por el cual experimentamos una gran ternura por satanás.

Maimache era un pueblo irregular, sucio, pestilente, un verdadero muladar en medio de la selva. El testimonio de todos los excesos de los mineros se encontraba desparramado por la calle principal, la única, por lo demás, que iba desde el embarcadero hasta el kiosko llamado La Última Copa, un bailadero de propiedad del presidente de la Unión de Mineros de Maimache. Se llamaba así porque estaba situado a la salida del pueblo, sobre la trocha hacia la Serranía de Naquén, y porque a partir de allí, «de esa raya», los guerrilleros prohibían el consumo de licor.

El caserío tenía treinta casas, de las cuales veinticinco eran residencias-bares-cenaderos. Los mineros vivían en sus «lavaderos» y a Maimache llegaban después de tres o cuatro meses de trabajo a emborracharse y a vender el oro. Quienes habitaban en el pueblo eran, pues, los comerciantes y los dueños de los negocios que, dicho sea de paso, funcionaban sin excepción en locales arrendados. El dueño de la mayoría de las casas-lotes era un comerciante con sede en Puerto Inírida. El canon de arrendamiento variaba entre cien mil y doscientos mil pesos mensuales, según el destino que se le diera al local. Si era un bar, el monto era más elevado que si se trataba de un cenadero o de una residencia. Las cinco casas de familia pertenecían a comer-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ciantes, al inspector de policía y a un médico-odontólogo, peluquero y adivino.

En Maimache encontramos gente de todo el país. Había una colonia de Tumaco (Nariño), otra de Remedios (Antioquia), otra de Roldanillo (Valle), otra de Ataco (Tolima). Eran las más profesionales y las más organizadas, pero no faltaban gentes de Bogotá, Medellín, Barranquilla, Bucaramanga, Villavicencio. Rebuscadores que habían mineado en Segovia y La Miel, raspadores de coca del Guaviare y del Vichada, colonos de La Macarena, taxistas de Cali, obreros de Urabá, estudiantes de la Universidad Nacional, jornaleros de Copey, teatreros de Manizales, en fin una abigarrada población de los más variados orígenes, trayectorias y condiciones. Se trataba, además, de una población adulta con sólo cinco niños, dos de los cuales, gemelos negros, habían nacido a bordo de un bongo entre Segal y Cartagena.

Los mineros solían llegar solos o acompañados por una mujer con la cual habían hecho acuerdos muy claros. Si se trataba de una compañía marital, ella entraba de socia del negocio con iguales obligaciones y derechos: «miti-miti», llamaban esta relación. La mujer, entonces, iba de «dama». Pero también podía ir de «guisa», lo que significa que atendía al varón exclusivamente en oficios domésticos: lavado de ropa y alimentación. Recibía como paga un porcentaje que variaba entre un diez y un veinte por ciento del oro obtenido. Naturalmente, estos negocios daban a todo tipo de equívocos y de conflictos, y de allí que la guerrilla considerara vital su intervención en este cam-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

po, ya que no sólo tenía repercusiones económicas sino también de orden público.

Maimache era y es aún el centro comercial de toda la zona minera de la Serranía de Naquén. El intercambio básico consiste en oro por alimentos, ropa, útiles de aseo, licores y servicios de alojamiento, comida preparada y, desde luego, prostitución.

La cadena de comerciantes se inicia en Bogotá, Villavicencio y Puerto Inírida. Hay en realidad tres grandes mayoristas que abastecen a un total de cuatro o cinco intermediarios. Los mayoristas se encargan de comprar todas las mercancías necesarias y de ponerlas por avión o «combinado» —camión y barco– en Inírida. La diferencia de precios puede ser de un cincuenta a un ciento por ciento, puesto que «todo vale por lo que pesa» Un kilo de arroz vale tanto como un kilo de zanahoria o un kilo de medias para mujer, sin importar el precio básico al que compra el mayorista en Bogotá o en San Fernando de Atabapo. Se exceptúan de esta regla la gasolina, las herramientas, las máquinas y las armas, que dependen de otras leyes.

Los mayoristas les venden a los intermediarios todo lo que necesitan a un precio concertado que, inicialmente, es más bajo que el del mercado. Les abren una línea de crédito con la obligación de pagarles con el oro que obtengan en sus negocios. El intermediario transporta por su propia cuenta y riesgo las mercancías por el Guainía y las sube por el río vendiéndolas a todas las comunidades ribereñas. El trato con los indígenas, sobra decirlo, es más despiadado aún que el que se realiza con los mineros. Los na-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tivos pagan en oro o en casabe, producto que tiene gran demanda en las minas. Estas relaciones comerciales se llevan a cabo mediante el siniestro sistema del «adelanto» o «avance». Los intermediarios hablan de tener «tantos parientes avanzados», o sea, indígenas a quienes les han dado a título de anticipo una cantidad de mercancías que deben ser canceladas en un determinado tiempo. No es necesario añadir que las balanzas para medir el oro, así como las pesas para medir los kilos de casabe, pertenecen al intermediario.

En Maimache el intermediario posee cinco o seis distribuidores al detal. A ellos vende las mercancías que transporta, también a crédito y con la condición de cancelar en oro. El distribuidor al detal, a su vez, «avanza» a los mineros, bajo la falsa apariencia del crédito, y recoge a cambio el oro. La diferencia de precio entre el intermediario y el distribuidor varía entre un doscientos y un trescientos por ciento, e idénticas tasas rigen los intercambios entre éste y el minero, razón por la cual una gaseosa, que en Bogotá vale cuarenta pesos, en Maimache vale doscientos cincuenta, o trescientos «si el bongo está demorado». Este sistema de acumulación, fundado en un estudiado monopolio, explica por qué la gran mayoría de los mineros, aun los que tienen suerte, se arruinan trabajando y se convierten en asalariados de los comerciantes. En el fondo, el minero se da cuenta de este hecho, pero reivindica la ilusión de ser libre e independiente porque en esa condición está la posibilidad de «enguacarse», o sea, de encontrar una veta o un «cochano» que lo libere definitivamente del trabajo.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Frente a este sistema de despojo la guerrilla calla, al igual que el inspector de policía, un pobre agente del Estado que se ha visto constreñido a convertirse en carguero o «catumero» para poder vivir y conservar su puesto. Las guerrillas se han hecho las de la vista gorda hacia el abuso de los comerciantes por el hecho simple y llano de que éstos «colaboran» con ellas a cambio de que los mineros paguen puntualmente sus deudas. Nadie puede salir de Maimache sin el visto bueno del comandante de los alzados en armas, quien lo otorga siempre y cuando el individuo esté a paz y salvo con los comerciantes. De ahí que los mineros sin suerte estén prácticamente presos en medio de la indefensión más absoluta y oprobiosa.

Nuestra primera noche en Maimache la pasamos bebiendo en La Última Copa hasta la madrugada, invitados por el presidente de la Unión Patriótica, socio, a su vez, del presidente de la Unión de Mineros, propietario del establecimiento donde La Gata, quien desde el momento de nuestra llegada no nos había abandonado, nos contó su historia.

La Gata

Cuando nos abrimos con Adalberto, eché mis tres hijos a la cola y fui a temblar a Villavo. No había caso. Yo era maestra en Cacayal, una vereda de Granada que conocí desde niña y donde enseñé más de diez años seguidos la aritmética, la cívica, la lectura

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

trabajadores, cada uno con su gusto y con su genio. Algunos eran muy golosos y muy exigentes; otros, al contrario, poco comían, pues metían mucho bazuco.

El pierde del negocio eran los orgullos y la ambición. Se oía decir de atracos y de muertes: que a don fulano, que venía forrado, lo habían asaltado y dejado sin la lana; que a don zutano lo habían asesinado para robarle la merca; que la policía estaba dando garrote en tal parte. Cuentos y más cuentos. Sin embargo, por el caño en que nosotros estábamos, Caño Araña, no llegó a verse nada indelicado.

Susana lidiaba a su hombre con mucha paciencia. Era algo alevoso, pero una vez que cerraban la puerta de la alcoba ella lo volvía un niño chiquito. Lo arrullaba, le daba gusto y se veía satisfecho. Mi hermana ha sido de buenas con los varones porque tiene las caderas anchas y la piel templada. El negocio no tenía pierde, aunque todos sabíamos que el plante verdadero era ella.

Un día llegó un muchacho a pedirle trabajo. Bien parado el pelado. Tenía los ojos grandes y negros, era alto y fornido, dijo que sabía la química y que podía sacarla al noventa por ciento. Mi hermana se entusiasmó más por su aspecto que por su habilidad para procesar la merca; Hernando aceptó porque veía por los ojos de ella, y yo, que no estaba de acuerdo porque sabía para dónde iban las cosas, tuve que esperar a que estallara el problema.

No me engañaba. El muchacho y mi hermana comenzaron a «quimiquiar» juntos. Miradas van, mi-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

radas vienen. Hernando callado y Susana cada día más feliz, hasta que una noche sucedió lo que tenía que suceder.

Como a las once, cuando todos estábamos dormidos , los oí discutir. Meros murmullos al comienzo, pero así y todo entendía que la cosa iba para peor. Susana se puso alevosa sintiéndose querida, y el otro, celoso y mal querido, se volvió una fiera. Los gritos despertaron a todo el mundo. Él hacía zumbar la rula y ella se defendía con lo que encontraba. Afuera todos esperábamos a ver quién iba a salir, hasta que de un momento a otro hubo un estruendo de bala y salió Hernando bufando como un loco y dispuesto a matar al pelado, que al ver que el asunto se ponía difícil se perdió en la selva. Entonces el marido de Susana me cogió a mí del pescuezo, me estrujó contra el suelo y disparó dos fogonazos que por fortuna sólo me quemaron la cara. Cuando me ayudaron a ponerme de pie, vi a mi hermana ahogándose en su propia sangre, la levanté como pude y noté que sólo tenía un tiro en la cadera. La sacamos rápido para el monte porque temíamos que Hernando, que había salido a perseguir al muchacho, volviera y nos rematara. Con la ayuda de los trabajadores colocamos a la herida en una hamaca y nos fuimos hacia el caño a tratar de ganar la voladora, y aclarando el día llegamos a Miraflores con mi hermana desangrándose. El tiro le había hecho una chaguala enorme y le había partido el hueso. Tuvimos que operarla y me-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

dio muerta la trasladamos a Villavicencio por medio a que el marido nos echara mano. Pero no. Después supimos que se había estacado un pie en un espinero y que no hizo sino aullar durante un mes.

En Villavo volvieron a operar a Susana. Las dos operaciones se llevaron la mitad de lo que yo había ahorrado, y con la otra mitad nos fuimos para Fómeque, donde conocíamos a mucha gente porque en ese pueblo habían nacido mis papás y porque allá había estudiado yo para maestra de escuela. Sobre todo nos sentíamos protegidas. Vivimos un año en santa calma, de los ahorros que yo todavía tenía, pero cuando vimos que la moneda escaseaba nos comenzó el afán.

El negocio de la coca pintaba mal porque se comerciaba muy barato. Además, ganarse la vida así era muy cruel. No es plata fácil, como dicen; por el contrario, uno bota ahí la vida detrás de cada peso. Oímos hablar del Guainía, del oro que escondía este cerro, y nos sonó el cuento. Así que metimos a los niños internos, bajamos a Villavo y viajamos a Puerto Inírida. A mí me gustó el pueblo desde que lo vi; a Susana, en cambio, le fastidió antes de bajarse del avión. El río se me hizo lindo, lo mismo que el atracadero y la comisaría. Todo me decía que debía quedarme, y me quedé. Mi hermana no sintió lo mismo y a los pocos días se devolvió para Villavo. Ella quería buscar a su primer marido y no escuchó razones. Para mí lo importante era estar en Inírida, porque lo demás —pensaba— se arregla trabajando.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

En un restaurante me ofrecí para hacer lo que fuera y me contrataron de parrillera, un trabajo que es muy duro porque tiene una que estar desde las tres de la tarde hasta las tres de la mañana atizando la parrilla de pollos y aguantando el calor. Pero si el trabajo no me gustaba, menos me gustaba tratar con mujeres. Las dueñas eran unas señoras del Valle, muy fregadas y muy pendencieras. Estuve con ellas hasta que un día, haciéndose la boba, doña Hortensia, la mayor, me echó agua caliente en los pies. Entonces renuncié. Por fortuna apareció Rebusque, un loco que, haciéndose el loco, le conseguía coloca a quien estuviera dispuesta a compartir el sueldo con él. Vivía de eso.

Rebusque me presentó a don Leo , el propietario de la discoteca El Volcán, y yo le propuse arrendar una esquina del negocio para poner una venta de gallina durante la noche. Don Leo le dio vueltas y más vueltas al asunto y al fin convino. Me instalé a vender gallina con papa y yuca, huevos cocidos, tinto y gaseosa. Nada de licor. Trabajaba desde el mediodía hasta las dos de la mañana. Rebusque me ayudó a organizar el negocio porque le convenía, ya que se quedaba con una cuarta parte de las ganancias, y las cosas iban bien porque la coca estaba dando y había mucho movimiento.

Dicen que Inírida progresó mucho a raíz de la hoja, ya que antes era un moridero que sólo veía la luz por la comisaría. La mayoría de los habitantes vivía

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

del gobierno. La fibra, el cacao y la pesca daban poco y el contrabando nada al no haber compradores. Los parientes no conocían el dinero porque a ellos, teniendo mañoco, nada les afanaba.

Con la coca llegaba gente a trabajar y comerciantes, compradores y autoridades a cobrar. El contrabando de comida y gasolina se comenzó a mover y mi venta de gallina, que con el tiempo se volvió un cenadero, a dejar una base. A mí siempre me ha gustado echar la base por delante y así fui ahorrando. Con los días me independicé y le puse al negocio nombre propio, hasta que un día llegó Sandra, la hija de Susana, a visitarme. Yo la recibí como es debido, abriéndole la casa, porque para ese tiempo ya tenía alojamiento y hasta grabadora había comprado. Sandra estaba hecha ya una niña bonita, como la mamá, y sabida como el papá. Me ayudaba de día y de noche se iba para la casa; yo pensaba que era cierto y que la niña era de buenas costumbres. Cuando llegaba de madrugada, ella estaba ya durmiendo con aquella cara de ángel que provocaba rezarle. Porque bonita sí era.

Al cabo de un mes me dijo que se quería ir pero que no tenía la plata. Le levanté para el pasaje y encima le regalé unos pesos para ella, pero estando en el aeropuerto, a Rebusque le dio por amarrarle bien la caja que llevaba de equipaje y yo vi que se ponía nerviosa y lívida, amarilla y blanca. Le pregunté si estaba mala y me contestó que no, era el susto de te-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ner que volver a montar en avión. La cosa pasó. Ella viajó y cuando estábamos llegando a la casa le dije a Rebusque que tenía mala espina, que el amarillo de Sandra no me había gustado. Él me dijo: «Gata, ¡el niño!», y yo salí corriendo a buscar al niño, como llamábamos al dinero que habíamos ahorrado y encaletado en el zarzo. Sandra debió hurgar y hurgar hasta que dio con él y con él se fue, dejándome sin un centavo. Hablé con la mamá por teléfono, pero me dijo que a la casa no había ido. Después supe que tenía un mocito que le alegraba las noches y que con él se había escapado. Yo quedé derrotada. No quise seguir trabajando. Vendí lo que pude, hice un atado y me trepé para Maimache. Ya el cerro estaba produciendo algo y yo, acongojada, miré para adelante.

El puerto tenía apenas unas seis casas, pero ya se notaba animación. Don Humberto me alojó en su cambuche, y cuando le propuse que montáramos un restaurante se rió de mí. Él, como es amarradito de la cola, no me puso bolas, y el plante que llevaba no me alcanzaba para instalar un cenadero. Seguí dando vueltas en el mismo sitio una semana, informándome del movimiento y de la forma de colocarle una trampa al orito que se veía correr. Mi destino es la cocina —pensé—, y comencé a ofrecer mis servicios. Por fin un día di con el que era el dueño de una mina llamada La 32. El negocio era cocinar para cinco socios, porque estaban aburridos de comer a mañana, tarde y noche coladas preparadas por ellos

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

mismos. Querían una mano de mujer en el fogón. El negocio era que yo entrara como otra socia, es decir, que por el hecho de cocinarles a mí me correspondía una parte de seis. Acepté.

Al día siguiente preparamos los catumares con remesa y comenzamos a caminar a las nueve de la mañana. Al principio el terreno era plano y bonito y los caños arrastraban un agua anaranjada, como bañada en oro, pero a las dos horas empezaron los dolores. El cerro Naquén, tan alto como el de Buenavista en Villavo, hizo que a los pocos pasos botara el catumare que me habían dado y les acomodara la remesa a los hombres. Era como subir una escalera. Por tiempos me sentía desfallecer, no arriscaba ni con mi propio cuerpo y la pendiente seguía de para arriba como si fuera el mismo cielo. Cada paso era un alivio porque se acercaba la cima, pero también un peligro porque de caerse uno el golpe era más fuerte. A la media hora yo no sudaba sino que lloraba, y como no llevábamos nada de beber me senté a dejarme morir. El dueño de La 32, un paisa mayor, me daba ánimo y me jalaba, pero yo me sentía como una burra parida que no quiere sino estar echada. Uno de los muchachos que me cargaba la remesa, socio del negocio, me buscó un bejuco, llamado de agua, lo cortó y el milagro se hizo: brotó agua, agua pura y limpia, como de cristal. Bebí mucho, lo que me cupo, y al rato ya estaba tratando de volver a caminar. Paso a paso fui coronando y al mediodía llegamos

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

a la cumbre. Cuando miré para atrás, casi vuelvo a desmayarme de la altura. La tierra se veía abajo, muy abajo. Me pareció que la vista era bonita, aunque yo no estaba para eso. El problema era ver cómo volver a bajar aquella cuesta endemoniada. Caí en cuenta de que me encontraba en manos de mis socios, ya que sola no podía regresar.

Cuando comenzó a oscurecer llegamos a La 32. Yo no esperaba una casa pero tampoco un plástico mal extendido y roto que servía de guindadero. Esa noche no me importó porque estaba hecha un estropajo y lo único que quería era descansar. Al otro día me desperté como a las diez, cuando el viejo me llevó un poco de tinto, y lo que vieron mis ojos no es fácil de contar: la mina no era mina; era el lecho —todo entresacado— de un caño blanco y cascajoso como un pedazo de luna; la selva rodeaba, el campamento y amenazaba con tragarnos; el agua corría sucia, porque venía de otras minas; el oro —esquivo— no se miraba por ningún lado, y no apareció en toda la semana, ni en la siguiente.

A la tercera semana alguien grito: «¡El moro!», y el moro salió. Relampagueante y juguetón, llenó la teta de una batea en un dos por tres. Toda la tierra que se había sacado en la plancheta pintó y pintó bien: más de sesenta gramos se sacaron esa semana, de los cuales me tocaron diez. No era mucho, pero por lo menos ya no me sentía tan derrotada.

En los días que siguieron aprendí el oficio de lo que se llama «la mina corrida», ya que no teníamos

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

motobomba ni mucho menos draga. Con los socios echaba pica y después voleaba pala, y no porque tuviera que hacerlo, sino porque era la única forma de controlarlos para no salir tumbada al final. Yo desconfiaba de todo y de todos, y como estaba sola, con puros hombres, era como una flor rara. Me daba terronera no sólo por mí sino por el frasco que, rayita a rayita, se iba grameando.

El trabajo en las minas de oro lo pone a uno a soñar despierto. Perseguirlo, sabiendo que está ahí, que anda por ahí, excita al más paciente. Imaginar que uno puede volverse rico de un momento a otro, que la suerte puede estar debajo de cualquier palada, ataca los nervios. El camello resulta muy duro porque es entre el agua, porque la pala y la pica pesan cada día más y porque la soledad de esas montañas aturde el cerebro, pero uno supone todo el tiempo que el cocha de la vida está en su mano. Se la pasa uno pensando qué hacer con el oro, qué hacer si uno se topara con un trozo bien grande y, como casos se han dado, pues uno no tiene por qué ser la excepción. Cuentan que un muchacho paisa se encontró un día un cochano de novecientos gramos, que otro sacó un kilo y medio, que hay guacas riquísimas y hasta diamantes. Tales historias persiguen y alimentan al minero, y aunque la realidad no sea así, tampoco se puede decir que no haya oro. Hay días en que es posible sacar hasta tres o cuatro gramos por persona, y uno no puede dejar de esperar que de un momen-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

to a otro —y todos los momentos son iguales— dé con la punta de la pica en un filón. De ahí que todo mundo ande medio loco. Muchos se vuelven chiflados de verdad, porque eso de andar tocándole la espalda a la suerte es una agonía, y en sus ojos se nota el afán, la ansiedad que los quema por dentro. Para rematar, como en general son hombres que no saben alimentarse bien, la cabeza se les va por el camino del infierno.

De todas maneras, mi frasco iba engordando y no dejaban de aumentar las rayas cada semana. Ese era el consuelo, pero también el recelo. Yo pensaba: ¿a qué horas un hombre de éstos me mata para robarme?; ¿a qué horas se le desprende la gana y me revuelca? Mis miedos aumentaban con los días, porque con los días a los hombres les aumentan las ganas. A sus ojos me volvía cada vez más deseable y cada vez mi frasco se llenaba más y más. Yo no lo soltaba ni de noche ni de día. Di primero en colgármelo del cuello, pero pensé que ahí estaba demasiado expuesto; después dije no, entre los senos, y por último encontré la manera de esconderlo en la entrepierna. El frasco y yo nos volvimos la misma persona.

Las malas intenciones de los hombres iban haciendo crecer mis temores y recelos. Yo los sentía jadear y les veía los ojos que me echaban encima cuando se acercaban a decirme cualquier cosa, como queriéndome comer viva. Durante los primeros días estaban descargados porque habían hecho sus nece-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

sidades en Maimache y, además, porque mi frasco se encontraba vacío, pero con el tiempo todo cambió: ellos se llenaron de ganas, y mi frasco de oro.

Sin embargo, ¿cómo salir? ¿Y cuándo? Yo sabía que si me iba , me iba con lo que llevaba, y que si me quedaba, tarde o temprano me quitaban lo que hubiera hecho. Señor, ¡qué tormento saber cuándo era el cuándo! Necesitaba el oro pero, ¿cuánto podía echar entre el frasco sin que a los hombres se les dañara el corazón?

Una noche, luces de mujer que uno tiene, noté que el viejo, a quien todos respetaban, me echaba encima su mirada caliente. Vi que esa mirada era mi salida, dejé que se engolosinara conmigo y, al otro día, yo ya no era la guisa. Era la dama.

El hombre, no voy a negarlo, sabía manejarme y me atendía. Desde cuando los demás se dieron cuenta de que el viejo me paraba bolas, bajaron la mirada y yo pude volver a respirar. Me comenzaron a respetar y yo, para aumentar la ventaja, dejé de cocinar, de manera que todos éramos iguales. El viejo me respaldó, echamos una socia y juntamos nuestros frascos, con la garantía de que yo guardaba la suma. Volvimos a vivir de coladas de avena, panela, harina y café. Ya no importaba. Así duramos cuatro meses más, hasta cuando una noche le dije al hombre que quería comprarme unos vestidos y salir unos días del encierro porque la montaña me estaba oprimiendo el corazón. Convinimos y partimos juntos.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Así me vine de esa peña endemoniada. A Maimache volví con trescientos gramos, uno entre otro, y lo primero que hice fue comprar una falda estampada que había distinguido antes de subir. Me mandé cortar el pelo, conseguí zapatos nuevos y me emborraché hasta el otro día.

El viejo continuaba con el cuento de la socia, aunque yo ya no necesitaba de ella. Le dije que primero quería ir a visitar a mis hijos, que hacía mucho no veía, y que después a mi vuelta, hablábamos del asunto. El se alteró todo, pero yo sabía tranquilizarlo. Además, con la base hecha no era aconsejable dejar a Maimache, ya que por Maimache pasaba mucho oro al que allí se le podía poner una última trampa antes de que cayera en manos de los comerciantes. Los hombres sabían bajar tan llenos de oro como de ganas, y de inmediato vi por dónde podía pintar la cosa. La vida me había enseñado que era mejor ser dama de damas que guisa de hombres.

Negocié uno de los kioskos por cien gramos, cambié otro cincuenta por un equipo de sonido y, con el primer comerciante que encontré, encargué unas muchachas. El viejo se puso arisco conmigo, pero al fin se convenció de que en el pueblo quien tallaba era yo. A los quince días llegaron tres. Una mona cejijunta, muy completa, y dos morenitas de menor calidad, aunque allí podían ser reinas.

Cuando desembocaron en el puerto, la gente se arremolinó a mirarlas. Eran unas niñas bien, recién carnetizadas y bastante jóvenes, que en el bongo se

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

reían y mostraban las piernas mientras nosotros negociábamos el precio con el comerciante. Pedía mucho: cuarenta gramos por la mona y treinta por cada una de las otras, más de lo que yo tenía. Él me hacía cuentas y más cuentas: que las multas para sacarlas de las casas, que el transporte, que lo que habían comido por el camino, que una cosa y otra y, sobre todo, que apreciara la calidad y la competencia del otro kiosko. A lo último arreglamos por ochenta gramos ese día y veinte al mes siguiente, reconociéndole el diez por ciento de interés. El hombre se despidió diciéndome que no me preocupara y que las muchachas sabían trabajar muy bien.

El negocio comenzó a prosperar esa misma noche. Como eran nuevas, se podían pedir sin miedo, y como era sábado, el pueblo estaba lleno de hombres con ganas. Los primeros cuarenta y cinco días eran míos, se ganara o se perdiera, y después ellas quedaban libres. El kiosko tenía además piezas, porque el negocio debía redondearse. Hice mis pesos; cuando volvió el comerciante cumplí el compromiso, y ¡fiestas suenen!

Todo iba bien. Mandé por mis hijos, les arreglé una casa para ellos solos, contraté otras dos muchachas, compré una planta eléctrica y después de decorar el kiosko le puse luz negra. Me veía hecha. Sin embargo, nunca faltan los problemas. En las minas echó a haber mucha «rata», y en el pueblo mucho plomo. Se sabía de robos, de muertes, de asaltos. A los vivos les quedaba más fácil bajarse un cristiano

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

que hacer una plancheta. En el kiosko las peleas eran continuas. No había noche sin tiros al aire, ni día que no trajera zozobra. La cosa estaba para liquidarse cuando aparecieron las guerrillas. Llegaron primero los rumores de que había hombres armados, de que venían los guerreros, de que se iban a tomar el pueblo. Y así fue. Un domingo a las once de la mañana se oyó un alboroto. Yo pensé que habían llegado más muchachas, pero no: eran «los muchachos». Venían bien mancados y bien serios.

Nos reunieron en el embarcadero sin bajarse del bongo y nos echaron un discurso en el que alegaban que venían a poner orden, a defender a los verdaderos trabajadores y a vivir con nosotros. Entraron despacio pero pisando firme. Lo primero que hicieron fue prohibir durante tres días la venta de bebidas alcohólicas, no sólo en Maimache sino también en las minas, y lo segundo fue declarar que a partir de la fecha se acababan las «ratas» y los «sapos». Esa misma noche agarraron a dos borrachitos y los amarraron a un palo hasta el otro día, sin darles de comer ni de beber. Todo el mundo iba a ver a esos pobres, jadeantes de sed, pero los muchachos no se conmovieron, ni la gente pudo revirar. ¿Cómo?

Con el paso de los días el pueblo se acomodó a ellos. Subían a las minas y volvían a bajar. Prohibieron el aguardiente en los trabajaderos, establecieron multas para los infractores y los robos y asaltos se acabaron. Los mineros podían andar por las trochas sin encaletar el frasco y si un billete se caía, ahí que-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

daba. Nadie lo recogía. Todo el mundo tenía miedo, pero el miedo a veces sirve.

Yo, desde el principio, sospeché que la cosa iba a terminar con el asunto del kiosko, apreté la clavija y comencé a cobrar más caro. No estaba equivocada. Al poco tiempo, los guerrilleros prohibieron el negocio de las mujeres porque decían que degeneraba al pueblo, que los mineros dejaban ahí el oro, que los kioskos eran lugares de vicio y perdición.

—¿Pero qué van a hacer tantos hombres sin mujeres?—les reviré—. ¿Cómo puede ser correcto que un cliente que trabaja un mes en la mina, a todo sudor, no pueda desfogar sus necesidades cuando sale?

El comandante me contestó que los hombres debían traer a sus esposas y a sus hijos, y que si así se hacía, no había necesidad de tanto kiosko.

—¿Y quién va a traer hijos y esposas a este lugar de salvajes? —le pregunté.

Pero él me dijo que sí, que algún día sería posible, que el pueblo necesitaba crecer, hacer escuelas y puestos de salud y que para eso estaban ellos.

El comandante no me pudo convencer y hasta agrios quedamos, ya que me perjudicó el negocio. El kiosko ya no vale lo mismo que antes, y además perdí lo que había invertido en la decoración. Ahora sólo se puede vender trago y poner música sin que la gente pueda divertirse. Esto va para cementerio que vuela. En el fondo no me importa porque, de todos modos, plante es plante y ese ya lo tengo sano y salvo en Inírida. Dama que corona es reina.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

4. El joyero

Muy temprano, serían las seis y media de la mañana, nos despertó Mauricio. Venía acompañado por el comandante y sus escoltas, cinco muchachos jóvenes, armados y uniformados. Nuestro amigo nos presentó como un grupo de investigadores sociales que tenía interés en conocer la «vida de la mina». El comandante se identificó como Henry, nos tendió la mano mientras se acomodaba el fusil y nos preguntó, como si fuéramos viejos conocidos:

—¿Y qué mas?

Tendría unos cincuenta años y era el único que no vestía el uniforme reglamentario. Usaba una camisa rosada con pintas amarillas, un pantalón carmelito y una chaqueta azul eléctrico. En su mano derecha exhibía un anillo enorme, coronado por una piedra roja, y en la izquierda un reloj enchapado en oro. Llevaba el pelo corto y olía a perfume, lo que contrastaba con la imagen que nosotros teníamos de un guerrillero. Comenzó a hablarnos lentamente, en un tono sosegado y un tanto femenino, que nos evocó al sacristán de algún pueblo antioqueño.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Una vez aclarado el motivo de nuestra presencia en Maimache, lo que duró más de una hora, nos invitó a desayunar. La gente nos miraba con el rabo del ojo tratando de adivinar lo que conversábamos y de calibrar la actitud del comandante, quien nos contó que la avioneta de la comisaría que nos había dejado en Macanal se había estrellado al tomar pista en Inírida y que el piloto estaba medio muerto. La sorpresa nuestra fue mayúscula. La sensación de haber compartido con nuestro interlocutor la avioneta accidentada, su imagen optimista y alegre y su interés por nuestro viaje nos sumió en un profundo malestar. Posteriormente nos informarían que el aparato había sido desviado por un vendaval al acercarse a Inírida, hacia las seis de la tarde, hora en que empieza a oscurecer, y que cuando se disponía a tomar pista la energía eléctrica del pueblo se suspendió, el piloto quedó prácticamente a oscuras y se estrelló contra unos árboles. La patrulla que salió en su auxilio duró más de media hora en llegar, porque la avioneta había caído en una zona pantanosa. El piloto perdió una pierna, pero logró salvar la vida al haber tenido la precaución de abandonar la cabina antes de que explotara el tanque del combustible.

El comandante Henry, quien después del desayuno —y como prolongándolo— cambiaba de lugar un palillo de dientes en la boca, pasó a comentarnos los problemas fronterizos con Venezuela y con Brasil. Eran —enfatizó— problemas diferentes, pero ambos tenían que ver con el abandono del Estado colombiano en la frontera.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—Colombia no tiene ni la voluntad ni los medios para imponer su presencia, lo cual conduce necesariamente a que el vacío sea llenado por las autoridades vecinas. Venezuela toleró el contrabando hacia Colombia durante muchos años porque convenía a sus intereses, pero desde la caída de los precios del petróleo su posición ha cambiado y ha comenzado a perseguirlo con saña y, a decir verdad, con poco éxito. La Guardia Nacional, que es la única autoridad en la frontera, confisca las mercancías y las embarcaciones y detiene y golpea a los contrabandistas y a quienes no lo son. Las arbitrariedades que comete, sin que las autoridades colombianas intervengan, ha desatado una creciente hostilidad hacia Venezuela y una animadversión manifiesta con relación al Estado colombiano. Los dos países han acordado luchar contra el narcotráfico y contra la guerrilla y utilizan ese argumento para reprimir a la población civil, pero dado que la Guardia no teme sino a la guerrilla y que la población colombiana no confía en otra fuerza, los insurrectos hemos ganado un notable prestigio como defensores de la frontera. Tanto es así que los comerciantes, para pasar el matute por el caño Guamirza, hacen correr previamente la voz de que la guerrilla anda cerca. Entonces la Guardia abandona la zona y los comerciantes pasan los cargamentos que necesitan. La propia policía simpatiza con la guerrilla en esta causa y, en ciertos casos, ella misma viene a poner las quejas y a pedir que ataquemos. Nosotros nos hemos negado a hacerlo, porque esa es una obligación del gobierno, pero si siguen pegándole a la gente vamos a tener que reaccionar.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

«Con Brasil la cosa es distinta. El Estado brasileño tiene una política menos agresiva, pero más sólida. Ha diseñado una estrategia de colonización fronteriza basada en un cuerpo especializado, civil y militar, que vigila la frontera y fomenta la gran empresa minera y agropecuaria».

En el mismo tono, el comandante nos comentó que en el río Peguá existen dos grandes firmas: The Gold Amazonas Company y la Panapamena, dos empresas que con la ayuda del Estado han creado una gran infraestructura en la zona fronteriza, infraestructura que incluye la construcción de aeropuertos militares y de carreteras y la fundación de pequeños centros de poblamiento. La soberanía brasileña, según el comandante, ha rebasado los linderos. Nos aseguró que los «braches» habían corrido los mojones por los menos una legua, para que quedara dentro del territorio brasileño una zona considerada excepcionalmente rica en oro. Al comienzo, un indígena colombiano conocido como Curipara destruyó los mojones corridos por los brasileños; después, ante el desdén de las autoridades colombianas, las guerrillas habían apoyado la iniciativa del indígena logrando reubicar el mojón, y sólo cuando Ecopetrol comenzó la exploración del área tuvo el gobierno a bien mandar una comisión para definir la ubicación de la línea fronteriza.

—De todas maneras —concluyó—, la posición de Colombia no es muy fuerte. Cualquier día vuelven a correr la frontera, y por eso también estamos ahí.

Se refirió igualmente a las medidas que las guerrillas han tomado en la zona minera.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—En primer lugar, hemos tenido que prohibir las armas, porque las armas son ley y aquí no puede haber más que una autoridad: la nuestra. Los pleitos y las diferencias entre mineros son la regla general de sus relaciones personales y económicas, y si hay armas a discreción, todo se arregla con muertos, lo que permitiría que los más fuertes dominaran las minas y cometieran todo tipo de abusos contra los más débiles. Prohibiendo las armas, todos son iguales y las diferencias se resuelven pacíficamente.

La segunda medida fue la prohibición del alcohol en el área minera y de la prostitución y el homosexualismo en el pueblo.

—Las prostitutas —nos dijo— son aquí una mercancía más por medio de la cual los comerciantes explotan a los mineros. La gente las llama el último tambre porque en ellas se queda enredado el oro que los mineros han podido ahorrar. Ellos llegan solos, permanecen solos en los trabajaderos hasta seis meses, y es lógico que cuando bajan a Maimache lleguen con ganas. Y como se sienten ricos, gastan hasta cien gramos, lo que un hombre ha podido hacer en un mes de trabajo. Eso no es justo. Además, la prostitución crea un ambiente de despilfarro, de irresponsabilidad, de vicio, que perjudica al minero y lo corrompe. Por eso, a pesar de las protestas de los comerciantes, hemos prohibido la prostitución. El homosexualismo también, porque los mineros son dados a esa degeneración y, además, porque trae el peligro del Sida.

Nos explicó después que la guerrilla estaba empeñada en cambiar a Maimache haciendo una urbanización y dan-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

do lotes para que la gente construyera y trajera a su familia a vivir en el pueblo, ya que si los mineros vivían con su señora y sus hijos, se volvían formarles, podían ahorrar y salir adelante. El problema que había antes, según él, era que los comerciantes tenían monopolizado el terreno y vendían carísimo para lucrarse por esta vía del crecimiento del casco urbano, por lo cual los mineros se veían obligados a vivir en los cambuches.

Tratamos, sin mucho éxito, de aclarar las relaciones existentes entre los alzados en armas y los comerciantes. El comandante sostuvo todo el tiempo que no cobraba impuestos a los mineros, pero aceptó que a algunos comerciantes solía cobrarles en gasolina o «remesa» de vez en cuando. Naturalmente, nosotros no estábamos en capacidad de profundizar, por esta vía, el tema, y buscamos la manera de concluir la entrevista, al cabo de la cual salimos a la calle y comenzamos a conversar con los más diversos personajes: el propietario de un bar, un minero en bancarrota, el socio de una compañía de antioqueños y un insólito joyero.

El propietario del bar Las Delicias No. 2 era un valluno de unos treinta años, delgado, que conocía la zona como la palma de su mano y que tenía una forma de hablar y de moverse marcadamente femenina. Cuando le preguntamos la razón de la numeración del bar nos contó que Las Delicias No. 1 había sido incendiado por unos mineros borrachos cuando él había cancelado el servicio de mujeres.

—Esa medida me perjudicó —nos dijo—, y los muchachos no quisieron reconocerme los daños, a pesar de que fueron ellos los que ordenaron la prohibición de las niñas.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Nos contó también que acababa de regresar de São Gabriel, Brasil, adonde había ido a vender oro porque el precio era allí más elevado y la legislación favorecía el intercambio. Según pudimos deducir, son muchos los compradores que van a vender el oro a São Gabriel, y no sólo porque los precios son relativamente mejores, sino porque evitan la posibilidad de caer en manos de la guardia venezolana al pasar por el Guamirza. En cambio, «en Brasil el oro es siempre respetado y bienvenido, a pesar de la animadversión de las autoridades de ese país hacia los colombianos».

El minero arruinado era un santandereano que antes de llegar a Maimache había vivido en el Guaviare y en el Caquetá trabajando con la coca. A raíz de la operación de Tranquilandia, realizada por el ejército en los llanos del Yarí, huyó primero hacia el Putumayo y después hacia el Guainía. Pudo salvar sólo unos pesos, porque todo su capital estaba representado en mercancía que el ejército y la policía quemaron con el objeto de hacer subir los precios. Llegó a Maimache porque una tarde en Puerto Asís leyó un artículo de El Espectador *en el que se decía que en los caños del Guanía se encontraban «cochanos» hasta de trescientos gramos. Ilusionado con la perspectiva, gastó todos sus ahorros en viajar y lo «último que me quedaba me lo bebí cuando llegué, porque aquí dizque el oro se encontraba tirado en los caños». Sin embargo no era así. «Para sacar la foto que publicó* El Espectador, *los comerciantes tuvieron que desocupar sus frascos y juntar sus puchos, pues nadie nunca ha logrado obtener tal cantidad». Pero la noticia se divulgó por todo el país, atrayendo a la Se-*

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

rranía de Naquén a cientos de rebuscadores, desempleados y barequeros.

Después de dos años de minear, se consideraba definitivamente arruinado. Había trabajado solo y en compañía, había recorrido las principales minas, había «pesquisado» en Matapí y «cateado» en Campoalegre, había sido carguero y miembro de la Junta de Mineros, pero el resultado siempre había sido el mismo: unos gramos, muchas ilusiones y una deuda creciente con los comerciantes. En el momento de la entrevista, su sueño ya no era hacerse rico sino que la suerte lo favoreciera con una «guaca» para pagar lo que debía y regresar al Guaviare, «donde de una u otra forma se vive».

Entrevistamos también a un antioqueño de Amalfi que hacía parte de una compañía compuesta por cinco socios cuyo objetivo era instalar un lavadero en el caño Naquén. De los cinco socios, dos ponían el capital y tres el trabajo, distribuyendo las ganancias por partes iguales. El equipo había llegado con dos bongos repletos de mercancía, herramientas, bombas de agua y combustible, como para iniciar una explotación en gran escala. No tenían reservas sobre la productividad de las minas, puesto que previamente habían hecho un reconocimiento técnico, y afirmaban que el oro de aluvión se había acabado y había llegado la hora de las vetas. Pensaban, además, que dada la crisis de los mineros, no tendrían obstáculo para reclutar mano de obra barata y especializada.

Por último tuvimos la oportunidad de conocer a un joyero cuya insólita historia , mitad grabada en Maima-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

che y mitad grabada en Bogotá, un mes después, queremos transcribir en su totalidad.

El joyero

I

La víspera del viaje me volvió a llamar don Arturo. Me dijo que la producción de oro en el Guainía era excelente, que las minas estaban brotando más que nunca, que los mineros bajaban cargados de metal y que la actividad económica se encontraba en su máximo apogeo. Recuerdo el término que usó: apogeo. Añadió que los precios de las mercancías subían día a día, hora a hora, mientras que los del oro bajaban al mismo ritmo, y que lo que él había dicho se estaba cumpliendo al pie de la letra. Y repitió: al pie de la letra. Me dijo también que en el caso de no encontrar cupo en Satena hablara con el coronel Manrique, presentándome a nombre de don Arturo Laguado Espinosa. Me recomendó no olvidar de ninguna manera la verdura, porque en Inírida era muy cara, y se despidió tan amable como siempre.

Yo había preparado el viaje con mucho esmero, a pesar de que a Julia no le entusiasmaba la idea de que me convirtiera en un vendedor ambulante de joyas. Ella me decía —nunca lo olvidaré— que no creía

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

en el negocio de cambiar oro virgen por oro procesado, tal como me lo había pintado don Arturo, porque la gente no era tan pendeja. Pero yo confiaba plenamente en él. Lo había conocido por intermedio de unos viejos amigos, los hermanos Tinoco, comerciantes, que habían llegado a Inírida desde Santa Rita, por el Orinoco. Nunca supe —y ahora ya no quiero saberlo— por qué los Tinoco dejaron el oficio de la contabilidad pública para dedicarse a vender y a comprar. Los libros de contabilidad son una cosa y el mundo del comercio otra; saber de entradas y salidas, de pérdidas y de ganancias, no es lo mismo que hacer negocios por cuenta propia. Uno como contabilista mira desde afuera pero no se unta de nada; sabe que el cliente está ganando o perdiendo —y hasta puede poner cara de angustia o de felicidad—, pero no está metido en la pomada y se limita a cobrar sus servicios sin miramientos de ninguna clase, como un médico que nada tiene que ver con la enfermedad del paciente. Yo duré llevando la contabilidad de una empresa de curtiembres muchos años, veinticinco años, y nunca vi un cuero. Tampoco tenía por qué verlo. Los dueños de la empresa se fueron arruinando poco a poco. En el último año me limité a cuidar lo que me debían, y antes de que la bancarrota fuera declarada me pagué y renuncié.

Con el dinero que obtuve puse un taller de joyas. Esa era mi ilusión desde joven: trabajar con oro. Me seducía poder moldearlo a mi gusto, fundirlo,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

amalgamarlo, es decir, jugar con él, sabiendo que para el resto de los mortales era una maldición. Mientras llevaba la contabilidad de la empresa de cueros fui aprendiendo con un vecino joyero el secreto de oro, y cuando los Tinoco volvieron del Guainía trajeron tres gramos para que yo los examinara y estableciera su ley. Ellos confiaban en mí plenamente, porque me habían conocido como contabilista y me conocían como joyero experimentado. El metal se hizo desde el principio de buena calidad: oro de 22 kilates. Mejor que el de Barbacoas por el color, y mejor que el de La Miel por la luz.

Los Tinoco habían llegado a Puerto Inírida vendiendo gaseosa y cerveza en plena bonanza de la coca, e hicieron muy buen dinero porque dinero era lo que había, y a rodos. Allí fue donde conocieron a don Arturo, un comerciante con fama de hombre acaudalado quien les propuso que le dieran la cerveza al cuarenta por ciento con plazo de tres meses. Los Tinoco convinieron en el porcentaje de ganancia, porque era alto, pero no pudieron aceptar el plazo, porque lo que le hubieran dejado a don Arturo en mercancía representaba para ellos la ganancia. Don Arturo les reviró diciéndoles que no había ningún problema si de lo que se trataba era de plata, ya que él podía pagarles inmediatamente en oro. Los llevó a la casa y les desparramó sobre la mesa un talegado de cochanos. Ellos quedaron boquiabiertos, sin atinar a responder. Miraron los cochanos por un lado y por

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

otro, los olfatearon, los mordieron —como si fueran expertos—, pero al final optaron por no hacer el negocio, razón por la cual don Arturo volvió a echar en el talego los cochanos mientras les decía que a él le parecía muy razonable que ellos establecieran la ley del oro antes de hacer trato con una persona que no conocían suficientemente.

—No todo lo que en este mundo brilla es oro —les dijo, y los Tinoco quedaron muy bien impresionados.

Ese mismo día comenzaron los sueños. Los Tinoco, ya baquianos en la región y establecida la confianza en don Arturo por medio de la calidad del oro, me hicieron socio del negocio. Se trataba simplemente de entrar por Santa Rita, en Vichada, con un cargamento de cerveza y cambiárselo a don Arturo por oro en Inírida. Si el oro era bueno, como había quedado establecido, no había pierde. Nuestro amigo prometía pagarlo a 2.300 pesos el gramo, mientras que el Banco de la República lo recibía a 2.800. La merma no era exagerada, puesto que de 3.77 gramos que ellos habían traído, el Banco les había liquidado 3.44, lo que quería decir que era un metal bastante limpio. La ganancia sólo por el oro era clara y apreciable, a lo que había que agregar la ganancia comercial propiamente dicha. En Villavicencio una cerveza de agencia valía cuarenta pesos; en Puerto Inírida ciento veinte; el costo del transporte no podía pasar de diez; total: el beneficio líquido por unidad llega-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ba a los setenta pesos, y en diez mil botellas, que era la capacidad del plachón, la utilidad podía significar una suma cercana a los setecientos mil pesos.

Con los Tinoco echamos lápiz y calculadora toda una noche, hicimos todo tipo de hipótesis, nos imaginamos cuanta eventualidad fuera posible y el resultado final siempre era el mismo: un negocio fabuloso. Yo estaba un poco cansado con la joyería; no con el trabajo mismo, que todavía me apasionaba, sino la cartera. En épocas difíciles, como las que vivimos, la gente suele comprar joyas a plazos —porque el oro sube todos los días— para que la platica no se le evapore, y mientras más tarda en pagar mejor negocio le parece. Sin embargo, para el joyero los pagos diferidos de sus deudores representan un pésimo negocio. La cuestión en que nadie —como mil veces le expliqué a Julia— compra joyas de contado, salvo los mafiosos, y ese es un mercado vedado para mí por principio. Es inmoral que uno participe en una actividad que arruina a la juventud, y para mí esa ha sido la norma.

La cartera me aburría hasta más no poder y el inventario ni se diga. Cuando hablé con los Tinoco tenía más de un millón de pesos en mercancía, ahí quietecita, sin salida; la repercusión mensual de cartera no pasaba de sesenta mil pesos, y los gastos de la casa ascendían a más de ciento cincuenta mil; total: estábamos en bancarrota, y con el agravante de que el sueldo de Julia como maestra del Liceo de Bogotá apenas aumentaba lo mío en unos cuantos pesos.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Nos encontrábamos examinando la situación cuando los Tinoco me llamaron una tarde para decirme que el hombre, don Arturo, había llegado a Bogotá y que, si yo quería conocerlo, para formarme mi propia opinión, esa noche irían a conversar con él en el Café Avenida a las siete. Allá me aparecí muy puntual. Don Arturo ya había llegado. Era un hombre bien parado y parecido al Libertador: flaco, de nariz larga pero recta y fina, labios carnosos y mentón fuerte. Ya entrado en años, aunque con el cabello todavía negro y abundante. Muy cordial, pero seco. Se llevaba la mano al mentón cuando permanecía en silencio y escuchaba a los demás con mucha atención. Al hablar no le sobraba —pero tampoco le faltaba— una palabra.

Conversamos, naturalmente, sobre el oro, al que llamaba «el metal precioso». Nos habló del estado de los negocios en Inírida y sobre todo de la crisis, muy profunda, de la coca, un producto que, según él, había sido el motor de todas las actividades durante los últimos tres años. Nos dijo que con el dinero de la coca se habían hecho buenas fincas, construido locales y hoteles, ampliado el comercio y dado facilidades a mucha gente. La caída del precio de la «harina» —como él llamaba el bazuco— había creado una situación muy peligrosa, pero por fortuna «el metal precioso» había resultado de gran beneficio para todos. Nos habló de las enormes posibilidades que se presentaban para hacer dinero, y nos dio a

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

entender que la ocasión para hacerlo estaba madura. Todos lo escuchamos excitados. Dirigiéndose a mí, me preguntó si podía acompañarlo al día siguiente al Banco de la República a vender 950 gramos que traía, y yo le respondí que era un honor la confianza que esa invitación demostraba.

Muy puntual, como habíamos convenido, llamó a las nueve de la mañana. En el banco era conocido, se dirigían a él por su nombre y le compraron el oro sin que yo pudiera ayudarlo en nada. Ya me estaba sintiendo medio pendejo cuando, notándolo, me dijo que en realidad me había invitado para tener la oportunidad de conocer más a fondo la preparación del «ácido envenenado» que se usa para establecer por medios químicos la calidad del oro. Me refirió que, para él, el «ácido envenenado» era muy útil pero que no sabía prepararlo, y mientras hablaba contaba con facilidad desconcertante la gruesa suma de billetes que le habían pagado. Cuando terminó, partió el fajo por me mitad y me dijo:

—¿No le molestaría ayudarme a cargar tanto papel...?

Le respondí que no, que con mucho gusto le ayudaba, porque me parecía una medida sana, habida cuenta de la cantidad de atracos que ocurrían en Bogotá.

Del banco salimos a la uno de la tarde y, siendo hora de almuerzo, lo invité a que me acompañara a recoger a Julia y después a almorzar en mi casa. Muy

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

cortés me respondió que a lo primero sí pero que a lo segundo no, por tener un compromiso con unos ingenieros de Ingeominas, pero que por la noche lo podía recoger en el hotel, a eso de las siete, para continuar dialogando y para conocer el taller. Volví a sentirme muy honrado. Recogimos a Julia y lo llevé al hotel. Cuando se iba a bajar le alargué el fajo de billetes que yo guardaba, pero él me dijo:

—No, don Ignacio, si antes quiero que usted me guarde todo el dinero para poder moverme con tranquilidad —y le dio el paquete a Julia.

A las siete en punto lo recogí en el *lobby* del hotel y nos fuimos directamente a la casa. Me contó que los ingenieros de Ingeominas le habían dicho que el gobierno iba a iniciar la explotación de la Serranía de Naquén en serio, instalando en Caranacoa y Maimache campamentos de investigación, porque tenía la intención de crear una empresa multinacional. Me hablaba con mucha soltura sobre el proyecto del gobierno, llamaba a los ingenieros por el apellido —como si fueran viejos conocidos— y hacía cálculos prodigiosos sobre producción, costos y ganancias de la futura empresa. Un joyero está acostumbrado a pensar el oro en gramo; si es muy ambicioso, en onzas troy, pero ya en toneladas... se sale de la cabeza. No obstante, don Arturo hablaba de 55 toneladas de oro en veta y de un promedio de explotación de mil kilos-año como si estuviera hablando de un negocio casero.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Recordando las cifras que don Arturo manejaba, me sentí verdaderamente avergonzado cuando le mostré mi taller de joyero. Él, haciendo caso omiso de mi modestia, se admiraba de cada una de mis explicaciones como si fueran dadas por un funcionario de Ingeominas. Le enseñé el proceso de producción del «ácido envenenado» mientras tomaba atenta nota, con papel y lápiz, y en esas estábamos cuando Julia nos llamó a comer. En la mesa se encarretó con los niños contándoles historias de los indios. Les juró que los nativos no sabían español ni comían como nosotros; les explicó cómo hacían la yucuta, el mañoco y el casabe; cómo construían barcas, cazaban y pescaban, y cómo se pintaban. Los niños estaban encantados, al igual que nosotros los adultos. Al final de la comida me pidió el favor de mostrarle algunas de las joyas que yo fabricaba y vendía, y yo le traje la colección completa: él apartó unas piezas y me preguntó cuánto valían. Le dije que se las daba al peso, porque el trabajo no se lo cobraba, pero no convino y me obligo a hacer la cuenta como si se tratara de cualquier fulano de tal. Así lo hice. Eran 83.400 pesos. Mientras detallaba mi trabajo, me dijo que en Inírida vender oro labrado debía ser muy buen negocio, porque no había joyeros, y que nadie había pensado en esa posibilidad.

—En casa de herrero —añadió— azadón de palo... —y dejó en silencio la conclusión.

Hacia las diez de la noche nos confesó que estaba un poco cansado y yo le hice una seña a Julia pa-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ra que bajara el dinero. Dijo que no necesitaba sino unos cuantos pesos para cerrar un negocio que tenía al otro día y cogió del bloque unos billetes que me metió al bolsillo sin contar. Apartó el resto y le rogó a Julia que se lo guardara hasta el día siguiente, agregando que podíamos sacar los 83.400 pesos. Yo me sentí corrido ante tanta confianza, pero él hizo un gesto desdeñoso y se despidió dándonos las gracias.

Al día siguiente habíamos quedado de encontrarnos nuevamente en el hotel, donde me dijo que había decidido viajar por tierra a Villavicencio para coger el avión al otro día, ya que el vuelo sobre la cordillera lo ponía muy nervioso. Me invitó a que lo acompañara al terminal de transportes y por el camino le dije:

—Don Arturo, aquí está el dinero que me confió —y él lo metió en el maletón de mano sin contarlo siquiera.

A los tres días me llamó desde Inírida para agradecer todas las atenciones y preguntar por los niños. Quise decirle que estaba interesado en viajar a conocer la plaza, pero él no me dio oportunidad.

Pasaron varios meses. Ni razón chica ni razón grande de don Arturo. Yo hablaba con los Tinoco de vez en cuando y ellos me entusiasmaban más y más. No obstante, el negocio que me pintaban me interesaba menos que el que había dejado flotando don Arturo. Yo le daba vueltas y vueltas a la cosa, hacía cuentas y más cuentas, y me sonaba. Cada vez me sonaba más, pero don Arturo no aparecía.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Una noche me llamó por teléfono. Me pidió el favor de que le averiguara el precio del oro en el Banco de la República y quedó de volver a llamar al otro día. El banco estaba pagando a tres mil pesos el gramo, cuando volvimos a hablar me dijo:

—Hombre, esto está ni mandado a hacer, porque el oro no lo compran a más de dos mil doscientos. ¡Va bajando! Las piezas que usted me vendió salieron rapadas, y eso que las coloqué a doscientos mil. A los mineros les gustan las joyas, y todos los días pienso que usted debería traer las existencias y salir de ellas de una vez por todas.

Yo le respondí que bueno, que yo sólo había pensado en viajar a conocer, pero que si la cosa era así, llevaría lo que más pudiera. Me contestó que además le estaban ofreciendo dos kilos, y que si yo consideraba conveniente conseguir unos pesos prestados, él no se opondría a que participara en la compra. Que lo pensara bien y que él volvía a llamar en dos días. Así quedamos.

Hablé con Julia y con los Tinoco. Ella le había tomado gran aprecio a don Arturo, mas desconfiaba de negocios tan fáciles. Los Tinoco le decían que no era que el negocio fuera fácil, sino que había que aprovechar las buenas ocasiones; que la plata se hacía precisamente así, aprovechando las ocasiones que se presentaban, pero que claro, ese era el riesgo que nadie corría porque todo el mundo —salvo los ricos— buscaba la seguridad. «Los pobres son pobres porque le tienen miedo al dinero».

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

A mí me quedó dando vueltas la frasecita, y mucho más cuando me acordé de que por aquellos días habían nombrado a un primo de Julia gerente de una sucursal del Banco de Occidente en Kennedy.

—Mija, ¡es un signo del cielo! —le dije—. Todo está hablándonos de ser ricos, y si dejamos pasar la ocasión seguiremos en las mismas toda la vida.

Y así fue. Hablamos con el primo y el primo nos prestó un millón de pesos a tres meses, respaldados por la casa. Nunca habíamos querido hipotecarla. Firmamos y nos soltó el dinero, el millón, 933.000, para ser exactos. En joyas yo tenía otro tanto, así que cuando volvió a llamar don Arturo, le dije que sólo me faltaba el tiquete.

II

No tuve necesidad de recurrir al coronel Manrique, con quien don Arturo me había recomendado hablar en caso de tener dificultades en Satena, porque no hubo problemas de cupos. Compré el pasaje en las oficinas del centro y al otro día muy cumplido, a las cinco y media de la mañana, estaba haciendo fila en el aeropuerto. Me atendieron muy bien. Yo llevaba sólo una caja con las verduras para don Arturo, mi maleta y el maletín con toda mi fortuna. Cuando nos hicieron pasar al avión, un avión grande con cabineras y todo, pensé que definitivamente

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

los pobres son pobres porque le tienen miedo a la plata. Me acomodé en mi silla, me puse el cinturón de seguridad y esperé a que se iniciara el carreteo, seguro de que cuando el avión se elevara yo iría a comenzar una nueva etapa de mi vida. No me equivocaba.

Estaba ansioso, pero contento. Cerraron las puertas del avión, los pilotos entraron saludando a todos los pasajeros y se pusieron al frente de la nave. La azafata nos ofreció una manta. El primer motor prendió con pereza, aunque pronto emparejó con fuerza; pasaron unos minutos, y el segundo no se oía. La azafata volvió a ofrecernos dulces. De un momento a otro un «estartazo» logró poner en movimiento el motor que faltaba, pero el avión no se movía. El piloto abrió la portezuela de adelante e invitó a un militar de anteojos verdes que venía de pasajero a mirar los relojes. Después de que pasara un largo rato sin que el segundo motor emparejara, los pasajeros empezamos a preguntar si algo ocurría y yo noté que en la cabina había mucho movimiento. El militar de anteojos verdes movía palancas y les daba fuertes golpes, como si estuvieran trabadas. El copiloto hacía lo mismo con los relojes del tablero. Yo pensé que, aun sin saber nada de aviones, esa no debía ser la forma de arreglar un motor dañado, y así pasó el primer cuarto de hora, al término del cual el capitán decidió llamar por radio a un mecánico. Apagó los motores y aguardó a que apareciera el mecánico, quien llego en medio de la expectativa y los aplausos de los pa-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

sajeros. El hombre se metió a la cabina y prendió los motores. Todo perfecto. Pasó el capitán al puesto de mando, pero bastó que se sentara para que los motores se apagaran de nuevo, uno tras otro, y ahí quedamos. Nos dijeron que era mejor esperar, mientras reparaban el daño, en las salas de espera, y hacia allá nos dirigimos a las siete y media.

A las ocho nos avisaron que el avión salía a las nueve y media y, a las diez, uno de los pasajeros contó que habían cancelado el vuelo. Nos acercamos al mostrador de Satena para ver si era cierta la noticia, pero allí no había nadie, salvo un maletero que nos contesto que el avión a Inírida «había quedado despachado». Al rato pasó una azafata. Ya todos estábamos acalorados y le dijimos que Satena era una empresa irresponsable, incumplida y grosera. Ella se limitó a contestarnos que el avión había sido remitido a inspección, y que si lo considerábamos conveniente podíamos hablar con el coronel Manrique. Nadie dijo nada. Alguien preguntó si había vuelo al otro día y la niña respondió que no sabía, que le dejáramos el número del teléfono de nuestras casas para avisarnos, pero que el vuelo del sábado, es decir, el siguiente, ya estaba lleno. Yo me enfurecí y pedí hablar con el coronel Manrique, ante lo cual la niña me contestó que lo podía buscar en las oficinas del centro. Los demás pasajeros, muy tranquilos, fueron pidiendo su maleta y desfilando. Yo decía que eso no podía ser así; alegaba con la azafata y con el maletero, y ellos, sin alterarse, me aconsejaban tener mucha paciencia.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Uno de los pretendidos pasajeros, al ver mi ofuscación, me comentó que si tenía prisa podía viajar en el Supercurtis que salía a mediodía. Sin saber muy bien de qué se trataba y pensando que don Arturo me estaba esperando en Inírida, acepté, y a eso de la una estaba entrando al avión o, mejor, a lo que debía haber sido un avión, porque el tal Supercurtis era un depósito con alas lleno de mercancías. No había asientos, ni sitio donde pudiera uno sentarse; varias ventanillas estaban rotas; olía a combustible y a la plaza de mercado. De golpe entró el piloto y nos aconsejó que nos tuviéramos duro mientras despegaba y que no fumáramos durante el viaje, ya que llevaba gasolina. Cerró la puerta, amarrándola con un cable, porque no tenía cerradura, y así, de pie, como en buseta, llegamos a Puerto Inírida a las cinco de la tarde.

Si la pista de aterrizaje no tiene pavimento —pensé—, por lo menos que el aeropuerto tenga taxi. Pero no. No había taxis ni nada que se les pareciera. Me eché al hombro la caja de verduras para don Arturo —me imaginaba que al hombre le fascinaban las ensaladas y me reprochaba no saber prepararlas— y la maleta con mis bártulos. Caminé por la carretera hasta cuando anocheció y me recogió un camioncito. Le expliqué al chofer que iba para el centro en busca de don Arturo Laguado Espinosa, pero no me contestó nada. Al rato paró el vehículo, me informó que habíamos llegado, me cobró ochocientos pesos y arrancó.

Al primer parroquiano que pasó cerca le pregunté por don Arturo, pero me respondió que no lo ha-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bía oído mentar nunca. Volví a indagar una segunda vez y en esas estaba cuando lo vi venir a lo lejos. Lo distinguí por el carriel. Me saludó muy afable, me preguntó por el viaje, me contó que ya no me esperaba sino hasta el sábado, me invitó a una cerveza y, muy atento, cargó la caja de verduras. Se disculpó de no poderme recibir en su casa, dado que no había luz eléctrica, y me llevó al hotel El Safari, donde le pidió a la empleada que trasladara a él la cuenta, puesto que yo era su invitado.

Al día siguiente me despertó a las seis de la mañana haciéndome saber que había mucho que hacer, y mientras me bañaba me preguntó por las verduras y yo le contesté que estaban en la caja.

—¿Pero cómo? —saltó—. ¡Usted ha perdido la oportunidad de traerse unos veinte guacales! ¡Eso aquí es bendito! Una caja no sirve para nada.

Le repuse que había entendido que las verduras eran para hacer ensalada y no para negociar. Puso mala cara. Para disimular mi estupidez, le dije que en todo caso las joyas y el dinero estaban en el maletín.

Convinimos en que antes de abrir ventas era mejor que me conocieran, y entonces se dio a la tarea de presentarme. No habíamos recorrido cien pasos cuando se nos cruzó la primera oportunidad. Era el juez de Inírida. Don Arturo me presentó como su socio, al tiempo que pronunciaba mi nombre, con toda claridad. Luego me relacionó con don Avelino, un comerciante muy acaudalado, según dijo, que se había

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

enriquecido con la «harina» y a quien también me presentó como su socio. En ese plan estuvimos toda la mañana. Almorzamos en su casa, donde conocí a su señora, y por la tarde volvimos a la plaza. Cada vez que pasábamos por lo que yo supuse que era la calle principal, se nos acercaba un demente que la recorría de arriba a abajo, todo el día, y a quien don Arturo llamaba cariñosamente Luisito. Cada vez que nos cruzábamos con él, don Arturo sacaba de su mochila un billete de cien pesos y se lo daba. Haciendo cuentas, en el día le regaló más de ochocientos pesos, y cuando yo le dije que estaba muy impresionado por su generosidad, me contestó que más me debían impresionar los precios de Inírida.

En la tarde seguimos saludando a medio pueblo. Me presentó contratistas del municipio y de la comisaría, comerciantes de oro y de fibra, transportadores, profesionales y hasta un *hippy* antropólogo que trabajaba en Bienestar Familiar. Por la noche me invitó, en medio de mil aspavientos, a conocer a un guerrillero que se parecía más al capitán del Supercurtis, lleno de cadenas y de dijes, que a un terrorista, y a las nueve de la noche me dejó en el hotel.

Como el día anterior, llegó a las seis de la mañana, aunque esta vez yo lo esperaba ya vestido y listo. Poco me ha gustado que otro hombre se meta en mi cuarto. Durante el desayuno me dijo que todavía debía presentarme a mucha gente para que yo me pudiera mover solo, y a la salida del hotel nos

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

encontramos con un tal doctor Vélez, quien comenzó a preguntarle por una vieja cuenta de servicios. Don Arturo, muy dueño de sí, le respondió que todo estaba arreglado con don Juan, el hermano de Vélez, y que le parecía muy extraño que no lo supiera. El otro empezó a alegar cada vez más airado y don Arturo a explicarle el arreglo en un tono que a mí me pareció intachable. En realidad, yo me perdí en el alegato. Razones van, razones vienen, y al final el doctor Vélez convino en recibirle cien mil pesos para cancelar el incidente.

—Présteme cien barras para calmar a este tipo —me dijo don Arturo ,y yo le di cien mil pesos sin pestañear siquiera porque, siendo un hombre tan pudiente y tan conocido, ¿cómo podía desconfiar de él?

Fuimos después a la Comisaría. Me relacionó con los secretarios del despacho y con el mismo comisario, siempre presentándome como su socio, y quedamos en que al día siguiente abríamos las ventas.

La primera fue con el guerrillero que había conocido el día anterior y a quien nos encontramos tranquilamente —eran las diez de la mañana— en la calle principal. Don Arturo me dijo que era conveniente estar respaldados por los «muchachos», unos «tipos muy decentes», según me comentó, a quienes si uno les daba a guardar oro puro, oro puro le devolvían. El hombre se mostró interesado, miró todas las piezas que llevaba y manifestó que le gustaban algunas. Escogió un lote por valor de trescientos mil pesos,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

y el negocio se planteó de la siguiente manera: sobre el precio que las joyas tenían en Bogotá, yo le aumentaba el sesenta por ciento: diez por ciento para mí socio y cincuenta por ciento para mí, mientras que el revendedor, en este caso el «muchacho», podía liquidar la mercancía con un margen máximo del cuarenta por ciento. Yo me comprometí a respetar el trato cuando vendiera al detal, y así arreglamos. Entregué entonces los primeros trescientos mil pesos, respaldados únicamente por la amistad de don Arturo.

Luego nos dirigimos al almacén El Abasto y allí me presentó a doña Amelia, su propietaria y gerente. Doña Amelia no estaba interesada en negociar, pero de todos modos me compró cien mil pesos en cadenas, que agregó a la ya abultada colección que lucía en el cuello. Quedó de pagarnos «cuando hiciera cuentas».

Por la tarde don Arturo me insinuó que por qué no pensaba en acompañarlo a Naquén, es decir, a donde estaban las minas de oro. Me confesó por primera vez que tenía cuarenta obreros trabajando cerca al río Peguá, que debía viajar a pagarles y a recoger el oro, y que yo podía aprovechar para comprar aún más barato «el precioso metal». Completó el argumento manifestando que de todas maneras la mercancía que habíamos colocado o que podríamos colocar en los siguientes dos o tres días no la podíamos recoger hasta después de una semana, el tiempo justo para ir y volver. En realidad, yo no incluía tal via-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

je entre mis proyectos, pero las razones de don Arturo eran contundentes, así que convine. No tenía por qué dudar de la existencia de la mina, habiéndolo visto vender en Bogotá y habiendo conocido a las personas que me había presentado. Esa noche colocamos, ya sabiendo que nos íbamos, otros doscientos mil pesos en manos de un primo suyo que negociaba en fibra con los indígenas y quien me aseguró que ellos comprarían para sus mujeres todo lo que fuera aretes.

Don Arturo se dio entonces a la tarea de preparar el viaje. Consiguió con doña Amelia cincuenta potes de leche en polvo, fideos, aceite, sal, jugos, enlatados, sardinas, todo menos la sal, de origen venezolano.

—Más de cien mil pesos —me dijo.

A renglón seguido compró un tambor de gasolina porque, según él, era un gran negocio, y en el momento de ir a pagarla me preguntó si tenía inconveniente de prestarle el dinero puesto que, siendo domingo, la Caja Agraria estaba cerrada.

—De ninguna manera, don Arturo —le respondí—. Usted manda.

—Pues siendo así, tampoco tendrá inconveniente en prestarme para comprar un repuesto que necesito para la draga —añadió con su sonrisa de siempre.

Y así fue. Nos quedamos de encontrar al día siguiente, hacia la diez de la mañana , en la Caja Agraria, donde iba a sacar la plata para pagarme. Esa noche

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

no podía dormir pensando en que algo malo estaba haciendo, en que algo me iba a pasar, y salí del hotel a dar una vuelta. Me senté en un café a reflexionar y a esperar el sueño, encargué un par de aguardientes y cuando iba a pedir el tercero se me acercó un tipo joven, medio tuerto, que dijo llamarse Pedro Salamanca. Me preguntó si yo conocía bien a don Arturo. Le dije que sí, que era mi socio y que desde hacía varios años teníamos negocios juntos.

—Pues raro, porque a él los socios no le duran. Apenas lo de un viaje —comentó sin mirarme—. De todos modos perdone, y confíe en Dios.

Yo quedé frío. De un momento a otro todo se me vino abajo. No poseía ni un papel, la mayor parte del dinero lo había colocado o gastado, y hasta para la avioneta que íbamos a coger al otro día había tenido que prestar. Estaba a punto de pedir otro aguardiente cuando en esas entró don Arturo. Lo noté afanado. Me preguntó si hacía mucho tiempo había salido del hotel y si me encontraba bien. Le contesté que no podía dormir y que apenas estaba en el cuarto aguardiente. Se tranquilizó, prendió un cigarrillo, aunque yo nunca lo había visto fumar, y me dijo que él estaba preocupado por las joyas que le habíamos dado al «muchacho».

—De todos modos —comentó después de un largo silencio—, en la mina hablamos con el comandante. Él nos responde por el negocio. Es buen amigo mío.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

La actitud de don Arturo me tranquilizó. El tal Pedro era, sin duda, un envidioso, y con ese pensamiento en la cabeza me fui a la cama.

Al otro día, cuando salí del hotel con la maleta, la dueña me pasó la cuenta. Alegué que don Arturo había quedado de pagarla, pero ella se rió y me dijo:

—Ni Dios lo permita. El que durmió aquí fue usted, no él.

Una afirmación contundente. En ese momento comprendí que estaba en manos de mi socio, pagué y abandoné el hotel. El hombre me estaba esperando en el aeropuerto, y apenas me vio me saludó con su habitual cortesía y me contó que en la Caja Agraria se había ido la luz esa mañana y que, por consiguiente, como el *télex* no funcionaba, no se había podido confirmar el giro que alguien le había puesto desde Bogotá y con el cual esperaba cancelarme lo que yo le había prestado en los días anteriores. No me acuerdo qué le contesté, pero cuando la avioneta despegó y el cielo se me abrió de par en par, sentí que estaba arruinado. ¡Qué verduras para vender, ni qué oro para comprar, ni qué joyas para colocar! El guerrillero y el sobrino habían desaparecido; los cien mil pesos del tal Vélez no tenían recibo; la gasolina, el repuesto y la avioneta los había pagado yo, y era posible que la leche, las sardinas, los fideos y demás mercancías las hubiera sacado don Arturo a buena cuenta de la deuda que doña Amelia había contraído conmigo. En el maletín me quedaban escasos doscien-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tos mil pesos en joyas y trescientos mil que todavía llevaba en billetes; de dos millones con que había llegado a Puerto Inírida, tenía solo medio. Se me descompuso el mundo.

III

El vuelo a Macanal fue para mí eterno. Me sentía como un ratón caído en una trampa. Todo lo bueno y comedido que yo le atribuía a don Arturo se volvió malo y perverso; no lo quería ni mirar. Sólo pensaba en la casa hipotecada, en Julia y en los niños, en lo que íbamos a quedar si se perdía el dinero. Yo tenía que responderles a ellos con mi vida. No podía presentarme y decirles que todo se había ido al diablo. En ese caso era mejor que recibieran mi cadáver, y por lo tanto no había de otra: o recuperaba el dinero, aunque no ganara, o me moría en el intento. Por la ventanilla pasaron los cerros de Maricure, bellísimos e impotentes, pero yo no tenía con qué admirarlos.

Al rato la avioneta viró, perdió altura y aterrizó en un arenal blanco: el aeropuerto de Macanal. El aparato rodó hasta casi tocar la selva y, cuando ya creíamos que nos estrellábamos, paró. Yo esperaba que alguien se acercara a recibirnos, pero no había nadie y nos tocó bajar a nosotros toda la mercancía y el timbo de gasolina. Duramos una hora en la ope-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ración. Nunca había hecho tanta fuerza en mi vida. Mover un timbo lleno es casi imposible, y como es redondo y pesado no hay por dónde alzarlo. Sin embargo, lo más duro fue que cuando ya estaba todo al borde de la pista, el piloto nos dijo que le diéramos una mano porque «el avión» se había enterrado.

En efecto, las llantas se habían hundido entre la arena húmeda y blanda y casi no se veían. Comenzamos a sacarlas. Don Arturo se disculpó diciendo que la arena le producía no se qué reacción y nos tocó a mí y al piloto —con las meras manos— hacer dos zanjas adelante y atrás de cada rueda. No obstante, como había tanta agua las zanjas se tapaban de inmediato, por lo que era necesario hacerlas muy anchas. Duramos más de dos horas en esa tarea, y durante las dos horas don Arturo se sentó sobre las latas de leche en polvo a pensar, con la mano puesta en el mentón, parecido a una estatua famosa. Yo ya no podía de la ira. El piloto trató de arrancar el aparato, pero la fuerza de la hélice lo hundía cada vez más en la arena. Hubo que hacer contrapeso contra el ala, de abajo para arriba, momento en el cual don Arturo se apiadó de nosotros y así, poco a poco, lo fuimos sacando. El piloto alzó vuelo a eso de las seis de la tarde, cuando ya casi no se veía, y él que alza el vuelo y a mí que me coge una horrible sensación de desamparo, de soledad y de miedo.

—No sea flojo —me dijo don Arturo—. La plata no se consigue fácil...

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Me dieron ganas de asesinarlo.

De donde «cae el avión», como decía el piloto, hasta el puerto, hay un kilómetro. El camino es un fangal de arenas movedizas en el que ahí no más se ve el desierto. Tuvimos que empujar la caneca de gasolina y transportar las mercancías que había comprado don Arturo, y llegamos al puerto a las nueve de la noche. Yo lloraba empujando la caneca y maldecía mi suerte, aunque el hombre poco hablaba.

En un rancho llamado Hotel de los Mineros nos metimos. Don Arturo sacó su hamaca y la guindó. Yo sentí mucha rabia y le dije que si él sabía a qué veníamos, por lo menos me hubiera debido recomendar que trajera cama. Contestó que a partir de ese momento cada cual iría por su cuenta, enredó su toldillo en la hamaca, abrió una caja de sardinas, comió y se durmió. En aquel zancudero me quedé completamente solo, oyendo el rugido de los tigres, aterrorizado por las culebras y muerto de frío. Varias veces tuve intenciones de levantar a don Arturo a patadas, pero por fuerza tuve que calmarme.

La rabia y el resentimiento aumentaban a medida que comprobaba lo pendejo que había sido. Recordé el viaje al Brasil, un viaje que él me había propuesto para negociar el oro que sacáramos de las joyas. Decía que en São Gabriel el «precioso metal» era bendito, que se lo rapaban a uno, que lo pagaban a cuatro mil pesos colombianos y que con ese dinero podíamos comprar armas para vendérselas a los «mu-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

chachos». Me acordaba de los cuentos sobre los indígenas que les había contado a los niños, y caí en cuenta de que cada paso suyo había sido estudiado con toda frialdad. Me preguntaba de dónde había sacado el oro que yo mismo le había visto liquidar en el Banco de la República y qué negocios tenía con los Tinoco, de quienes a esa hora también desconfiaba. No sabía qué hacer conmigo. Pasé la noche rascándome las ronchas de los zancudos y oyendo los rugidos de los araguatos que habitan esa selva, y no supe cómo llegó el día.

El río Guainía pasa por Macanal lento y perezoso. Sus aguas parecen negras de lejos, pero de cerca tienen un tono anaranjado muy extraño. La selva a su alrededor, como lo imaginaba, es muy densa, sin flores ni grandes árboles. Allí duramos dando vueltas durante más de veinticuatro horas, hasta cuando a eso de la madrugada oí el motor de un bongo. Me levanté rápidamente y me fui al puerto a hacerle señas para que nos sacara de ese desierto, pero don Arturo no se dio por enterado. Él ya no tenía interés en el viaje después de darse cuenta de que yo me había pillado su plan.

El indígena del bongo, aunque no hablaba mucho español, aceptó llevarnos si le dábamos el combustible y le pasábamos diez mil pesos. El viaje era hasta un punto que llaman Tonina, donde, según había entendido, «mi socio» tenía una voladora aguardándolo. Todo iba bien hasta cuando el indígena vio

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

que el otro pasajero era quien era. Entonces comenzó a tildarlo de tramposo, a decir que le debía gasolina y que con él no hacía el viaje, la primera evidencia que tuve de la fama negra que acompañaba a don Arturo a todas partes. Después de alegar con el indio, sin embargo, convino en llevarnos por treinta mil pesos, puesto que había que pagarle el «perjuicio de la deuda» así yo no tuviera nada que ver en el asunto. Para el indio, nosotros éramos ambos blancos y, además, amigos; por lo tanto, teníamos que pagar.

A pesar de la incomodidad y de la angustia, que a esa hora ya no me dejaba en paz, la selva me impresionó y me gustó. Poco a poco el ruido del motor —siempre igual—, la cara de la selva —siempre la misma— y el sueño acumulado que llevaba me hicieron caer en una modorra profunda, y cuando me desperté estábamos en Tonina, un pueblito limpio y bien dispuesto, con escuela, capilla evangelista y calles barridas, a pesar de no haber señas de gobierno ni atención del Estado. Aparte de unos panales inservibles de energía solar abandonados en la escuela, ni una bandera colombiana, ni un escudo, ¡nada! Uno siente vergüenza de ser colombiano cuando observa que en los caseríos venezolanos hay maestros, estatuas de Bolívar, bandera, puestos de salud y, a veces, hasta indigenistas.

En Tonina arreglamos la continuación del viaje en la voladora que —efectivamente— tenía don Arturo amarrada en el puerto. A esas horas yo no ha-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bía comido nada, salvo una lata de sardinas que Julia me había echado a última hora en el maletín. Mi compañero, en cambio, llevaba carne enlatada, galletas y coca-cola, pero era tanta la rabia contra él que fui incapaz de pedirle.

Salimos hacia las cuatro de la tarde, y cuando don Arturo arrancó, sentí pánico. Aunque yo nunca había montado en una voladora, me di cuenta de que él no sabía controlar bien el aparato. Caracoleó de lado a lado por el río, hizo innumerables piruetas y, por fin, tomó rumbo, sin dirigirme nunca la palabra. El manejaba y yo miraba el río desde la proa.

Al anochecer llegamos a San José. Estaba tan cansado que ni supe dónde me acostaba, aunque recuerdo que me amarré el maletín a una pierna porque no podía confiar en nadie. Soñé que estaba en la calle 155 con carrera 44, frente a un apartamento que queríamos comprar con Julia, haciendo un hueco grandísimo con una máquina muy extraña.

Era como un tractor, pero con motor de voladora y antena parabólica. Yo intentaba manejar el aparato cuando de repente vi que desde la esquina me miraba un indio, sin decir nada, al tiempo que afilaba un machete. El indio afilaba y afilaba el machete y yo bregaba y bregaba con el tractor. Era terrible.

Al otro día salimos de San José sin desayunarnos. Don Arturo se veía muy nervioso, excesivamente nervioso, y casi no podía estabilizar la voladora. Al rato avistamos una canoa de indígenas que bajaba, y cuan-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

do don Arturo la vio se ofuscó todavía más y dejó apagar el motor, con lo que quedamos a la deriva. Maldiciendo, comenzó a darle pita para iniciarlo de nuevo, y de un momento a otro prendió a moverse en cabriolas, como enloquecida. El viejo se fue al agua del empujón y yo resulté izado en la proa porque la canoa se paró de culo. Me agarré de donde pude, y al rato comprendí que habíamos naufragado.

Se me zafó el maletín y comencé a tragar agua. Como poco nado, no podía sostenerme a flote. Me hundía y volvía a salir, y cada vez que salía veía más lejos el maletín. Yo le gritaba a don Arturo, pero él andaba tras las joyas y, en vez de ayudarme, lo que hizo fue tratar de salvar lo que le interesaba. Cuando ya no podía más pensé «¡Dios mío, socórreme!», y comprendí que me iba a ahogar, pero en esas sentí que una mano me cogía del poco pelo que tengo y me empujaba hacia fuera. Hice un esfuerzo y me agarré de la mano que me sacaba, la mano de un indígena que me condujo a una canoa, me acostó boca abajo y me presionó el estómago. Vomité medio río, y cuando pude medio distinguir me encontré frente a una cara que me pareció conocida. Era la misma del sueño.

—¿Trambucaron? —me preguntó.

—Yo no sé, no sé —le dije—. ¿Dónde está el maletín?

Era lo único que me importaba. El pobre indio no comprendía. Remó un poco y recogió a don Ar-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

turo. Quise matarlo, pero no tenía fuerzas ni nada con qué hacerlo, y hasta me costó muchísimo trabajo quitarle el maletín, que había salvado milagrosamente del naufragio.

Regresamos a San José, donde me atacó el hambre. Ya llevaba cuatro días, prácticamente, sin comer nada, y estaba desfallecido. Los indígenas me miraban impasibles. Les pregunté si podían venderme una gallina, y el que se había presentado como capitán me contestó:

—Indios no vender gallinas.

—¿Casabe tampoco?

—No vender —respondió— hasta no pagar sacada del agua.

—Bueno —dije—. ¿Y cuánto vale?

—Mostrar joyas —contestó el indio.

Laguado les había contado que yo traía oro, y eso me entusiasmó un poco porque podía sacar a relucir mis habilidades de vendedor. Extraje la colección que todavía me quedaba, la boté al piso y pregunté cuánto querían por el asunto de la «trambucada». Los indios se quedaron como haciendo cuentas, hasta que mi salvador señaló los anillos que valían treinta mil pesos. Les dije que no, que por ningún motivo, que no era justo. El indio me indicó que los dos anillos equivalían al doble salvamento: uno por mí y otro por Laguado, ante lo cual estallé. ¿Cómo iba yo a pagar por quien había tratado de ahogarme y de robarme? Dije que no, que si tenia que morir me moría, pero

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

que yo no pagaba por Laguado. Los indios se rieron y se fueron.

Cuando me pasó el ataque decidí buscarlos y entregarles los dos anillos, y cuando estaba en esas llegó una india con casabe y yucuta.

—Casabe, a lo que se moja sabe— me dijo.

La yucuta me dio asco porque se trataba de un líquido espeso y morado, un poco viscoso, razón por la cual comencé por el tal casabe, que se me parecía más a la comida nuestra. Partí la tortica y empecé a masticar como si siempre hubiera comido.

—Casabe, a lo que se moja sabe —volvió a repetir la india.

Yo seguí sin entender el doble significado de la sentencia. No quería mojar el casabe en la yucuta porque me daba fastidio semejante baba, pero viendo que ya mi saliva era incapaz de humedecer la torta decidí hacerlo. No sabía feo. Terminé en dos volandas el almuerzo y para reposar, salí a dar una vuelta. Caminé hasta una casa que ellos llamaban maloca; adentro, acurrucadas alrededor de una tinaja, había tres mujeres que comían una especie de yuca masticada y luego escupían en la tinaja. Pregunté qué estaban haciendo, creyendo que se trataba de una ceremonia de brujos, y me contestaron que esa era la yucuta.

Sentí que mi estómago se comprimía y estaba a punto de volver a vomitar cuando se oyó una campana.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—La cena —dijeron las mujeres, y salieron dando salticos y soltando sus risitas.

En ese momento se me acercó el capitán y me dijo que los blancos estábamos invitados a la cena. Le respondí, después de dudar un instante, que bueno, que mil gracias, y pensé en una cena, en una señora cena con carne de monte, yuca, plátano y arroz. Era en la iglesia. Los hombres entraban por un lado y las mujeres por otro. Yo quedé junto al capitán y, a continuación, Laguado. Los nativos comenzaron a rezar. Uno leía una biblia en lengua india mientras los otros contestaban cosas absolutamente incomprensibles, y cuando terminaron aparecieron unas viejas que traían torta de casabe y... yucuta. Quise pararme, mas el capitán me detuvo. Yo sentía una bola seca en el estómago, como si me hubiera comido un kilo de estopa, y así era: el casabe seco se expande en el estómago y puede matar al cliente. Sin embargo, cuando me pasaron la totuma llena de baba de vieja no pude más y vomité delante de todos. A los indios no les importó, pero yo me paré y fui a echarme en la primera casa que encontré.

Debieron pasar unas horas. El escalofrío aumentaba y noté que estaba sudando. Un indígena se me acercó y me dijo:

—¿Querer una hamaca? Vale anillo.

Hicimos negocio —otros diez mil pesos por la hamaca—, y me acosté a ver si allí, suspendido y guindado, me alentaba. El escalofrío se volvía cada

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

vez más fuerte y la carraca no paraba de batirse, y estando así llegó Laguadó y me preguntó si conocía el salmo 38. No quise contestarle, pero me quedé tratando de recordar qué decía el salmo 38.

A la mañana siguiente, ya de nuevo en la voladora, continuamos aguas arriba buscando el caño Naquén. El escalofrío y la fiebre se me habían convertido en soltura de estómago, por lo que debíamos parar cada media hora. En pleno río desembarcamos y compramos una lapa ahumada que por fortuna estaba exquisita, como jamón de cerdo. Me comí la mayoría y guardé el hueso. También compré veinte latas de coca-cola para el mal de estómago y unos cigarrillos para Laguado, que estaba agonizando por la falta de humo.

Más arriba encontramos las bocas del Naquén y nos metimos por ahí. La selva me tenía aburrido de lejos, pero de cerca era todavía peor. El caño estaba medio tapado por árboles y troncos de toda clase, y yo me encontraba ansioso de llegar a donde fuera con tal de que fuera rápido. No obstante, entre más afán me entraba, más difícil se me hacía la navegación.

IV

A Maimache llegué derrotado. En el maletín tenía unas pocas alhajas y doscientos mil pesos, la ga-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

solina se había gastado en el viaje y la mercancía se había trambucado. Yo seguía creyendo que era mejor llegar muerto a Bogotá que sin el plante. Laguado me dijo que si quería pagar hotel bien podía hacerlo, pero que si quería ahorrarme unos pesos, su casa estaba a la orden.

Como él me había contado que tenía cuarenta obreros, pensé que su casa era una construcción de material, si no lujosa, por lo menos modesta. Pues no. Era una casa de madera que había sido un almacén, ya que aún podían verse la estantería y el mostrador. En los estantes había 35 libras de café, seis libras de sal y dos tarros de leche, y encima del mostrador una gramera. No había duda: Laguado estaba en la ruina.

En la casa vivía un sobrino suyo, medio tonto, quien me dijo que su tío escondía el oro bajo tierra porque era muy rico pero muy tacaño. Me pasé toda la noche pensando cómo podía recuperar mi dinero y al otro día se me ocurrió llamar a Julia por el radioteléfono que funcionaba en Maimache. Hablé con ella y le conté que estaba bien, que había colocado todas las joyas y que ahora iba a comprar oro. Ella me contestó que más bien por qué no pensaba en regresar, y que si ya no habíamos hecho plata, no era la hora de hacerla. Les mandé saludes a los niños, le envíe la bendición y, antes de despedirme, le pregunté si sabía qué decía el salmo 38 y que por favor me buscara en un diccionario el verbo «trambu-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

car». Quedé de volverla a llamar esa misma tarde.

Me puse a dar vueltas por el pueblo mientras decidía qué hacer con don Arturo. Maimache tenía unas veinticinco casas, tres hoteles y tres bares-discotecas. Todas las casas eran al mismo tiempo tiendas y en todas se negociaba con oro. Una coca-cola valía una raya; unas sardinas valían dos rayas, y un «golpe» —cualquiera que fuera— valía tres rayas. Había muy pocas mujeres, apenas cinco niños y dos gemelos morenos, acabados de nacer, hijos de una pareja de negros venidos del Chocó en busca de oro, como todos los habitantes del ranchería. La negra era primeriza y sólo cuando no aguantó el dolor le comunicó al marido que iba a parir. El negro contrató una voladora para llevarla hasta Victorino, en Venezuela, único lugar donde hay puesto de salud, o por lo menos hasta El Tigre, donde había una comadrona indígena, pero no alcanzaron a llegar y la mujer comenzó a parir en pleno río. El marido le ayudó y, con mucho trabajo, recibió al primero. Lo lavó y ya estaban calmados cuando el otro o, mejor, la otra, porque la segunda fue hembrita, nació. Y así los pusieron: Primero y Segunda. Yo le regalé unos aretes a Segunda, los únicos pequeños que llevaba, para poder distinguirla de su hermano.

Poco a poco, mientras hablaba con los habitantes del pueblo, me fui informando sobre don Arturo. Ciertamente había sido un hombre rico, fundador del caserío, minero con suerte, comerciante. Nadie

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tenía un mal concepto suyo. Algunos se referían a él como «el pobre don Arturo», y todos le debían algún favor. La cuestión para mí iba de mal en peor, porque no había concordancia entre lo que él me había hecho a mí —de eso estaba tan seguro como estar diciéndolo—, y el servicio que le había prestado a la gente. Comencé a pensar que de golpe yo había sido injusto; que quizás el hombre no era tan perverso ni tan ladrón, y que a lo mejor el don Arturo que me pintaban en Maimache no era el mismo que yo había conocido en Bogotá.

Al fin decidí recurrir a «los muchachos», a quienes abordé para decirles que quería hablar con el comandante. Me contestaron que, casualmente, ellos también tenían deseos de conversar conmigo, y que querían saber quién era yo, qué hacía, de dónde venía y cómo había llegado. Les conté. Duré dos horas alegando solo, mientras ellos se limitaban a tomar notas sin decir palabra. Les costaba trabajo escribir rápido y, para no perder detalle, me hacían un gesto con la mano cada vez que necesitaban que hablara más despacio. Terminé prácticamente dictándoles, y cuando acabé mi historia me dijeron que estaba por cuenta de ellos hasta nueva orden. No podía salir del caserío, no podía llamar por teléfono, no podía embarcarme. Les rogué el favor de que me permitieran hacer una última llamada a mi señora, pero me contestaron que no, que era una orden terminante, y cuando yo insistí se reafirmaron en lo dicho.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—Negativo —repitieron—. Ya oyó: ¡no!

Válgame Dios. Salmo 38. ¿Qué hago, señor? Tú que todo lo das y todo lo quitas, no me sueltes así del tanganazo, en esta olla. ¿Qué he hecho, Dios mío, para terminar aquí arruinado y abandonado, en manos de estos bandidos? Esa fue mi oración desde cuando los muchachos me dijeron «no» hasta cuando volvieron a decirme «camine». Ya después ni pensaba ni rezaba. Me consideraba condenado a muerte y presentía lo peor.

Subí al bongo llorando y una guerrillera, tierna en medio de tanto salvajismo, me dijo que me iba a vendar. Sentí sus manos femeninas como dos palomas benditas. Luego comenzó el bongo a dar vueltas, al principio sobre un mismo sitio y después siguiendo el río, lo cual era para mí como lo mismo. Nadie hablaba. Las imágenes de mis hijos saliendo recién bañados para el colegio se me atravesaron, no sé por qué, de seguido, lo mismo que sus juguetes tirados en el suelo, Julia peinándose, Julia maquillándose, Julia hablando con su mamá de la hipoteca y vendiendo la casa. Poco a poco esas imágenes familiares se fueron haciendo lejanas y comenzó una serie más ordinaria: yo embolándome los zapatos en un café, mi padre haciendo pipí, mi hermano mayor rascándose, Julia limpiándose las uñas y yo masticando, jugando billar, echándome pedos. Y así hasta cuando el bongo paro.

Cuando me quitaron la venda lo primero que vi fue a una mujer en brasier y en cucos, con una ame-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tralladora terciada a la espalda, que lavaba su uniforme en el río. ¿Dónde estoy?, pensé. ¿Qué es esto? En ese momento me acercaron un asiento, me ordenaron sentarme y una compañera, un compañero y el comandante me preguntaron quién era, qué hacía, de dónde venía y qué relaciones tenía con don Arturo. Otra vez conté toda la historia, desde el principio hasta el fin, y cuando terminé me ofrecieron una taza de agua de panela y me dijeron que dentro de un rato volvían.

A la hora regresó el comandante, acompañado por los mismos guerrilleros, y comenzó a decirme que ellos habían sido informados de que yo era del B-2. Yo le respondí que no sabía qué era el B-2 y él repuso que ser del B-2 era ser «sapo, sapo hijueputa». Le contesté que debía estar mal informado porque yo nunca había sido militar y que, con todo respeto, siempre había odiado las armas; que ellos podían matarme, pero que yo no podía decirles que era del B-2, porque yo era un contador y un joyero.

—Con que contador —repitió burlón el comandante—. Contador es el que cuenta, y eso es lo que hacen los sapos. ¡Cuac, cuac! —hizo la boca.

No me produjo mucha risa. Insistí en que estaban equivocados y añadí que, como no podía probarles que no era un sapo, por favor me miraran bien, ante lo cual la compañera se rió y dijo que, efectivamente, yo no tenía cara de sapo sino de sacristán.

—Bueno, asumamos que usted no es un sapo —habló el comandante—, pero cuéntenos ahora por

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

qué vino a dar aquí y por qué no acusó a don Arturo de tramposo en Puerto Inírida. ¿Es que allá no hay autoridades, o es que usted no cree en ellas?

—Pues mire, comandante —le reviré—, lo que pasa es que yo me vine a dar cuenta de que don Arturo era un estafador ya en la avioneta, cuando seguirlo era lo único que podía hacer para recuperar mi dinero. Él me trajo hasta aquí porque quería ahogarme, salir de mí, agarrar el maletín y con ello pagar las deudas que tenía y recuperar su prestigio. A tal conclusión he llegado. No contó con que yo me salvaba, y eso es lo único que sé y puedo decirles, además de que don Arturo me puso en contacto con un compañero de ustedes al que le di en depósito trescientos mil pesos en alhajas para vender.

—¿Cómo? —me preguntó después de que se puso pálido— ¿Hizo usted eso? ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Qué está creyendo don Arturo: que somos unos negociantes? Nosotros tenemos otras ideas. Yo le aseguro a usted, amigo, que ese tal guerrillero no es compañero nuestro. ¡Y ahora tráiganme a don Arturo! —ordenó.

Volví a respirar y a vivir. El enredo se había podido —gracias a Dios— aclarar. El comandante me explicó que todos los días alguien se presentaba con una queja y que la quejadera lo tenía aburrido; que los escándalos y los problemas se debían más que todo a las faldas de las mujeres —y pronunció la palabra *mujeres* como quien quiere decir prostitutas—, a

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

quienes iba a tener que prohibir; que mi caso había sido fácil de aclarar porque no había «ingredientes de esos» y que la guerrilla, aunque tenía muy buen concepto de las mujeres —«por eso hay tanta compañera metida en la lucha»—, no podía permitir que la gente peleara entre sí. El discurso fue largo, aunque yo no era capaz de ponerle atención porque la deuda del tal guerrillero me daba vueltas en la cabeza. Si no era guerrillero, sino un calanchín de don Arturo, ¿quién me iba a pagar?

Mientras uno de ellos llamaba a don Arturo, los demás trajeron comida: un plato enormemente grande de yuca y plátano y un pedazo de casabe. No había, por fortuna, yucuta. Me ofrecieron gaseosa, y cuando llegó el cliente ya habíamos hecho hasta siesta.

—Con que negociando con los compañeros, ¿no, don Arturo? —dijo el comandante apenas lo vio—. ¿Quién es ese tal compañero —y golpeó la palabra— en quien este señor depósito su confianza?

El hombre se puso pálido y me miró con odio. Era la primera vez que le veía esa mirada.

—No, si yo nunca dije que él fuera guerrillero —contestó—, sino que era un muchacho por el que ustedes respondían, como responden por todos. Si yo hago un mal negocio, ustedes son los que responden, ¿o no? Y eso fue lo que yo dije: que aquí los negocios están respaldados por la ley de ustedes, y que ustedes no permiten la estafa.

—Y no la vamos a permitir —añadió el comandante—. Usted debe pagarle hasta el último gramo

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

al señor aquí presente, incluidos los trescientos mil pesos del depósito. No hay nada más que agregar. Le advertimos, eso sí, don Arturo, que esta es la segunda vez que tiene usted problemas con nosotros y que, como usted sabe, no hay tercera vez. Así que cuídese o váyase. De todos modos mañana, siendo la misma hora de ahora —y miró el reloj—, el señor debe haber recibido lo que usted le debe.

Y en efecto, al día siguiente, siendo las cuatro de la tarde, llegó don Arturo con un frasco de oro. Le hice las cuentas desde la caja de verduras hasta los «gastos de la trambucada». Estando la ley de parte de uno, sería pecado no acogerse a ella. Total, el paseo le salió en 1.750.000 pesos con algunos centavos, y el hombre aceptó la cuenta sin chistar.

Los muchachos vinieron por la noche a buscarme porque querían saber si habíamos arreglado. Les dije que sí, que todo estaba listo, y me preguntaron si no me daba miedo salir con el oro así no más. Ofrecieron escoltarme si yo pagaba la gasolina ida y vuelta hasta Macanal. Estuve de acuerdo y salimos al día siguiente.

No sólo corrió por mi cuenta la gasolina sino también la comida, la gaseosa y cuanta cosita se les ocurrió por el camino. Iba con nosotros un nuevo compañero al que llamaban El Cura, un muchacho ciertamente parecido a un sacerdote que me preguntó si había colaborado con las juntas de acción comunal de Maimache. Le contesté que no había tenido

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tiempo. Hizo silencio y agregó que todavía podía, con lo que se me quedaron enredados unos cuantos gramos más.

Más tarde inquirí por qué lo llamaban El Cura y me contestó que porque él leía mucho la Biblia. En parte porque era enseñanza de los padres y, en parte, para poder entenderse con los indios que habían sido domesticados por la CIA a través de una tal Sophía Müller, una evangelista gringa. Le averigüé si llevaba una Biblia y si sabía qué decía el salmo 38. Se puso a pensar y me contestó:

—El 38 dice algo sobre la maldad del pecador, sobre lo poco que es el hombre ante Dios y sobre la desgracia.

Y así, conversando, llegamos a Macanal. Al otro día estaba en Inírida, de donde llamé a Julia para decirle que me había ido bien, que todo estaba listo y que, si conseguía pasaje, al otro día estaría en Bogotá. Se puso feliz. Le pregunté por el salmo 38 y me dijo que se trataba de una oración en la desgracia.

Me la leyó por teléfono y se me grabó una frase: «Son muchos los que buscan mi muerte; son incontables los que sin causa me odian; ven rápido en mi ayuda, señor». Olvidé preguntarle si el verbo trambucar estaba en el diccionario, pero eso ya no me importaba.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

5. Los Monos

Salimos madrugados de Maimache porque nuestro guía, un estudiante de la Universidad Nacional que llevaba más de dos años viviendo en la región, nos lo había aconsejado así. Esperábamos una jornada extenuante pero novedosa, ya que ¡por fin estábamos en la Serranía de Naquén!

Roberto, el compañero que nos guiaba, era un hombre pequeño, de barba abundante y agudos ojos azules que guiñaba indistintamente para subrayar un apunte, un comentario o una observación. Había estudiado veterinaria, pero en los últimos semestres se había dedicado a leer toda la literatura esotérica que caía en sus manos, hasta cuando un día decidió lanzarse a la aventura en pos del conocimiento oculto. En ese plan había recorrido toda la Orinoquia y parte de la Amazonia, y ahora se encontraba en Maimache buscando oro para viajar al Himalaya, único lugar del mundo donde, según él, podía encontrar algo verdadero.

A la salida del pueblo nos encontramos con el comandante y su guerrilla que estaban midiendo, decámetro en mano, los lotes de la futura urbanización «Primero de

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Mayo». Nos despidió cordialmente, sin ocultar su escepticismo cuando observó el peso de nuestros morrales.

A los pocos minutos nos topamos con la primera explotación, llamada Mina Vieja. Conversamos con quien se nos presentó como la administradora, una muchacha bonita, de unos treinta años, que había sido enfermera en Ibagué pero que, cansada del sufrimiento ajeno, había optado por buscar, junto con su esposo, nuevos horizontes. El marido se hallaba en Bogotá comprando una bomba de agua y un equipo para bucear, porque en el lecho del río (el caño Maimache) había encontrado muestras muy alentadoras. Nos confesó que sacaban un promedio de tres gramos diarios: uno para la máquina vieja que tenían, uno para los trabajadores y uno para el «frasco», o sea, la ganancia líquida. Cuando le contamos para dónde íbamos, se limitó a decir «pobrecitos» y se despidió dándonos ánimo.

La trocha, en su primera etapa, estaba bien trazada y era ancha y con sombra; sin embargo, no logramos un ritmo uniforme de marcha porque nos lo impedía la red de raíces superficiales y de miles de pequeñas estacas afiladas y amenazantes que había en el camino. No encontramos huellas de animales de carga, pero desde el principio nos cruzamos con cargueros, hombres especializados por su fuerza y su destreza en llevar a sus espaldas un «catumare», un morral indígena hecho con hojas de palma, de veinticinco kilos. Cada viaje costaba cuatro mil pesos y Roberto nos comentó que había unos pocos que hacían dos viaje al día: subían a las cuatro de la mañana, bajaban a las diez, volvían a subir por la tarde y regresaban por la no-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

che a Maimache. La carga que llevaba estaba constituida, principalmente, por alimentos y combustibles para las máquinas.

Nos encontramos a un muchacho de 18 años que venía del río Peguá. Había ido a probar suerte, pero en cuarenta y ocho días sólo consiguió tres gramos y bajaba desilusionado. Nos dijo que el oro lo había derrotado y que prefería volverse a «raspar» en el Guaviare, «porque la coquita algo deja».

—Si a la gente se le cierran todos los caminos —concluyó—, ¿qué quieren que haga?

Después de caminar por una zona relativamente plana llegamos a las faldas de la Serranía. Desde abajo no alcanzamos a distinguir claramente su altura; no obstante, poco a poco fuimos notando que el camino se volvía más empinado y que nuestros morrales se hacían cada vez más pesados. Roberto nos animaba y nos daba consejos: «No se queden porque se desmoralizan; no descansen porque se cansan; no miren para atrás porque se caen». Y en efecto, la pendiente era a cada paso más fuerte. Teníamos que ayudarnos agarrándonos de las raíces de los bejucos. La dificultad y el peligro consistían en que el peso del morral nos hiciera perder el equilibrio y cayéramos al abismo. Para completar, la sed comenzó a molestarnos y la respiración a hacerse más difícil.

Por fortuna, en la mitad del trayecto los cargueros habían hecho un descanso bajo una enorme roca donde encontramos agua y una cueva que nos permitió acostarnos. Descansamos diez minutos, veinte minutos, y nadie quería

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—ni podía— reanudar la marcha. El peso de los morrales se había hecho insoportable. Decidimos contratar dos cargueros que bajaban desocupados para que nosotros —escoteros, como llaman— pudiéramos continuar. Naturalmente, debimos pagar un altísimo precio de oportunidad, pero libres ya del peso pudimos continuar sin mayores contratiempos. Al mediodía estábamos en El Mirador, la cima del cerro, desde donde se divisa un horizonte sobrecogedor: la Amazonia en toda su plenitud.

Cinco horas más tarde llegamos a una mina llamada La Dieciséis, y poco después a La Planada de los Monos, donde íbamos a descansar aquella noche. Roberto nos presentó a la sociedad que explotaba el lugar, compuesta de tres hermanos caldenses y un «brache». Nos esperaban, porque nuestros cargueros nos habían sacado dos horas de ventaja, y ya nos tenían preparada la comida, que consistía en un solo plato: una colada espesa hecha de harina, panela y caldo maggy. Los Monos, como se apodaban ellos mismos, resultaron excelentes conversadores: directos, reflexivos, limpios. Esa noche nos comenzaron a contar su historia, como si ya supieran a qué habíamos venido.

Los Monos

Cuando regresamos a la casa resolvimos volver a estudiar. A ninguno nos había ido bien en la aventura del trabajo. Tomamos por un guiño del destino el encontrarnos todos el mismo día en Bogotá sin ha-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bernos puesto de acuerdo. Jorge había llegado del Caquetá, donde fue primero raspador de hoja y después comerciante de gasolina; Mario, el mayor, trabajó en Uré barequeando oro, y Fernando, el menor, vino de Pereira a conseguir plata para poner su propio taller de chompas y bluyines. Todos llegamos a la casa sin cinco pero con muchas ideas de progresar, porque la vida no lo puede a uno derrotar cuando comienza. Mi mamá se puso feliz de volvernos a tener cerca; mi papá, en cambio , nos dijo que con mucho gusto nos pagaría el cuarto, el quinto y el sexto, pero que de ahí en adelante nos desenganchaba.

Nos matriculamos en el Colegio Real de Simón Bolívar, que quedaba, o queda todavía, en el barrio Restrepo, cerca al San Carlos, donde vivíamos. De día trabajábamos: Jorge como mensajero, Mario de ambulante y Fernando se rebuscaba vendiendo al detal medias de seda que traía de Miami un capitán del ejército en retiro. En cada viaje el capitán venía con miles de pares, porque las medias no pesaban nada y no hacían bulto. Él, cuando era militar efectivo, había sido de la aduana y tenía la cadena cogida por el eslabón más grande.

En el colegio, nosotros tres éramos muy unidos y no dábamos lado para que se nos entraran. Como a los profesores no les pagaban, en vez de hacer lo que tenían que hacer leían el periódico. Al principio protestábamos y le pedíamos cuentas al rector, pero después nos cansamos de tanto embuste. Si el profesor

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

nos ponía buena nota por dejarlo leer la prensa, ¿qué nos importaba a nosotros aprender matemáticas? Así nos graduamos.

Ya con el cartón en la mano venía lo difícil. No por cuestión de libreta militar, porque gracias a Dios habíamos juntado fondos para pagarla, sino porque después de haber hecho tres años de colegio, nos pillamos que estudiar no era negocio, que era más el negocio de unos cuantos vivos que ponían cuatro pupitres en una casa y conseguían licencia para dar títulos. Más habíamos hechos nosotros trabajando y más nos había enseñado la vida en la calle. Así que decidimos dejar de estudiar. Jorge se dedicó a montar una fábrica de crema para manos con un compañero que sabía de química; Mario siguió haciendo cruces, y Fernando se metió con unos amigos de teatrero.

Un día llegó Mario a proponernos que dejáramos todo y nos fuéramos a buscar diamantes al Orinoco, ya que había conocido a un paisa que le pintó un mundo de las mil maravillas.

—El Orinoco —nos dijo— está virgen. Nadie ha mincado diamantes allá. El paisa, en un solo viaje, sacó tres gemas que vendió en un millón de pesos. Los indios conocen de diamantes pero no saben su valor y por eso no los explotan.

Nos convenció. Fernando no podía salir con nosotros porque había acabado de entrar a un curso de títeres y porque además quería estudiar bien la cosa de los diamantes, conseguir datos de Ingeominas,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

buscar mapas, en fin, informarse sobre el Orinoco. Como lo conocíamos, convinimos en que se nos uniera después y nos dedicamos a ahorrar para hacer un plante que nos permitiera comprar morrales, herramientas, comida y llevar unos centavos. Mario se puso a la pata del paisa para aprender todos los secretos del arte, y a mediados de abril de 1984 teníamos todo listo para viajar.

Del Orinoco no sabíamos nada: ni dónde quedaba. Nos sonaba eso de que «del Orinoco el Cauce», pero no sabíamos de dónde salía el verso. El paisa nos había comentado que era mucho más barato, y a veces más rápido, viajar por tierra a Santa Rita que por Satena a Puerto Inírida, y el primero de mayo, siendo las tres de la mañana, salimos del terminal de transportes para Puerto Gaitán.

Fernando nos despidió con lágrimas y promesas. Cargábamos dos morrales que pesaban cada uno cincuenta kilos, palas, barra, barretones y un par de zarucas que el paisa nos había rogado que no olvidáramos. Llevábamos también una botella de Brandy Napoleón para pasar el páramo y hacer más corto el trayecto. Entre Bogotá y Villavo nos empacamos media, y la otra, seguramente, entre Villavo y Puerto López, porque a Puerto Gaitán llegamos a mediodía, vestidos todavía con suéteres y con un dolor de cabeza que ni gasolina que hubiéramos chupado. El calor era insoportable.

En Puerto Gaitán averiguamos que para ir a Santa Rita lo mejor era buscar en el bar El Peregrino a

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

uno de los choferes que acostumbraban a viajar a Vichada. Allá nos sentamos a esperar y, claro, nos volvimos a emborrachar. Sin embargo, a eso de las diez de la noche llegó uno de los hombres que buscábamos en un F-600 y nos le prendimos ahí mismo. Se llamaba Alcides Ibáñez Velásquez, era viejo y muy pilo. Nos comunicó que salía a las tres de la mañana, pero que no llevaba borrachos porque le vomitaban el carro. Le contestamos que perdiera cuidado, que a las tres estaríamos frescos, y así fue: arrendamos pieza en unas residencias, nos bañamos y a las dos y media nos hallábamos firmes.

Rodamos todo el día por una llanura extensísima. Al principio la carretera era carretera, aunque después no había sino llano abierto y trochas embarradas donde el carro se quedaba pegado a cada nada. El hombre era un avión para medírsele al barro, a los «surales», como los llamaba, y sobre todo sabía por dónde iba, ya que esas trochas son un crucigrama. Poco hablaba, cantaba boleros con buena voz, imitaba a Alfredo Sadel y daba unos gritos que no nos dejaban cabecear a nuestras anchas. Nos contó que llevaba veinte años viajando por esa vía, desde la época en que se comerciaba con fibra, pero que además era hijo del primer conductor de volqueta que tuvo el llano, un tal don Guillermo. Siendo obrero de Obras Públicas recién construida la carretera entre Villavo y Bogotá, a don Guillermo lo contrató un coronel Cuervo Araóz para conducir una volqueta por me-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

dio de la selva, entre Villavicencio y Mitú. Duraron seis meses entre culebras, pasando ríos, haciendo puentes y picando trochas hasta llegar al río Vaupés, donde embarcaron la máquina, y de ahí le salió la pega por los carros a don Guillermo.

De noche llegamos a Cumaribo, un caserío de unas veinte casas regadas como ropa de loca. Siendo sábado, sus habitantes estaban de rumba, ¡y de qué rumba! No había nadie que no estuviera borracho. A pesar de que la botella de aguardiente valía cinco mil pesos, en el suelo, desocupadas, había más de mil. Jorge se pilló de una que eran raspadores de coca. Él estaba acostumbrado a esas ferias, porque en Cartagena del Chairá las había vivido iguales, y hasta conocidos encontró: dos muchachos opitas, dos manes fieles y correctos que habían tenido socia con él en el Caquetá. Nos contaron que el Vichada era en ese momento la zona donde mejor se pagaba, porque estaba saliendo mucha merca y había hasta «fábricos» para sacar cristal. Por ese lado estaban contentos, pero por el otro la cosa no pintaba bien, ya que había un enfrentamiento a muerte entre don Víctor y los «muchachos», lo que los tenía aburridos. No fue difícil convencerlos de que se unieran a nuestro combo. Les contamos el cuento de los diamantes y se entusiasmaron. Quedamos de encontrarnos en Santa Rita, porque en la cabina del carro de don Alcides no cabían.

De Cumaribo para adentro, el llano es menos sabanoso. Hay lomitas, y por eso lo llaman serranía.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Es como un mar con olas, pero quieto. Se ve ganado y, de tanto en tanto, vaqueros, lo mismo que hatos y fundaciones a lo largo de la trocha. Don Alcides paraba en todos ellos, se bajaba, se acostaba en una hamaca, conversaba con los vivientes, preguntaba por los otros carros que traían o llevaban carga por la misma vía, indagaba sobre los «muchachos», y a cambio contestaban todas las preguntas que le hicieran. Entre una y otra le preparaban comida, sin importar qué horas fueran, y así llegamos a Santa Rita. El hombre no tenía afán, y nosotros tampoco.

Nos hospedamos en las residencia El Motorista, de doña Rosalía. Nos trató muy bien y nos preguntó si íbamos para la Serranía de Naquén, «donde ahoritica están en plena fiebre del oro». Fue la primera vez que oímos hablar de ese sitio. Nos quedó sonando, pero no le paramos bolas porque nuestra ruta era la de los diamantes del Orinoco.

En Santa Rita teníamos que aguardar a los nuevos compañeros, Arley y Óscar. Pasaron dos días, tres días, cinco días, y los benditos no aparecían; tampoco llegaban carros de arriba, a pesar de que *La Maceta*, el barco de don Tiberio Mora, estaba esperando un viaje de cerveza para llevar a Inírida. Don Tiberio, a quien llamaban también El Maceto, es «el propio» de Inírida. Compra todo el cacao, todo el oro y la poca fibra que se produce en el Guainía, y surte la plaza con lo que ella necesita: gasolina, cerveza, motores, ferretería. Los camiones que viajan de Bo-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

gotá a Santa Rita hacen parte de su negocio, lo mismo que los aviones que caen en Inírida. Mejor dicho, don Tiberio era el rey.

A los ocho días de parqueo y casi sin billete, porque metíamos cerveza en fila, aparecieron los hombrecitos en sendos camiones. Venían como árboles de navidad, aunque también bajos de fondos. Mejor, así vamos todos de igualdad —pensamos—, y cuando *La Maceta* terminó de cargar, nos enfletamos todos Vichada abajo. Guindamos las hamacas en un bongo que don Tiberio amarraba a la banda del barco, y cuando llegamos a Puerto Nariño, sobre el propio río Orinoco, ni nos dimos cuenta.

Nos recibió un ejército de mosquitos. Nunca habíamos visto tal cantidad de bichos de esos. Jorge, que iba en pantaloneta —muy playero él—, tuvo que ponerse los largos enseguida; Arley, que venía en camiseta, se envolvió en un toldillo, y los tres policías malencarados que nos esperaban en el amarradero tenían las manos forradas en medias de dotación que alguna vez habían sido verde oliva.

Puerto Nariño, o Puerto Zancudo, es una calle con seis casas frente al embarcadero. Tiene unos palos viejos de mangos y un cementerio con diez tumbas, en una de las cuales habían enterrado tres días antes de nuestra llegada a una mujer que se suicidó de tres balazos: uno en el estómago, otro en la cabeza y otro —ese sí definitivo— en el corazón. Era una copera que venía de Maimache, metiendo bazuco du-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

rante todo el camino, y que iba para Bogotá de afán porque le habían avisado del accidente de un hijo.

En Nariño arrendamos una pieza mientras nos orientábamos y hacíamos los primeros catcos. Mario nos dio un curso sobre diamantes y sobre la manera de saber dónde se encuentran, y después pasamos a la práctica, que es la que enseña. Sin embargo, no acabábamos de salir del pueblo a cavar el primer hoyo cuando nos dimos cuenta de la cola que llevábamos: el cabo de la policía, los quince vecinos y todos los niños, que también querían averiguar cómo se encontraban las gemas. Hicimos una reunión de urgencia, citada por Mario, y decidimos que así no podíamos hacer nada, que lo mejor era soltarnos de travesía y perdernos para no tener testigos.

Salimos, pues, al día siguiente con todo el equipo. El billete se nos acabó con la residencia y la remesa que hicimos para completar la que nos habíamos gastado, así que no veíamos de otra: o cosechábamos diamantes o nos comía el tigre. Caminamos por la orilla del Orinoco, aguas abajo, sobre una peña que, nos aseguró Mario, era tal cual se la había pintado el paisa. A las tres horas el morral comenzó a tallarnos y el calor a rendirnos, pero Óscar y Arley nos dieron ánimo. Hacia el mediodía Mario consideró que podíamos parar para hacer el campamento y comenzar el cateo en firme. Cavamos con los barretones y la zaruca un hoyo de setenta y cinco centímetros de largo por cincuenta centímetros de ancho y tres de

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

hondo. Mario iba analizando el material que los demás sacábamos y nos decía: «así es», «un poco más», «desde que haya arena finita hay guía». Duramos toda la tarde dándole zaruca a la peña, hasta cuando comenzamos a desfallecer y resolvimos descansar y guindar. No quisimos comer porque estábamos sin un aliento para rajar leña.

A las cinco de la mañana nos levantó Jorge. De buen humor amanecimos, y nos desayunamos con tinto, chocolate y unas arepas que sabía hacer Óscar. Cavamos un hueco en la mañana y otro en la tarde, pero en la noche Mario, después de tirar cabeza un rato, nos dijo que teníamos que buscar en otro lado.

Caminamos dos días y volvimos a levantar el campamento. La escuela que nos dolía no era la del cateo sino la de la cocina, pues la cocina son dos cuentos diferentes: el de rajar leña, por una parte, y el de hacer la comida. Poco a poco fuimos comprendiendo que nos iba mejor destacar a uno en la cocina mientras los demás cateábamos, y el primer turno le tocó a Jorge, el que menos entendía de rancho. Esa noche comimos todo ahumado y los balines —o fríjoles— crudos. Le había tocado hacer todo a punta de tapa de olla, ya que no supo coger la leña ni colocar el fogón para que el viento mantuviera viva la llama.

A Mario tampoco le gustó el sitio y volvimos a levantar el campamento cerca al río. Teníamos miedo de perdernos. Nos estacionamos otra vez dos días, y nada: ni indicios de una piedra. En ese plan estu-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

vimos una semana entera, hasta cuando la provisión comenzó a mermar, y al final no nos hablábamos sino para cosas absolutamente indispensables. Óscar propuso que saliéramos a buscar el río para ver si podíamos pedirle canoa a quien primero pasara, pero cuando nos acercamos al Orinoco nos encontramos fue con unos rápidos por los que nadie navegaba. Volteamos, pues, para arriba, y comenzamos a sentir el tigre. Cualquier ruido, por pendejo que fuera, nos ponía «el mango a saltar lazo». Una tardecita divisamos a una pareja de parientes que andaban como perdidos y les caímos para dialogar, para preguntarles por dónde andábamos y si ellos sabían de unas piedras chiquitas y blancas que echaban luces, pero los indios no entendían ni pío de español. Nos indicaban un sitio y nos decían «¡Barrocal, Barrocal!», la única luz que nos dieron. Mario fue el único que se puso feliz, porque los parientes, según él, sabían dónde ponen las garzas.

El problema era cómo llegar a Barrocal. Sin alejarnos del río caminamos costa arriba durante tres días. La llovedera no amainaba, y una mañana nos despertamos al lado de un camino que no parecía muy transitado. Nos enderezamos por ahí y a Nariño fuimos a caer. Sin embargo, no teníamos ni un centavo. Jorge había guardado cinco mil pesos, pero eso era todo el plante y no quisimos tocarlo. Hicimos un cambuche al lado del cementerio, y nos sentamos a ver qué se nos ocurría.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Al otro día oímos el ruido de un carro y al rato vimos que se trataba de un camión con fibra de chiqui chiqui. Poco después el conductor nos explicó que había salido con los últimos días de verano para Santa Rita, pero que se había varado y ahora regresaba porque la trocha era un fangal. Iba a trasbordar la carga a un planchón para llevarla por el Vichada a Santa Rita, y a lo mejor necesitaba ayuda. Nos entusiasmo el plan. Hicimos trato con el conductor y nos pagó trescientos pesos de ese entonces por el trabajo de transbordar la carga. Duramos casi medio día, pero con lo que nos pagó conseguimos que unos indios nos llevaran hasta Barrocal.

Era un pueblo raro, silencioso y limpio, que desde el comienzo nos dio mala espina. Los indígenas parecían más atembados que de costumbre y no mostraban muchas ganas de vivir en este mundo. De pronto se nos atravesó en el camino un gringo mono y altísimo, con cara de patriarca, que se presentó como Mister Rod, el pastor. Hablamos con él, le explicamos nuestro destino, no creyó mucho nuestro cuento, pero de todas maneras llamó a un nativo para que nos acomodara en su maloca. Nos trató muy bien, nos señaló dónde guindar y nos trajo huevos de terecay para que comiéramos.

Cuando Mister Rod se fue tratamos de que el indio nos contara algo de los diamantes, pero el hombre no entendía de qué se trataba nuestra idea. Para que soltara la lengua y se le prendieran las entende-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

deras, abrimos la única botella de aguardiente que llevábamos y le ofrecimos un trago. El indio bebió, se puso pálido, los ojos le brotaron hacia afuera, abrió la boca y dio un alarido de horror. Nosotros no sabíamos qué pasaba. Pensamos que Mario, amigo de los chistes flojos, le había echado algo al trago, pero él estaba más asustado que todos los demás, y sobre todo cuando vio que el pariente salía volando y regresaba al minuto con el pastor.

—¡Yurupa macao, yurupa macao! —gritaba.

El gringo abrió los ojos, cogió la botella de aguardiente, la olió, hizo un gesto de asco y comenzó a gritar también.

—¡Yurupa macao, yurupa macao!

Nos tocó salir a perdernos, y corrimos hacia el puerto con tan buena suerte que en ese momento llegó una voladora que manejaba un paisa llamado don Chuzo, a quien le pusimos la queja.

—Tranquilos, muchachos, que lo que pasa es que para estos parientes el que toma es el mismo patas —nos dijo—. Esperen a que yo les converse y verán que los calmo.

Fue, se entrevistó con ellos, les explicó y les «bajo la nota». Él iba a negociar con los indios huevos de terecay que vendía en Amanavén, y sólo hasta el otro día pudimos salir. Nos contó que la capital de los curripacos era Barrocal y que ahí vivía Sophía Müller, una gringa que era como la diosa de los indios y que los había convertidos a todos en evangelistas acérrimos.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Por el camino hacia Amanavén, don Chuzo se mostraba muy receloso de encontrarse con la guardia venezolana, porque había tenido un tropel con ella hacía algunos días. Por eso no podía pasar a San Fernando de Atabapo a vender los huevos, y por eso negociaba con los venecos desde Amanavén.

—Resulta —nos dijo— que un día venía yo con mercancía comprada en Puerto Ayacucho. Subía en un bongo despacio, durmiéndome, cuando en esas apareció la guardia venezolana en un motor 250. Ordenaron que me detuviera, pero yo me hice el pendejo para alcanzar la orilla colombiana, aunque estaba navegando por aguas mayores, y así, con nadadito de perro, eché la manila en tierra para darles a entender que estaba protegido por mi país. Ellos, sin embargo, no hicieron caso. Me apuntaron con sus metralletas y empezaron a insultarme con vulgaridades. Yo protesté y comencé a cantarles mis derechos, pero con todo y eso más gritaban. El que los comandaba dijo por fin: «¿Acaso usted no sabe que el Orinoco es nuestro?» Yo le contesté: «Hombre, bien pueda, ¡lléveselo!», y entonces él me respondió: «Al que nos vamos a llevar es a usted, ¡coño!» Ya me iban a cargar cuando llegó mi mujer, apuntándole al comandante con la escopeta, y tuvieron que dejarme ir, pero desde entonces no he podido volver a vender huevos de terecay en San Fernando de Atabapo.

En Amanavén, adonde llegamos asustados aunque divertidos con los cuentos del paisa, nos miraban

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

raro, no de frente sino de lado, sobre todo la policía, que está allí muy sola, en un cuartel desvencijado, sin transporte, teniendo que esperar en el puerto lo que caiga y mirando pasar a la guardia venezolana que le hace fieros con las lanchas, las armas, los uniformes e incluso con la bandera. Uno hasta se siente solidario con los pobres tombos, pero ellos no con uno. En cuanto atracamos buscaron la manera de montárnosla: que qué hacíamos, que qué nos traía por allí, que para dónde íbamos. Nosotros les respondíamos, pero ellos poco nos creían.

—¿Diamantes? —preguntaban—. Si por aquí no hay de eso.

Les mostramos las herramientas, les hicimos un hueco para que vieran cómo trabajábamos, los calmamos demostrándoles que no teníamos armas y hasta nos invitaron a una gaseosa cuando los convencimos de nuestra inocencia.

El problema de Amanavén no fue la policía sino el hambre, ya que no teníamos plata. Jorge y Mario habían hecho un aparte y lo habían encaletado, pero con eso no podíamos contar para nada. Sin embargo, a uno no lo dejan del todo solo. A la mañana siguiente, estábamos en el puerto tratando de pescar cuando de golpe llegó un bongo con un indio y parqueó al lado de la canoa en que nos encontrábamos. Venía lleno de pescado. Nosotros mirábamos al pariente, como preguntándole qué era lo que había que hacer para sacar tanto, cuando en esas, sin saber có-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

mo ni por qué, dos de los bichos que traía dieron un salto, una vuelta en el aire y cayeron en nuestra canoa. Mario les puso la pata encima para ocultárselos al indio, quien no cayó en cuenta, y así nos ganamos el desayuno.

En Amanavén no sólo la policía sino todos los vivientes hablaban del oro, y tal vez por eso comenzó a tentarnos la vaina.

—Si no hay diamantes —decía Mario—, pues contentémonos con llevarnos unos cochanos.

Hicimos junta de socios y todos estuvimos de acuerdo en cambiar de profesión y de futuro, ya que al fin y al cabo era billullo lo que necesitábamos, y esa noche quedó formada la nueva empresa, que llamamos Sociedad Minera del Naquén. Ya con ese nombre entre las manos decidimos destapar la caleta, comprar aguardiente y emborrachamos para celebrar. Nombramos a Mario de presidente.

Al otro día, enguayabados, no nos quedaba sino el proyecto; pero bueno, era suficiente. El problema consistía en llegar a la Serranía de Naquén y en conseguir la plata para el tiquete, por lo que resolvimos hacer socio de la compañía a Fernando, llamarlo desde Puerto Inírida y contarlo que era miembro de la nueva sociedad.

El dueño de la casa donde habíamos guindado en Amanavén nos resolvió el problema del transporte hasta Inírida: él nos fiaba el pasaje y nosotros le pagábamos cuando hubiéramos conseguido el pri-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

mer frasco. Nos quedamos azules con el ofrecimiento, porque bastó que oyera de nuestra idea de irnos al Naquén para que nos ayudara, lo cual nos hizo pensar que oro sí había.

—Si no —sostenía Mario—, ¿quién iba a ser tan loco?

Esa misma tarde llegamos a Inírida, un puerto bonito. Hay un mirador sobre el río y una calle larga que se convierte en carretera y va a dar al aeropuerto. Tiene también parques, edificio para la comisaría, iglesia, alcaldía, puesto de la Armada Nacional, hoteles, todo tan distinto de lo que habíamos conocido. Lo único igual es que desde el momento en que uno pone el pie en la tierra, todo el mundo comienza a mirarlo, a calcularlo, a medirlo.

El hombre que nos había fiado el viaje nos llevó de una donde don Tomás, quien escuchó nuestra historia con paciencia y con detenimiento.

—Muy bien, muchachos —nos dijo—. Sigan para adelante que aquí hay para todos. ¿Qué necesitan?

Quedó de abrirnos una cuenta y de fiarnos todo lo que fuera menester, «aunque eso sí, nada de plata contante y sonante, sólo mercancías». Aceptó incluir en la cuenta, además de lo del viaje desde Amanavén, el cálculo de lo que necesitaríamos para un mes de trabajo, y se comprometió a tenernos todo listo al día siguiente, incluidos los costos del transporte hasta Maimache. La única condición era que en la mina tomáramos contacto con Malaver, su socio. La suerte estaba de nuestro lado.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Después de cerrar el negocio con don Tomás fuimos a llamar a Fernando por teléfono. Afortunadamente, el servicio entre Puerto Inírida y Bogotá es muy bueno: increíble, uno se siente como llamando desde Chapinero. Fernando se puso feliz de saber dónde estábamos y nos contestó que sí, que sólo necesitaba unos días para conseguir la plata del viaje y para estudiar la cosa del oro. Él siempre ha sido muy estudioso. En el colegio era el mejor en física y química y el que primero daba con la respuesta correcta en los exámenes. Mario le aconsejó averiguar por «la cuna californiana» en Ingeominas, un sistema que él había visto funcionar en Tarazá, Antioquia, cuando estuvo mineando por esos lados.

Fernando se nos unió unos días más tarde y entonces el problema era comer, porque eso no estaba incluido en el trato con don Tomás. Le estábamos dando vueltas al asunto cuando llegó Óscar con la noticia de que donde don Tiberio estaban ofreciendo mamona asada ya que al otro día, domingo, había elecciones, y para donde don Tiberio nos enfletamos. Era cierto: estaban repartiendo carne asada con cerveza en un lote situado en las afueras del pueblo y adornado con fotos de los candidatos y banderas del partido conservador. Todo muy bonito y todos muy amables. La mayoría de la gente eran parientes, unos borrachos y otros llenando la tripa como si nunca hubieran comido. Nosotros también nos llenamos y prometimos votar por los godos.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Medio borrachos andábamos cuando nos comentaron que, al otro lado del pueblo, los liberales estaban repartiendo aguardiente, y allá fuimos a parar. Había una gran rumba: banderas coloradas, voladores y aguarrás a dos manos, lo que nos indujo a prometer que también daríamos el voto por el gran partido liberal.

Los camaradas de la Unión Patriótica, asimismo, tenían su puesto para cazar votos, pero sólo daban refajo y, eso sí, discursos. Nos llenaron la cabeza de pura ideología, salimos dispuestos a votar por el nuevo partido y conocimos a muchos de los tipos que después nos encontraríamos en Maimache.

Nosotros nunca habíamos votado, aunque esa vez lograron comprometernos. Nuestro afán era llegar a la mina y los políticos de todos los pelambres nos pillaron tal necesidad y en ese punto martillaron. Pensamos engañarlos, pero al otro día, domingo, no había transporte y no nos podíamos mover de Inírida. Cuando salimos al centro nos estaban esperando para pedirnos la cédula a cambio de lo que ya nos habían dado y del favor que nos iban a hacer. El problema era por quién votar o, mejor, cuál de las promesas nos parecía más digna de tomarse en cuenta. El partido conservador era fuerte, ya que contaba con casi todos los puestos de la comisaría, pero el partido liberal parecía tener más gente, al tiempo que los de la Unión Patriótica eran muy organizados y, además, dominaban las minas. Un paso en falso y el proyec-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

to podía fracasar antes de empezar. Más aún: votar por uno de los tres significaba echarnos a los dos restantes de enemigos.

Hicimos una reunión urgente de socios. Mario era partidario de votar por el partido conservador, porque la comisaría estaba en manos godas; Óscar se inclinaba por la Unión Patriótica, y Jorge insistía en que lo mejor era no votar. Discutimos mucho. Almorzamos dos veces en cada kiosko político y, por último, decidimos votar cada cual por quien quisiera. Así cubríamos todos los flancos y, aprovechando el descuido de los vigilantes, logramos mojar el dedo sin que se dieran cuenta de por quién habíamos votado. Todos creyeron que lo habíamos hecho por su partido, y, tranquilos, nos fuimos a preparar los equipos y a hacer la remesa donde don Tomás.

Como los jefes liberales, conservadores y de la Unión Patriótica nos habían prometido que al día siguiente, lunes, nos engancharían en el puerto a las ocho de la mañana, nos parqueamos en el mirador desde temprano. Pensábamos: si no sale una cadena, sale la otra, y como en todas tenemos voto, alguna nos jala. Sin embargo, a las diez de la mañana nadie había llegado, a las dos de la tarde tampoco y a las seis menos, por lo que asoleados, derrotados y hambrientos decidimos pedirle permiso al capitán de un barco para guindar esa noche ahí mismo, junto al río.

Desde la madrugada del martes nos pusimos pilas a esperar a alguno de nuestros contactos para via-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

jar. Eran las nueve de la mañana, no obstante, y nadie había aparecido. El filo comenzaba a cercarnos, ya que no habíamos comido desde el domingo, y por tal motivo resolvimos echarle mano a la remesa y desayunar, a ver si así la espera se hacía menos dura. A eso de las tres de la tarde apareció uno de los comisionistas del partido conservador y nos contó que sólo hasta el jueves salía la volqueta de Huesito, porque tenía el carburador dañado y apenas ese día llegaba de Villavo el repuesto. Agregó que lo mejor era coger el avión hasta Caranacoa y de allá bajar por agua a las minas, lo que según él salía mucho más barato.

El avión, empero, nunca llegó, y la desesperación y el hambre comenzaron a cogernos presos. Mario principió a pelear con Óscar, Jorge con Arley, y cada cual se arrinconó en su hueco. No hablábamos. Por fin Mario propuso que saliéramos en lo primero que pudiéramos para Huesito y que de ahí echáramos a pie, con lo cual todos estuvimos de acuerdo. Volvimos, pues, a madrugar y a sentarnos en el mirador. Al mediodía un marinero nos dijo que don Israel saldría el sábado para Macure y que nos podíamos ir con él porque era paisano de don Tomás, nuestro protector. Buscamos a Israel y el hombre, muy formal, nos comentó que don Tomás ya le había hablado y que salíamos a las cinco de la mañana.

Todo fue fiesta esa noche. A las cinco de la mañana estábamos en el puerto. Don Israel sólo llegó a las diez, cuando casi habíamos perdido la ilusión

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

de viajar, y efectivamente nos embarcamos. Dos horas después estábamos en huesito con todo nuestro equipo.

Huesito son cuatro casas. Había allí ese día otra excursión que llevaba dos semanas esperando a que saliera la volqueta. Eran dos franceses y dos colombianos —uno de ellos médico— que iban a Maimache a buscar diamantes. Los franceses parecían expertos en la materia y venían de África, donde habían explotado una mina, cargados de cajas y herramientas que no les permitían moverse a pie. Muy buena gente. Habían hecho un campamento con carpas de camping y nos invitaron; intercambiamos experiencias sobre los diamantes, y estuvieron de acuerdo con nosotros en que tales piedras no se encontraban a orillas del Orinoco sino en las serranías. Total, nos volvimos a engomar con lo de los diamantes y convinimos con ellos en que si no se encontraban, quedaba siempre el oro. Íbamos, pues, a la fija.

Uno de los franceses, de nombre Cristián, era especialista en vinos y por la noche sacó unas botellas de un menjurje que había preparado hablando con los curripacos: una yucuta fermentado con quién sabe Dios qué yerbas y qué procedimientos europeos. Pero no importó. Carburó la vaina y nos emborrachamos todos. No sólo nosotros, sino todo el pueblo. Nos supo a gloria. Esa noche hicimos planes y, además de ganarnos la comida, organizamos otra compañía con los franceses y los colombianos que se lla-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

maría International Mines, y de la cual una parte nos correspondía a nosotros.

En Huesito nos demoramos tres días esperando la llegada de Miguel, el chofer de la volqueta, con el repuesto. De los franceses nos hicimos muy amigos y con ellos dimos en armar acaloradas discusiones sobre maneras de buscar diamantes. Al mismo tiempo, nos dedicamos a hacer cateos por toda la zona. Los franceses, el médico y Mario analizaban las muestras que nosotros les botábamos desde las profundidades, pero ninguna daba esperanzas. Ellos insistían, no obstante, en que en la propia Serranía de Naquén sí había.

Una mañana llegó el repuesto de la volqueta y la fiesta volvió a comenzar. Tomamos, brindamos y arreglamos todo para el otro día. El viaje sólo sería hasta el campamento, porque Miguel tenía que devolverse a cargar una mercancía de don Tomás. Al día siguiente madrugamos, organizamos el equipo y la poquita remesa que nos quedaban, nos metimos todos a la volqueta y Miguel nos cobró el pasaje a cada uno. Pero como nosotros no teníamos dinero, los franceses aceptaron prestarnos a buena cuenta del oro que sacaríamos en Maimache.

Esa noche dormimos en el campamento de Miguel. Nos costó mil pesos por cabeza y los franceses tuvieron que volver a ver por nosotros, con lo que ya les debíamos cincuenta mil. Al día siguiente cargamos el equipo, nos despedimos de los franceses y de

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

los colombianos que iban con ellos y rompimos la sociedad, aunque quedamos de volver a encontrarnos en Maimache. Nuestro destino era El Pato, un puerto cercano al caño Guamirza, a donde sólo se podía llegar por un camino sin un árbol: pura llanura destapada, un arenal. El sol nos quemaba por encima y la tierra por debajo. Ni una sola sombra. De tanto en tanto encontrábamos huellas de animales: venado, culebra, saíno. Una pezuña grandota que descubrió Mario se la achacamos a un tigre, porque nos habían dicho que por esa trocha habían matado varios. Agua había poca, pero morirnos de sed no: lo que molestaba era el calor tan sofocante y el deslumbre de la arena, sobre la cual caminamos hasta eso de las cinco de la tarde.

Cuando llegamos a El Pato, miramos para un lado y para el otro y nada. No había nadie. Todas las casas estaban desocupadas. Mirábamos por las ventanas, gritábamos, y nadie. Por fin, encima de una mesa, encontramos un juego de naipes completo y una Biblia en curripaco. Nos asustamos. Parecía que por El Pato hubieran pasado fantasmas. Hicimos una colada preparada, nos fuimos a dormir y como a las cuatro de la mañana oímos un motor: era el propio Miguel, con el viaje de don Tomás, pero sin los franceses. Nos dijo:

—Caminan ustedes, ¿no? Pensé que los alcanzaba. Si hubieran tenido un poquito de paciencia, habían llegado descansaditos.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—Sanovabich —le contestamos, y él se quedó muy intrigado, sin saber que en inglés quiere decir «¡su madre!».

De mañanita llegaron unos parientes que le iban a colaborar a Miguel por el Guamirza. Traían un racimo de cambul, o platanitos, que llamamos nosotros, y lo querían cambiar por sal. Como nos pareció buen cambio y como hacía días no probábamos una fruta, aceptamos y les dimos la libra de sal que llevábamos. Parece que el negocio les gustó ya que al rato —a pesar de los gritos de Miguel para que nos apuráramos—, llegaron con caímos, aguacates y piñas. Nos encantó la idea, sobre todo porque Óscar era muy dado a eso de las «dietas sanas».

En El Pato nos aguantamos dos días mientras cargaban los bongos —pura fruta—, y entonces comenzamos a sentirnos débiles y a vernos pálidos. Pero no hubo tiempo para contemplaciones. A las cinco de la tarde del segundo día Darío, el jefe de los indios, dio la orden de partir.

Había que cruzar el Guamirza de noche para no toparnos con la guardia venezolana, ya que si nos agarraban, la planera era fija. Iban cuatro bongos arrejados de dos en dos. Nosotros nos repartimos para que, si de golpe fracasaba alguien, los otros pudieran ayudar y dar aviso a las familias. Al agua no se podía uno tirar en caso de que la guardia lo pillara, porque había mucha estaca pequeña y filuda que podía engarzar y herir a cualquiera. El miedo era la regla.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Nadie hablaba. Sólo se oía el chapoteo de los remos que con toda suavidad movía el marinero. Así fuimos deslizándonos hasta que por ahí a las tres de la mañana Darío grito «¡Tierra colombiana!» Habíamos llegado a nuestra querida patria, en la desembocadura del Guamirza en el Guainía, sin tropiezos.

Poco tiempo después desembarcamos en Tonina. Hasta allí nos llevaba Darío. Teníamos que esperar a que bajara el bongo de un tal Alipio si queríamos continuar el viaje hacia Maimache. Para fortuna de todos, en Tonina había mañoco y hasta pescado moqueado, que cambiamos por la leche que llevábamos. Alipio debió llegar por la noche, porque cuando nos despertamos estaba trasbordando. Al rato salimos.

El hombre era un comerciante tenaz. Poco hablador, viajaba con motorista y marinero. Hacía un cambuche en la mitad de la lancha y se ponía oír música en una grabadora grande que cargaba. A nosotros sólo nos preguntó que por cuenta de quién íbamos. Le respondimos y nos dijo que nos acomodáramos y que no fuéramos a movernos mucho porque no quería trambucar. No volvió a dirigirnos la palabra, y se metió en su cueva a oír canciones «guascas» todo el camino.

En Tabaquén arrimamos para dormir. Nos encontramos con unos muchachos tolimenses que bajaban desilusionados y blanqueados y que nos dijeron que no siguiéramos, que nos devolviéramos, que íbamos para el propio infierno, que eso era terrible,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

pero a nosotros más curiosidad nos entró y no les hicimos caso. Además, Mario nos dijo que cuando un minero juraba que le iba mal, era porque oro había.

A Maimache llegamos casi de noche y lo primero que vimos fue un muladar lleno de botellas vacías de aguardiente, latas de cerveza y papeles. Un asco. Óscar, que era el que tiraba ecología, no salía de su rabia («no es posible que en la mitad de la Amazonia haya semejante basurero»), pero llevábamos demasiada hambre y demasiado cansancio para reparar en semejantes detalles.

En el puerto nos recibió el propio Malaver, quien nos estaba esperando. Conferenció con Alipio y nos invitó a guindar en su casa, donde mandó a preparar comida y, muy amable, nos señaló los sitios para dormir.

En Maimache no había en aquel tiempo sino cinco ranchos. Cada uno tenía un sitio dónde guindar y por eso era residencia; una mesa dónde comer y por eso era restaurante; unos estantes atestados de productos brasileños y venezolanos y por eso era tienda, y un mostrador con cerveza y por eso era bar. Todos disponían también de una gramera para pesar el oro. Cada tienda, por otra parte, pertenecía a un comerciante, dos de los cuales eran socios entre sí. Ese día no lo supimos, pero poco a poco nos dimos cuenta de que veníamos en la cadena de don Tomás desde Amanavén.

Malaver, un hombre serio, se puso en seguida a nuestras órdenes. Nos estudió primero para averi-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

guar qué queríamos, adónde íbamos, a quién conocíamos, y luego vinieron los ofrecimientos: remesa, herramientas, motobomba, guías. Después cayó en un largo silencio antes de hacer la cuenta de lo que necesitábamos, cuenta que podíamos aceptar porque él calculaba todo por lo alto, y al fin convinimos en que no nos diera sino la remesa.

—Sí —contestó—, pero además tenemos el viaje de Amanavén a Inírida, pagado por Tomás; el alojamiento en Huesitos; el transporte al campamento; el alojamiento en El Pato; el cruce del Guamirza y el viaje Guamirza-Tonina y Tonina-Maimache, lo que suma doscientos cincuenta mil cuatrocientos veinte pesos cerrados. Es decir, ciento veinte gramos.

Arley pegó el brinco, Óscar escupió, Jorge se quedó frenado en primera y Mario, más práctico en estos asuntos, comenzó a desmontarle la cuenta: de Amanavén a Inírida había sido un favor, entre Huesito y el campamento caminamos, etcétera. En fin, analista y psicólogo, buscó la manera.

Sin embargo, no había manera. Estábamos abrochados. Malaver no convenía ni aceptaba razones de ninguna clase. A Óscar se le ocurrió preguntarle:

—Y si no tenemos ahora para pagarle, ¿qué hacemos?

—Pues no, bien, no hay problema, nadie les está cobrando —dijo el otro—. Tienen un mes para quedar en ceros. En ese tiempo ustedes lo menos que sacan, trabajando poco, son quinientos gramos, pero

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

si trabajan duro me pueden pagar en quince días. De toda maneras, en una semana ustedes bajarán por su remesa, me hacen un depósito y así vamos arreglando.

—No crea que nosotros nacimos ayer —Jorge le cortó el chorro—. Vamos a poner la queja a la autoridad.

—Bien pueda —respondió Malaver—: salgan a buscarla y cuando la encuentren volvemos a hablar.

Quedamos mudos. Sin embargo, tocaba arreglar por las buenas, porque la única autoridad eran los demás comerciantes, y poco a poco nos fuimos calmando.

—En vez de afligirnos —remató Mario—, hagamos planes, carguemos pilas y salgamos mañana mismo, que el tiempo corre en contra nuestra.

Esa noche Malaver nos invitó a beber, pero sólo aceptamos después de que él nos jurara por todos los santos que no nos iría a sumar a la cuenta lo que consumiéramos. Mandó destapar una botella de aguardiente para cada uno y se sentó a tomar con nosotros sin dejar de administrar el bar. El oro se movía mucho. Todo mundo pagaba con el «precioso metal», como lo llamaban algunos. El billete poco se veía. Una botella de aguarrás valía dos gramos, y una cerveza dos rayas. El gramo tenía diez rayas, así que cada raya la pagaban a doscientos pesos, por ser menudeado. Las mesas estaban llenas de botellas de cerveza y aguardiente, y había también mujeres, que no supimos en ese momento de dónde salían. Una no-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

che valía de cinco a diez gramos. Lo peligroso era que todo podía ser conseguido a buena cuenta del oro que uno iba a sacar. De modo que una rumba completa, lo que se dice de todo a todo, no bajaba de quince gramos pesados en la gramera del bar. La cosa daba miedo, pero también tranquilidad: porque oro sí había, y eso era positivo.

En esos días estaba de moda Caño Polvo, y Malaver nos lo hizo saber. Se decía que fulano había sacado veinte gramos en una sola plancheta, que mengano se había enguacado, que perengano había coronado. Mario, en medio de la borrachera, decía:

—Mañana Caño Polvo, pasado mañana puro polvo.

La salida de Maimache, por lo tanto, fue un desorden. Comenzamos a cargar dizque cincuenta kilos cada uno y a la hora, es decir, en Minavieja, ya estábamos «mamados» y tocó aliviarnos de veinte kilos por cabeza, que le dejamos a guardar a don Ariosto, el dueño del sitio. Gastamos a La Piedra cuatro hora y otras cuatro a Caño Yucuta; ahí dormimos para madrugar y seguir, ya más organizados, y a las cinco de la tarde llegamos. Mario dijo:

—Bueno, muchachos, se acabó el paseo. Ahora, a trabajar.

¿Pero cuál trabajar si había más de doscientas pintas en ese sitio? Cambuches por todo lado, gente por todas partes, picos y palas, motobombas, bulla y barrancas. El juicio final. No había por dónde pasar, ni

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

dónde posar, ni dónde cocinar. ¡Parecía una manifestación!

Nos hicimos debajo de un palo a esperar a que a alguna de nosotros se le ocurriera alguna idea. Mario estaba desconcertado: ni en Uré ni en Tarazá había visto una mina tan agitada. Era un hormiguero. No sólo había colombianos; había también indígenas y, sobre todo, braches. Nos acomodamos para pasar la noche, pero poco pudimos dormir porque eso era una feria: el trago iba y venía. Todo el mundo bebía y celebraba, porque además ya habían medido el sitio y la mina sí pintaba.

Por la mañana, Fernando, Mario, Óscar y Arley hicieron una gira de observación general para ver cómo era el sistema y cuáles eran las reglas del juego. Afortunadamente, Óscar encontró a un viejo conocido llamado Rafael y con él regresaron. Nos explicó que lo que veíamos en Caño Polvo era lo de siempre: cuando revienta un caño todos abandonan el sitio donde están y corren al nuevo brote, y el que llega de último, como era el caso nuestro, se queda sin dónde trabajar.

—Esa es la sed del oro, la sed de la ambición —nos comentó el viejo—. La gente anda aquí en manada, para un lado y para el otro, porque en todas partes puede estar la fortuna, no importa si la zona está minada o está virgen. El oro se esconde y corre. Uno tiene que ir a atajarlo y a ponerle el tambre. El modo es andar, pesquisar, cortar, sacar y... gas-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tar, porque «quien no gasta no saca», un agüero que hay por aquí y que es cierto. El oro no se deja tocar de quien sea mezquino y avaro, porque su alma es correr. A quien trata de detenerlo, el oro lo golpea, lo arruina. Es muy esquivo. Si uno va detrás de su brillo sin otro pensamiento que el de guardarlo, se fuga. No le gusta estar preso. Por eso, cuando uno lo saca al mundo, sale a correr de mano en mano. Nadie lo puede detener, ya que es como un río. La manera de apuñarlo es amañarlo con más. A él le gusta amadrinarse. Uno puede gozar de él, pero nunca tenerlo y menos detenerlo.

Esa noche, la conversación con Rafael se acabó porque de pronto oímos unos tiros muy cerca y después la balacera se generalizó. Uno en un cambuche de plástico, con una hamaca como trinchera, sentía miedo. Nos tiramos al suelo y ahí nos quedamos quietos, siguiendo los consejos de Rafael, hasta cuando nos dormimos.

Rafael trabajaba la plancheta con una socia compuesta por dos braches, un paisa y él mismo. Las compañías casi nunca son de más de cuatro socios, sobre todo para tirar plancheta, un sistema en que dos pican y dos juntan el material. Cuando se ha sacado bastante, uno mancja el agua, otro arrima y dos lavan y después todos cortan y queman. La plancheta fue traída por los braches, porque en Colombia no se conocía, y eso era lo grave: que nosotros sabíamos barequear pero no conocíamos los métodos con que

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

se trabajaba en Naquén: ni la plancheta, ni la «mina corrida», ni la «mina barrida», ni «el molineo». Éramos legos en esos asuntos y, además, había otro problema: la gente que llega primero acostumbra picar una zona —*nacionalizarla*, se decía— para poder trabajarla sin que nadie se meta. Sin embargo, el tal procedimiento daba para muchos problemas, porque había unos que querían abarcar todo y otros que llegaban a sentarse en lo que ya estaba *nacionalizado*. Por eso eran las balaceras de noche y de día.

Caño Polvo estaba, pues, ocupado, y si nosotros queríamos trabajar teníamos por fuerza que acogernos a una socia. Nos pusimos a pensar, llamamos a una junta directiva, y como nada se nos ocurría, nos dedicamos a recorrer Caño Polvo. Mario nos enseñó a catear, como se dice en Antioquia, o a pesquisar, como se dice en Naquén, pero ninguno de los cateos pintaba. No daban ni rayita por viaje, porque lo que no estaba *nacionalizado* era lo que quedaba lejos del caño y en esos sitios no había oro.

La vaina se estaba poniendo jodida. Para adelante no podíamos seguir, porque así cambiáramos de caño no sabíamos bien las mañas del trabajo; y de para atrás sí que menos, porque en Maimache estaba Malaver; en el río, Alipio, y en Inírida, don Tomás. Mejor dicho, dijo el ratón cuando vio al león.

Un día en que todos habían salido a pesquisar, se arrimó un vecino a ver si le podíamos vender un poco de sal. Jorge, quien estaba de turno cuidando

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

el cambuche, le dijo que claro, pero que valía un gramo la libra. El otro sacó el frasco, pesó, pagó y Jorge se quedó azul. «Pues en vez de oro, hagámosle al negocio», pensó para sus adentros, y cuando llegó el resto del combo ya había negociado media remesa y tenía más de quince gramos ajuntados.

—El oro no es para tenerlo preso —dijo Óscar, recordando a Rafael—; vamos a Maimache por más remesa, abonamos algo de lo anterior y volvemos a traer más.

Y así fue la cosa desde ese día: ¡qué plancheta ni qué nada!

Fernando se quedó en Caño Polvo atendiendo el mostrador y los demás bajamos a negociar con Malaver. Llevábamos trescientos gramos, que era mucho más de lo que se le adeudaba al hombre por la última remesa, y a los dos días volvimos con más mercancía y la rematamos rapidito. A los mineros les convenía porque estaban en cosecha y más les daba la mina que el negocio, pero a nosotros nos pasaba lo contrario. En Maimache un paquete de cigarrillos valía dos rayas; nosotros le agregábamos el D.A., o sea, el doble ajuste, y lo vendíamos por cuatro.

Comenzamos a progresar. En cada bajada pagábamos algo de lo que debíamos y cada subida era ganancia asegurada. Ampliamos las líneas. A la comida le agregamos botas de caucho y medias con T.A., o sea, triple ajuste; después aguardiente con Q.A. y, por último, parque para revólver y pistola. A los tres

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

meses teníamos casa en Caño Polvo, pagábamos cargueros, le habíamos cancelado a Malaver y ya éramos bastante conocidos. Pensábamos abrir una sucursal en Caño Loco, que estaba poniéndose de moda.

Por esos días, no obstante, se vino abajo la afloración del oro. La gente comenzó a regatear precios primero, después a pedir fiado más de la cuenta y, por último, a demorar el pago. Cuando nos dimos cuenta teníamos más de medio millón de pesos en cartera. Los mineros comenzaron a desaparecer, abandonar el trabajo, hasta cuando un día, sin poder detenerlos, amanecimos casi solos. Hicimos junta directiva de urgencia y resolvimos que no había solución distinta a la de aprender a minear.

Como el metal se volvió escaso, las relaciones con los braches se pusieron muy delicadas. Eran más de doscientos en todo el Naquén colombiano y había mucho compatriota que, como nosotros, no encontraba sitio o que, si lo encontraba, tenía que compartirlo con ellos. No se trataba de mala leche nuestra, sino de la realidad. Los braches eran buenas personas, sabían trabajar y sobre todo nos enseñaban, pero no había tanto oro como para poder compartirlo. Nos tocó a todos los colombianos unirnos y organizarnos para darles un plazo, y ellos, sin protestar, se fueron.

Eso nos dio la entrada al territorio de Rafael, quien convino en asociarnos a todos en un equipo de seis y en abrirnos un campo en Caño Loco, don-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

de había *nacionalizado* su puesto. Comenzamos con mucha dificultad. Las manos se nos engarrotaban porque la briega era casi siempre entre el agua, los pies se nos desollaban por la misma razón y los músculos de los brazos se encalambraba constantemente. Con todo, aprendimos bien a planchetar, a sacar la mina corrida.

Rafael era bastante áspero y muy rígido. Nos tenía al corte y no nos dejaba descansar. El primer mes sacamos entre todos unos setenta gramos, lo que no estaba mal para ser trabajo de mina; el segundo mes mejoramos el promedio y sacamos más de cien gramos, y al final del tercer mes, cuando ya Rafael dijo que había que hacer circular la marmaja, bajamos a Maimache y duramos quince días bebiendo. Nos rumbeamos los frascos completos.

Cuando regresamos, el puesto estaba ocupado por unos vallecaucanos. Grave problema. No aceptaban la costumbre ni las reglas que todos reconocíamos. Era cierto que ellos habían encontrado la mina vacía, pero también lo era que existían trazas de explotación y que había hasta cambuche.

—Sin plástico —reviraban—, lo cual no era garantía de que hubiera vivientes.

Fernando, el más sabido de nosotros, les habló de la Constitución de Colombia, pero ellos alegaron que nadie les había impedido asentarse. Se discutió bastante, hasta cuando Rafael echó mano de una rula y los vallunos hicieron lo mismo. En esas se le ocurrió a Fernando decir:

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—No, la vaina no puede ser así, mejor llamemos a otra gente, a los mineros, y que ellos decidan.

La contraparte aceptó, ya que para ellos la cosa tampoco pintaba bien, y convocamos a una reunión ahí mismo, a la que asistieron más de cien trabajadores. Fernando, por parte nuestra, expuso nuestro derecho, y uno de ellos habló en su nombre. Argumentos van, argumentos vienen, hasta que la gente se puso de acuerdo a favor nuestro, pero con la condición de que se les consiguiera un puesto a los vallecaucanos. Quedamos hasta muy amigos.

Ese fue el principio de la junta de mineros. Como había mucho problema, la gente dio en llamar a los vecinos como se llama a la autoridad para arreglar las diferencias. Fernando fue el alma de la organización. Nos convenció de la necesidad de una autoridad para que juzgara las desavenencias, para que hiciera las leyes y castigara los excesos, y un domingo se efectuaron las votaciones. Sacaron elegidas cinco personas: presidente, fiscal y tres vocales, y en adelante todo problemita lo arreglaba la junta: diferencias por picas o por sitios, vainas de borracheras o de sociedades, cuestiones de derecho. Quedó prohibido disparar sin causa, *nacionalizar* extensiones demasiado grandes, y que el de arriba dejara caer agua al de abajo.

Los otros caños siguieron el ejemplo, y en cada uno hubo votaciones y nombramientos de junta. Como daba resultado, todo el mundo decidió imitar-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

nos y hasta se nombró una junta mayor para toda la Serranía de Naquén. Fernando era el organizador del movimiento. Sin embargo, en el nombramiento de la junta mayor tomaron parte los comerciantes, que vieron con muy buen ojo para dónde iba la cosa, ya que en algunas ocasiones se les habló de hacer bajar ciertos precios. Hubo elecciones generales y salieron a la dirección dos representantes suyos.

Con todo, la organización funcionaba y ayudaba. Se hicieron bazares y reinados, se compró un bongo y un motor y hasta se pensó en una cooperativa, lo que significó el fin de la junta de mineros, porque los comerciantes se sintieron afectados. El problema de fondo que hay aquí en Maimache es que los comerciantes ganan por lado y lado y los mineros pierden por lado y lado, de donde se deduce que no puede haber acuerdo. Al poco tiempo se realizaron nuevas elecciones y, a pesar de que había más de mil mineros y apenas unos diez o quince comerciantes, en la nueva junta directiva, de cinco miembros, quedaron tres comerciantes, que supieron darse mañas para que la votación los favoreciera. Todos los trabajadores les debían plata y con esa amenaza ganaron las elecciones. Ya los mineros no querían colaborar, la canoa y el motor se perdieron, el tesorero se fugó una noche con los fondos y el fiscal no rendía cuentas. Mejor dicho, acabaron con el embeleco.

Por esos días el trabajo de la minería se vino abajo. Los caños dejaron de echar oro, las afloraciones

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

eran escasas y todo el mundo se puso a pesquisar para encontrar una solución, aunque sin éxito. Los comerciantes de la junta decretaron que no podían seguir concediendo crédito mientras los mineros no pagaran lo que debían, y a los pocos días cerraron las tiendas. Los mineros brincamos ahí mismo porque, ¿cómo íbamos a trabajar sin remesa y, si no trabajábamos, cómo podíamos pagar? Esa vez casi hay bala. Estábamos listos a romper candados y asaltar las tiendas. El problema lo vino a resolver Jaime Burgos, un jefe de la Unión Patriótica que había venido a conocer la región y que se metió de por medio y calmó los ánimos. Nos dijo:

—Si todos somos pobres, si todos somos trabajadores, ¿por qué venir a matarnos entre nosotros?

Analizó las cosas, apaciguó los ánimos y organizó una nueva junta. Ellos tienen mucha práctica en eso: saben de leyes, de estatutos, escriben memoriales a máquina y conocen políticos. El tal Jaime había sido elegido al concejo de Inírida y tenía buenas palancas. Volvimos a reunirnos y a organizarnos, y al poco tiempo la Unión Patriótica trajo nuevos hombres a minear y a mover las cosas. Estaban encima de todo, conocían de minas y eran hasta muy amables y formales, lo que ayudó a que la junta se volviera más activa y de más vuelo. Se metía en todo; para todo encontraba solución; resolvía los problemas, hacía fiestas y daba charlas. A la gente la fue cogiendo esa corriente, porque sonaba distinta.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Las afloraciones también mejoraron. Se volvieron a sacar, en promedio, los dos gramos diarios, y se encontró la cochanera, donde había cochanos de buen porte. A nosotros nos iba muy bien porque topamos un filón bonito, con mucho depósito. Una semana alcanzamos a pesar los ciento cincuenta gramos entre todos, y cuando Rafael nos propuso comprar una motobomba para hacer mina barrida y aprovechar mejor el tiempo y el trabajo, aceptamos y nos metimos en una de dieciséis *hachepés* que costó doscientos cincuenta gramos. Brasileña, bonita y muy potente. Los antiguos socios de Rafael nos quisieron entrar al negocio; Óscar y Arley habían logrado hacer algún billete y decidieron irse a pasar vacaciones a Brasil; quedamos, pues, en la nueva sociedad sólo Rafael, nosotros, los Monos y un brache que nos pegó a lo último.

La mina barrida daba más, a pesar de que había que alimentar la máquina. La máquina ganaba una parte entera, así que la sociedad era de seis. Logramos en este tiempo sacar muy buen oro. La semana no bajaba de los cincuenta o sesenta gramos, pero asimismo se iban: gasolina para la máquina, remesa para nosotros, mangueras, malla, mercurio o azogue para ligar y, claro, trago cada quince días. Todo comenzó a subir porque a todos nos iba bien y los comerciantes se las pillan todas. Se ponen de acuerdo y colocan su tambre.

Un día estábamos removiendo una piedra grandísima cuando de buenas a primera alguien dijo:

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondimos sin voltear a mirar.

—Que buenas tardes —repitió la voz detrás de nosotros, y entonces reparamos en un militar uniformado y armado con uno de esos fusiles que muestran en la televisión.

Casi nos orinamos del susto. Estaba acompañado de varios hombres. Nos aclararon que pertenecían a las FARC, que no venían a perseguir a nadie, que querían colaborarnos. A primera vista nos parecieron buena gente: tranquila, sin malos ademanes. Conversaron un buen rato, se fueron por donde habían venido y no volvimos a verlos hasta la vez que bajamos a Maimache para asistir a un bazar citado por la Unión Patriótica. Allá nos reunieron y nos comunicaron que para evitar problemas habían prohibido el trago en las minas, lo mismo que las armas; que los ladrones y asaltadores debían irse de la región cuanto antes, o atenerse a las consecuencias; que los «sapos» podían acompañarlos, y que las guerrillas, aunque nunca abusaban de las armas, tampoco dudaban en dispararlas si se hacía necesario. Así se establecieron. Era un grupo de veinte hombres y cinco mujeres que andaban por toda la Serranía de Naquén. La gente les colaboraba, les daba lo que necesitaban y poco a poco echaron raíces.

Rafael fue el único que no comió cuento de los «muchachos». Tan pronto como los vio nos dijo:

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—Esto se dañó, porque detrás de ellos viene el gobierno y los que salimos perdiendo somos nosotros.

Trabajó unos pocos días más, nos vendió su parte y se fue.

Quedamos, pues, los cuatro con la máquina. Seguimos trabajando duro y parejo. La vaina dejaba, así la comida valiera, y en seis meses logramos juntar trescientos gramos libres de gastos: puro ahorro. Mario nos reunió y nos dijo que era mejor poner el pucho a salvo; Jorge se ofreció a llevarlo a Bogotá, arregló maletas y partió cargado con doscientos cincuenta gramos. Bajó el río muy tranquilo, junto con otros cinco trabajadores que también iban de viaje, pero al llegar a Guamirza los pescó la guardia venezolana, los puso presos, les ordenó quitarse la ropa, en la que llevaban escondido el oro, les dio una planera que casi los desuella y después los acusó de guerrilleros. A Maroa fueron a dar, detenidos y amoratados. De allí los iban a remitir a Ayacucho, pero al fin la autoridad cedió a los ruegos y los soltaron, devolviéndoles la ropa sin el oro, que dizque porque en Venezuela era ilegal. Ellos protestaron, pero entonces la guardia los acusó de narcotraficantes y los devolvieron al guacal hasta que aceptaron el decomiso. El pobre Jorge regresó a Caño Loco como a los quince días, pelado, maltratado y sin un gramo. Todavía cojeaba de una pata.

Caño Loco se acabó. No daba ni para costear la remesa, y mucho menos el combustible de la bom-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ba. Vendimos la máquina. Tocaba volver a planchetear, aunque así tampoco nos sosteníamos. El brache nos invitó al Peguá, en Brasil, y para allá cojimos. Decía que habían descubierto nuevas afloraciones, que se podía trabajar y que él tenía amigos que nos ayudarían. Resolvimos ir a conocer el extranjero, y llevamos cuarenta gramos de oro por si acaso. Nuestra idea era llegar hasta Manaos o, por lo menos, pegarnos la bajadita hasta São Gabriel.

En el Peguá esperábamos encontrar una ciudad, porque se hablaba mucho de la Compañía Panaparema, que explotaba esos yacimientos. Sin embargo, no había tal. Existía la casa de la administración, unas barracas donde se guardaba la mercancía y los cambuyones de los mineros, aunque no se disponía de luz eléctrica, como nos habían dicho, ni de automóviles, ni de tranvías. Había, eso sí, ingenieros y un administrador general, don Geraldo, ante el cual uno iba a denunciarse como trabajador y a pedir licencia para minear, pero nuestro brache, que era muy «legal», nos aconsejó que nos pusiéramos a trabajar directamente, sin tanto papel.

Encontramos un caño sin nombre, lo pesquisamos y salió muy rico, por lo cual nos animamos y abrimos mina. Jorge y Mario cogieron aguas arriba a buscar las cabeceras; el brache y Fernando se quedaron en el sitio. Arriba la pinta era mejor y el resultado prometía cada vez más, pero un día llegó una comisión armada de guardias federales brasileños a

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

citarnos a una reunión urgente. A los cuatro días bajamos a la Compañía, donde Geraldo habló muy bonito. Dijo que el Brasil sabía la necesidad nuestra y conocía nuestra situación. No obstante, añadió que las leyes de su país eran muy estrictas, que en ese territorio no podían trabajar sino indígenas y que, por lo tanto, nos daba veinte días de plazo para salir. Después habló el hermano de Geraldo, que era policía. Tenía un arma automática y nos dijo que había que cumplir la ley porque de lo contrario nos sacaba.

A nosotros no nos gustó esa amenaza porque los colombianos, por las buenas, manoseaditos, vamos a donde nos quieran llevar, pero por las malas se nos salta la sangre, Mario preguntó:

—¿Y desde dónde podemos trabajar? Porque entendemos que el Naquén también es colombiano. ¿Dónde queda la raya? ¿Quien la trazó?

El guardia contestó que la frontera era muy clara porque estaba amojonada, y un tal Carlos Rey, otro minero colombiano intervino:

—¡Los mojones no hace quince días los movieron ustedes! ¡Los echaron para atrás y se ganaron un caño de pura frescura!

Ellos no aceptaron y sostuvieron el plazo: veinte días para salir.

Los colombianos no sabíamos qué hacer. Carlos Rey propuso que llamáramos a las guerrillas para que vinieran a defender la raya y a poner los mojones donde eran; otros proponían escribirle al presidente pa-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ra que interviniera a nuestro favor, y alguno se atrevió a sugerir una solución más inmediata:

—Corramos nosotros mismos el mojón y nos ponemos detrás a defenderlo, a ver si de veras estos braches son tan echados para adelante.

Todos estuvimos de acuerdo con el hombre. Teníamos veinte días para preparar la defensa en la frontera.

Mientras llegaba la fecha continuamos mineando y pesquisando, pero a nadie le fue bien. Nadie logró enguacarse en una buena flor. Chispitas mateadas, mas ninguna corona. Eso desinfló los ánimos de pelear por el mojón y la gente dijo:

—Que venga el ejército, que para eso está.

Nos retiramos graneaditos y, antes de cumplir los veinte días, habíamos regresado sin poner problemas.

Volvimos a Caño Polvo unos días, y cuando estábamos allá comenzó a llegar prójimo a borbotones. Era una oleada que asustaba. Traían herramientas, máquinas y remesa que daba gusto. La pica a Maimache se volvió trocha, los cargadores no daban abasto y el negocio de hacer catumares se paró. En el puerto no había dónde dormir. Nosotros nos preguntábamos: ¿qué es esta locura?, hasta que descubrimos que hacía un mes o mes y medio, mientras andábamos por el Peguá, habían venido unos periodistas, engatusados por los comerciantes, para hacer un reportaje sobre la fiebre del oro en el Guainía con el objeto de que el país «adquiriera conciencia»,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

como dicen ahora, de las riquezas de Colombia. Llegaron unos muchachos y unas muchachas muy bien intencionados, con cámaras y equipo, y los comerciantes, haciéndose pasar por mineros, los alojaron, les llenaron la cabeza de exageraciones y los pusieron a comer en la mano. Los pobres periodistas, inocentes e ingenuos, apuntaban todo lo que los otros decían, y a los pocos días comenzaron a llegar los bongos llenos de gente a minear.

Si los forasteros coronaban, los comerciantes ganaban porque tenían la red de los negocios bien montada, pero si los forasteros no encontraban oro quedaban endeudados, como sucedió tantas veces, y al mes ya no tenían qué comer. Todo lo que habían traído fue a parar a manos del comercio: herramientas, máquinas, plata y el poco oro que pescaron. Nadie podía salir sin estar a paz y salvo, y a muchos pobres diablos les tocó bregar durante meses para devolverse.

Es que los comerciantes son muy sabidos. Cuando quieren pasar una remesa grande por el Guamirza, hacen correr la bola de que la guerrilla va a efectuar un asalto y la guardia venezolana se esconde en sus cuarteles de Maroa y no asoma ni siquiera las narices. Más aún: ellos son los que sapean a la guardia quién va a cruzar el Guamirza, a qué horas y qué lleva, y esto con el único fin de que las autoridades venezolanas decomisen el oro de bajada y las mercancías de subida. Así la gente se ve obligada a vender el oro en Maimache, para no pegarse el aventón, y

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

a comprar la remesa también en Maimache, porque de salida se la quitan. Los comerciantes monopolizan a las buenas o a las malas todo el negocio y todo el mundo cae en sus manos, hasta los «muchachos». Las guerrillas reciben colaboraciones de ellos, pero a cambio no pueden dejar salir a la gente sino cuando está a paz y salvo.

Los reportajes trajeron a la Serranía de Naquén no sólo a los rebuscadores, sino a entidades serias como Ecopetrol e Ingeominas, que desde esa época andan haciendo pesquisas. Aquí hay oro, no se puede negar, pero no en la cantidad que ellos sueñan, o que soñábamos nosotros cuando llegamos. Hemos podido ahorrar algo, aunque no mucho.

La idea que tenemos ahora es aumentar un poco el frasco y volver a Bogotá. Allá todos creen que estamos llenos de billete y uno no puede desilusionarlos, porque quedaría como un pendejo. Hay que llegar con unos puchos que por lo menos brillen y disculpen las ilusiones.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

6. Serafina

En el campamento de Los Monos estuvimos tres días, conversando con ellos, aprendiendo directamente las técnicas de la minería y gozando de un paisaje extraño y maravilloso. Durante el día salíamos a visitar otros puntos de trabajo, y por la noche escribíamos los diarios de campo.

Tuvimos la oportunidad de relacionarnos no sólo con las labores de la minería, sino con los personajes más insólitos y más corrientes de nuestro país. Muy cerca al sitio donde guindábamos había un paisa que tenía, como él mismo decía, «más recorrido que un palo de carpintería». Había trabajado en Remedios, Segovia, La Miel, Timbiquí y el Putumayo, sacando oro. Era realmente un experto. El oro de Maimache, según él, era de muy buena ley, «de 22 kilates», pero «muy mateado», razón por la cual no le veía perspectivas a la explotación artesanal.

—Cuando se acaben las afloraciones, sacar el oro de la peña será un trabajo para las máquinas y no para los hombres, y aun así quién sabe si se dé, porque este oro ha sido lavado por los siglos.

Nos relacionamos también con una pareja, Mabel y Óscar, propietarios de una sociedad minera. Él había ve-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

nido tras un título de concesión que su padre había logrado del gobierno años atrás, pero que en las condiciones de Maimache no tenía validez alguna. Mabel, por su parte, se había enamorado de Óscar y, aunque tenía proyectado viajar a Suiza para especializarse en educación infantil, escogió «el amor en el Guainía».

Conversamos con raspadores de coca del Guaviare, vendedores ambulantes de Bucaramanga, «impulsadores» de puerta a puerta de Pereira, choferes de bus de Bogotá, empleados bancarios de Cali, sindicalistas perseguidos de Medellín, ex agentes de policía de Barranquilla, profesores de primaria y secundaria en receso obligado, guaqueros de la Sierra Nevada, barequeros de Caldas, campesinos de Gachetá y Medina, braches de Belén y de São Paolo y, naturalmente, todo tipo de personajes: pillos, ladronzuelos, mafiosos frustrados.

El tiempo se nos acabó rápidamente. Nos había llegado la hora de regresar a la civilización, y cuando comenzamos a descender por las faldas de la Serranía de Naquén hacia Maimache nos dimos cuenta de que la pendiente era más aterradora de bajada que de subida, aunque hay que reconocerlo, menos agotadora. En el puerto nos detuvimos lo necesario para contratar el viaje y hacer los contactos tendientes a que la avioneta nos recogiera puntualmente en Macanal. Alipio se ofreció a llevarnos, previo acuerdo sobre el costo del trayecto.

Dos días nos tomó bajar por el río. La monotonía y la lluvia persistente nos adormilaban durante largos trechos, y el resto del tiempo lo dedicábamos a pensar cómo podíamos organizar el material que habíamos conseguido.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

En Puerto Inírida no nos fue fácil conseguir cupo en Satena para Bogotá. El avión salía dos veces por semana y nuestro viaje quedó condicionado a que alguien renunciara, se enfermara o llegara tarde al aeropuerto. Teníamos, sin embargo, interés por ampliar el tema de la cuestión indígena, y con este objetivo entrevistamos a Serafina, una «pariente» que habita en Los Cocos y que goza de inmenso prestigio en su comunidad.

Serafina

Yo soy nacida en Piracuariá Papurí, en el corazón del río Paurí, que hace aguas en el Vaupés. Soy de Colombia. Mi padre era también colombiano por ser desano, y mi madre era brasilera por ser tukano. Antes de morir mis abuelos, vivíamos al otro lado de la frontera y yo estudiaba en el internado de Yabaraté, otro río que va al Vaupés desde el Brasil.

A mis padres los habían casado los monfortianos de la misión de Mitú, pero se fueron a vivir con la gente de mi mamá, al lado del Brasil. Sin embargo, cuando el papá de mi padre, que era cacique, murió, los monfortianos nos fueron a traer para que la gente del Papurí no quedara sin cabeza. Mi mamá no quería vivir en Colombia, porque el padre de ella también era cacique. Los curas nos llamaron y nos llamaron, pero mi papá no atendía, hasta que un día llegaron a traernos con la policía.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Yo hablaba ya portugués. Tenía cuatro entendimientos: desano y tukano, español y portugués. Mi papá tenía sus conucos y su trabajo, y mi mamá su comunidad. Hicieron un trato con los monfortianos. Nosotros, los niños, nos veníamos para Colombia al internado, y los viejos se quedaban. Entonces nos echaron a mí y a mis siete hermanos para el internado de María Reina en Mitú, con la condición de que en vacaciones pasáramos al Brasil.

Así fuimos creciendo. Sin embargo, un día la autoridad de Brasil dio en escarbar heridas y comenzó a perseguir a mi papá porque era colombiano. En la zona del Papurí, el río baja dando vueltas y hace codo para echar aguas en el Vaupés. El tal codo es reclamado por Brasil, aunque es colombiano. Los padres de mi mamá tenían sus malocas en Brasil y sus conucos en Colombia, y ese ha sido el conflicto. Antes, cuando yo no había nacido, había guerras por la raya. Los brasileros siempre han reclamado el Papurí y Colombia también. Yo no viví esa guerra, pero la guerra no fue cuento.

Llegaron las autoridades del Brasil y corrieron la raya, y después llegaron las autoridades colombianas y la pusieron en otro sitio. Hubo matazones de gente antigua. Indígenas cayeron muertos por cosa que no era de ellos, pero como estaban ahí, los mataban los unos y los mataban los otros. La autoridad que llegaba primero mataba, y después, cuando llegaba la otra autoridad, también mataba. Hasta en San-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

ta Marta, que llamaban, tierra colombiana, mataban, aunque hay que decir que los colombianos no mataban a todos. A las mujeres jóvenes que podían parir las escogían y se las llevaban para preñarlas y poblar la tierra con sus hijos. Eran conquistadores. Los indios se demoraron en contestar, pero al final sacaron sus armas y hubo sangre por parte de ellos. Fue otra guerra, o sea, una guerra entre otra guerra, como son siempre las guerras. Hay mucha historia de lo que ocurrió, porque hubo mucho derrame de sangre. Yo vine a entender después que lo que había no era frontera sino siringales, y que esa era la batalla.

Decía que los brasileros comenzaron a perseguir a mi papá, a no dejarlo tranquilo. Los monfortianos estaban en la misma, porque querían que volviera a Colombia para ser la cabeza de su gente. No obstante, mi papá estaba amañado con mi mamá, tenía sus canucos y a él no le servía el negocio. A pesar de eso volvió, y cuando él volvió lo recibieron como cacique, lo entrenaron, le dieron todas las costumbres antiguas y así pasó el tiempo.

Ya con mis padres cerca, me aburrí en el internado. Los curas nos tenían muy vigilados, no nos dejaban ni de día ni de noche, nos seguían los pasos y nos castigaban cada vez que pensaban que estábamos haciendo algo nuestro. Yo gozaba escapándome y escondiéndome para hacer lo que veía hacer a mi papá. En ese tiempo no sabía lo que él hacía, ni por qué lo hacía, pero yo lo remedaba. Con otros internos

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

practicábamos las cosas a escondidas, y en las vacaciones les preguntábamos a los viejos sobre tradiciones antiguas para llevarlas al internado y poder jugar a nosotros. Ese era el juego, y así aprendí.

Cuando llegábamos a la casa y había fiestas, me ponía feliz. Mi papá era muy adelantado, muy ágil, muy soberano, muy de todo, y todo me lo enseñaba, a pesar de que las hembras no contábamos de a mucho. En las celebraciones teníamos que preparar chicha, que hacíamos con chontaduro, patata, piña y yuca dulce y brava, maíz y plátano. El pescado y la carne los moqueábamos. Los hombres salían a traer la carne mientras las mujeres hacíamos la chicha, y esa era la señal de la fiesta. También había que alistar el casabe, el mañoco, el plátano y el ajicero. Mi papá llamaba al payé para que preparara el yagé, el yopo, porque no era cualquiera el que podía prepararlo. Sólo los que sabían curar estaban capacitados para eso, lo mismo que para disponer el caspilpara, la borrachera y la coca destinada a mambear, que era muy respetada.

La preparación del bastimento y del yagé duraba días. Todo el mundo tenía que hacer algo para recibir a la gente que iba a venir, ya que se entendía que las fiestas eran para eso, para recibir a otra comunidad.

Cuando ya estaba todo listo, mi papá llamaba al payé para que hiciera las adivinanzas y éste sacaba una piedra brillante, como una esmeralda, aunque blanca, para mirar por ella. Era una reliquia muy an-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

tigua que los payeces tenían de tradición y que, según me contó mi papá, otras piedras parían de su centro. Blanca, transparente, se podía ver a través de ella y, cuando salía el sol, el payé la ponía en un lugar especial para observar si la gente invitada venía armada o con malas intenciones contra nosotros. El payé, o sea, el Gran Tallero, decía mirando la piedra contra el sol: «Vienen con vida, vienen así, vienen por tal parte, preparemos tal cosa, tal otra».

Una vez había una fiesta, un encuentro entre tribus, en un sitio que llaman Santa Lucía. Nos fuimos todos para allá: mujeres, niños y viejos, todo el caserío. Se hicieron malocas para cada cosa: una para los invitados, otra para nosotros, otra para el bastimento, otra para las armas. El Gran Tallero le había dicho a mi papá lo que iba a pasar, pero eso no era de evitar sino de preparar. No se puede resistir el destino: sólo conocerlo.

El día del encuentro entre las tribus, mi papá se levantó muy temprano. Yo lo sentí y me le puse al corte, ya que como mujer era muy curiosa, el mar de la curiosidad. A mi papá no le gustaba que yo andara mirando lo que él hacía. Era muy delicado, muy reservado. Se levantaba siempre a la una de la mañana y yo me iba detrás a mirar lo que hacía y luego le preguntaba a mi mamá por qué hacía las cosas así. Ella me explicaba y por eso aprendí mucho. Él decía que si yo hubiera nacido varón me habría dado las guías, pero que como mujer no las podía recibir porque las

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

perdía, ya que toda mujer es curiosa y la curiosidad, con los mismos ojos que recibe, cuenta. La curiosidad es la ligereza y no se puede ser ligero para guardar secretos, para tener poder. Por eso las mujeres no podemos ser cabezas, ni capitanes, ni payeces. Una no tiene el valor suficiente.

Mi papá se levantó ese día a la una y se reunió con el payé. Encendieron una hoguera grande, se sentaron alrededor con las piernas cruzadas y se pusieron a conferenciar en su dialecto. El Gran Tallero le contó a mi papá que la tribu que iba a reunirse con nosotros venía con la intención de hacernos una emboscada y que teníamos que estar preparados. Cantaron y rezaron, cogidos de las manos, hasta que amaneció, y cuando cayó el primer rayo de sol se fueron al agua a hacer el sacrifico. Se metieron al río, hablando duro entre ellos, como si nadie los mirara, y comenzaron a sacarle sonidos al agua, tocándola, azotándola, silbándole. Le cantaban al agua con las manos para que ella, que era la vida, les respondiera, y en esas estaban cuando llegó el guía gritando.

—¡Uuuíííí, uuuíííí!

Entonces el payé le dijo a mi papá que la otra tribu venía con toda su energía, pero no podría vencer. Oraron y se salieron del agua a fumar un tabaco grande como un brazo que el payé tenía preparado. Sólo él podía sembrar la mata del tabaco, y sólo él podía fabricar el cigarrón.

Después del tabaco se fueron a desayunar, y cuando estaban terminando les avisaron que habían lle-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

gado los invitados. Todos salimos al puerto. Mi papá se había puesto su plumerío y sus joyas, llevaba su bastón de mando e iba todo de amarillo, para recibirlos en son de paz. En el puerto se saludó con el otro capitán, que venía igual, y con el payé de ellos. Un gran saludo. Ambos hablaban con su mando y con su bastón, y después de felicitarse caminaron hacia donde habíamos puesto los asientos y comenzó la fiesta: los capitanes con los capitanes, los payeces con los payeces, las mujeres con las mujeres de los capitanes, los hombres con los hombres, los niños con los niños. Todos teníamos un sitio.

Después aparecieron los regalos. Mi papá le regaló al otro capitán una plumería de guacamaya, tucán y garza, y el otro capitán le regaló lo mismo a mi papá. Acabado lo de los regalos, los mayores se pusieron a conferenciar y los niños nos fuimos a jugar. Para conferenciar, los capitanes tomaban una especie de yagé que se llamaba quiquimi y se pasaba en unas conchitas. El quiquimi servía para poder sentirse el otro y conocer sus intenciones. Los capitanes bebieron y se pararon rectos, uno al frente del otro, como midiéndose mutuamente; luego se sentaron otra vez, con las piernas cruzadas, y cada uno sacó el tabaco que tenía para que el otro se lo fumara. Era el mismo cigarrón grande que había visto en el río. Después comenzaron a hablar su lengua y a intercambiar gestos que sólo los mayores comprendían. Yo le pregunté a mi mamá que para qué hacían

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

eso, que para qué movían tanto las manos, y ella me contestó:

—Están demostrándose su capacidad, su respeto, su merecimiento.

Al rato mi papá ya pudo recibir a toda la comunidad, una ocasión para la cual se encendía una hoguera grande y se prendían los paramanes, que eran como cirios indígenas.

Entonces se inició la fiesta. Mi mamá sacó una totumada de chicha y se la ofreció a la mujer del otro capitán, y cuando ella tomó y se la devolvió a mi mamá, con mucho respeto, todos comenzaron a beber. Se bebía uno por uno y la totuma se pasaba de mano en mano. Mi mamá me dijo que todo eso había que hacerlo con mucha seriedad y paciencia, porque recibir a la gente era una gran responsabilidad de todos. La chicha que nosotros hacíamos representaba a nuestro pueblo, y por eso había que prepararla y servirla con mucha atención.

La otra gente también tenía su chicha y con ella realizaba la misma ceremonia. Primero se la ofrecieron a mi mamá y luego todos tomaron por turnos, y cuando la totuma quedó vacía, mi mamá pasó a la mitad del círculo y le ofreció obediencia a mi papá. La mujer del otro capitán hizo lo mismo. Después se siguió bebiendo la chicha hasta que el payé tocó el yapurutú, una flauta sacada del cacho del venado.

Y ahí comenzó el baile. Primero los hombres nuestros, más fuertes, y luego los de ellos; después

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

las mujeres nuestras, luego las de ellos, y por último los viejos. Se hicieron filas y se bailó, los unos enfrentados a los otros, como simulando una batalla, hasta el amanecer, cuando todo el mundo se cayó de la borrachera y se quedó dormido. Fueron tres días de baile en que nosotros tratamos de vencerlos a ellos, y ellos a nosotros.

Empero, ninguno de los dos bandos vencía. Estábamos a la par. El último día, el tercero, el contrapunteo tenía ya mucha fuerza y el otro capitán quiso madrugarnos. Mi papá se fue a orinar, y cuando aún estaba con las manos ocupadas le cayeron cuatro guerreros enemigos. Él, que también era un guerrero y conocía la fuerza, les dijo que lo atacaran de frente y no por la espalda, y en ese momento nuestra gente oyó y se formó la batalla. Mi mamá abrió la maloca donde estaban las armas, las flechas, las lanzas y las cerbatanas, y comenzó la guerra. Fue un enfrentamiento a muerte. Las mujeres y los niños les dieron campo a los hombres y a nosotros nos metieron en la misma maloca donde se encontraban las armas con el propósito de dejar a los guerreros solos. Mi papá los dirigía. El otro capitán mandaba a los suyos. Ambos se cambiaron las plumas amarillas y se pusieron las rojas de la guerra. Se peleó durante todo el día, hasta que llegó la noche y nuestros adversarios salieron huyendo.

A los pocos días mi papá se reunió con el otro capitán y le hizo saber que como habían sido venci-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

dos y doblegados, tenían que pagar o darnos un tributo, un regalo grande, porque nosotros habíamos perdido buenos guerreros, y que si no aceptaban, los obligaríamos a ser nuestros esclavos. Ellos aceptaron por fuera, pero no por dentro, ya que su payé era un hombre malo, y además muy poderoso.

Mi papá era el más guerrero, el más fuerte y el más hábil, pero tenía una debilidad que consistía en que mi mamá no le había dado hijos varones con los cuales poder continuar su poder. Nadie lo podía heredar. Yo, aunque supiera y quisiera, había nacido mujer y no servía para recibir la tradición antigua, y por eso mi papá había engendrado un hijo con otra india. Era un secreto que sólo podía saberse cuando mi papá muriera, pero el payé de los otros lo descubrió y resolvió atacar por ahí. Y como sabía manejar la fuerza del rayo, que es a la vez la fuerza del agua, la fuerza del sol y la fuerza de la luna, viajó con la fuerza del rayo a estrellarse con mi hermano y lo mató.

Mi papá quedó muy débil y muy acongojado, y para que no lo venciera el dolor tuvo que convertirse en tigre, que es la fuerza gemela del rayo, Se fue para la selva y ayunó durante treinta días; sólo podía comer casabe de algodón preparado y llevado por una mujer virgen que no hubiera tenido la menstruación, una mujer-niña escogida por nuestro payé; debía rezar en esos treinta días con los dedos sobre las sienes, acumulando fuerzas hasta que sus músculos se convirtieran en sentidos, sus sentidos en espíritu y su

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

espíritu en tigre. Ya de tigre, atacó a la comunidad enemiga y mató a los tres payaces más importantes.

Sin embargo, los otros se vengaron mandando una oleada de males. Los niños tiernos se morían, las mujeres y los hombres también, y una epidemia de granos amenazaba con acabarnos. El hermano de mi abuelo, que era otro gran capitán, llamó a mi papá y le dijo:

—Entierra a los muertos en sus malocas y vete, porque vas a ser vencido.

Mi papá obedeció, y con la gente que le quedaba viva y sana nos fuimos del Vaupés. Salimos primero a explorar, a buscar un territorio que nos pudiera alimentar y donde no encontráramos enemigos ni nuestros enemigos pudieran encontrarnos. Cruzamos por el alto Vaupés al río Querarí, cargados de catumares, y volteamos a buscar el Papunagua hasta Puerto Solano; ahí descansamos nueve días, para hacer canoas y bajar por el río al Inírida, donde vivía un sobrino de mi papá.

Mi viejo llevaba la idea de hacer comunidad en ese sitio. Ambrosio, el sobrino, nos recibió con mucho ánimo, pero desde el comienzo se le notó algo raro. El día que llegamos no quiso probar yagé ni tomar chicha. A su hija que tenía ya la edad, no la había encerrado como hacíamos nosotros; no acataba esa ley, y mi papá empezó a preocuparse porque además leía mucho. Se mantenía hojeando la Biblia y cantando himnos todo el día. Nosotros sabíamos de Sophía

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Müller, que era lo que él escondía, y un día se lo confesó a mi papá. Discutieron y quedaron enfrentados. Después se enfermó una mujer y Ambrosio dijo que había que rezar para que Dios la sanara y se obrara la gracia. Mi papá replicó que si el saber de los indios se reemplazaba por el de los blancos, nadie nos podía salvar, y que la fuerza de los indígenas estaba en las creencias antiguas que Ambrosio estaba rompiendo. La mujer, mientras tanto, no se curaba. Ambrosio rezaba y leía la Biblia y una noche mi papá lo encontró dándole pastillas. Él quería curarla con la droga que le daba Sophía, pero sin decirlo, para que apareciera como un milagro de Dios. Se descubrió la mentira. Mi papá lo trató de embustero y nos fuimos peleados para un sitio que llamaban Nuevo Morichal, sobre las costas del Inírida.

Allá llegamos a levantar conuco y a sembrar la yuca, la piña, y el ají. No faltaba ni el pescado ni la cacería. A los pocos días nos alcanzó el resto de la comunidad y nos instalamos, pero al cabo del tiempo nos tocó irnos porque descubrimos que cerca había una tribu de macuses, unos indígenas altos y monos que viven del monte: no siembran nada, se alimentan de pepas y cogollos, no prestan servicios como uno, viven en manada y sólo salen durante el verano. No obstante, lo peligroso es que son también caníbales. Atacan de noche y todo lo que cogen se lo comen, así sea otro indio, por lo cual son muy temidos. Mi papá dijo:

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

—Pues nosotros no vamos a dejarnos almorzar —y nos fuimos más abajo, a La Ceiba.

Cuando llegamos aún no habían aparecido los monfortianos, que arrimaron como a los dos años, cuando nosotros ya nos habíamos fundado y teníamos buenas conuqueras. Sin embargo, lo que nos tenía cansados era que en La Ceiba no había ni cuani, que es un palo del que se extrae el jabón para lavarse el cuerpo. Es que el Inírida es más que todo arena, y allá la selva no nace tupida ni abundante. Nosotros ya estábamos organizando el regreso al Vaupés cuando llegaron el padre Félix Cuervo y el padre Toribio Gil, que venían a fundar un pueblo para trancar a la señora Müller. Mi papá aceptó quedarse para ayudar a levantar la fundación, con el compromiso de que los monfortianos nos respetaran y no nos rompieran las tinajas, ni nos desenterraran los muertos, ni nos prohibieran la chicha. Los curas convinieron, se cerró el negocio y sólo aceptamos el catecismo, porque mi papá no le tenía miedo a que la gente repitiera cosas como los loritos.

Pues bien, en La Ceiba se hizo el trazado, la casa cural, la capilla y el internado. Los curas nos pagaban por la madera y por el trabajo, y una tal Amparo Gallo me enseñó enfermería y a medio leer. Para nosotros, los monfortianos no eran nuestros enemigos; nuestros enemigos eran los evangelistas de Sophía, porque querían corrompernos.

En esas mi papá murió y para mí la vida cambió. Lo enterramos como él quería, a la manera antigua.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Hicimos un hoyo en el centro de la maloca y le colocamos encima sus armas, sus plumas, mañoco, agua, y el ajicero.

Con mi papá enterré lo que me quedaba de costumbres y al poco tiempo me casé y quedé esperando. El marido era curripaco, vivía en El Coco y había subido a buscar fibra por el Inírida, porque en ese entonces comenzó la fiebre del chiqui-chiqui. Tenía una cuadrilla para trabajar. Iban a la selva, cortaban la fibra, hacían los conos y luego los llevaban a Amanavén, a donde llegaba don Alfredo Marín a comprarlos. Don Alfredo los avanzaba con panela, ropa, cuchillos, aguardiente y linternas, y a cambio el marido le devolvía la fibra. Un kilo de chicha valía cincuenta centavos, un pantalón diez pesos, una botella de aguardiente doscientos, y siempre se le salía debiendo al hombre. A mí se me hacía pendejada tanta porfía, pero dejaba a ver si el marido se daba cuenta.

Don Alfredo, además, lo llevaba a votar. Él fue quien trajo por aquí a los políticos, porque antes eso de liberal y conservador ni se oía. Don Alfredo había sido dizque chusmero liberal en los Llanos, y cuando llegaba a hacer sus negocios, a comprar fibra, lo primero que hacía era gritar:

—¡Viva el partido liberal!

Los indígenas creían que era el saludo, y ellos mismos se acostumbraron a saludar gritando ¡viva el partido liberal! El día de las elecciones Marín salía con sus bongos a recoger indígenas por los ríos,

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

y al que no se embarcaba no le volvía a comprar la fibra. Obligaba a la gente a votar a la fuerza y, no contento con eso, marcaba a los indios con una ele grandota y roja en el brazo en señal de que pertenecían al partido liberal.

Marín también dividió el Inírida en parcelas, y a cada cuadrilla de indios avanzados le daba un pedazo de selva. El chiqui-chiqui comenzó a escasear, porque una mata dura veinte años en crecer y en una sola peluqueada le quitan lo que ella ha hecho en tres. Así que no había cómo. La fibra había que ir a buscarla cada vez más lejos, las palmas daban menos y Marín era cada ve más ambicioso, por lo que le salió otro gallo al ruedo: el señor Guarín.

Al principio fueron socios, después disgustaron y pelearon, aunque no se trató de una pelea de puños sino de una guerra. Marín le robaba los conos que el otro dejaba en el puerto, Guarín reviraba incendiándole los bongos, cada cual formó un ejército y se encendieron a bala. El gobierno tuvo que intervenir cuando Marín le prendió candela a la bodega de Guarín en Santa Rita, mató al mismo Guarín y amenazó con una revolución. El hombre se cebó, se sintió rey y creyó que todo lo podía hacer, pero el ejército no es ningún pintado en la pared y lo derrotó, obligándolo a huir al Brasil.

Poco tiempo después llegaron los comisarios a fundar Puerto Inírida. Subieron a La Ceiba, mas no les gustó el sitio porque rebalseaba; bajaron a El Co-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

co, y tampoco. Por último resultaron fundándolo en Las Brujas, una comunidad de curripacos mandada por el capitán Agapito. Él aceptó y comenzaron a hacer el pueblo. Trajeron gente de todas partes: de Caranacoa, de Tacuaré, del Alto Inírida. Nosotros también fundamos el pueblo y, al tiempo que el de los comisarios crecía, crecía el nuestro. Hicimos calles para los curripacos, para los puinaves, para los tucanos, para los desanos, para los guananos. Cada familia hizo su calle y formamos una comunidad grande de indígenas.

Sin embargo, ahí comenzó otra lucha, porque yo no quería que nos separáramos por tribus sino que todos formáramos una sola familia, cosa que no les gustó a los políticos de Inírida, que buscaban era dividirnos para poder dominarnos y ponernos a votar por ellos. Pero como yo nací guerrera, me opuse a dejar que nos usaran. Los políticos venían a comprarnos con tejas de zinc para que untáramos el dedo, y yo les decía a mis hermanos que las tales votaciones eran como preguntarle a un condenado a muerte si quería que lo fusilaran o lo ahorcaran. El asunto consistía en si nosotros podíamos organizarnos a nuestra manera o no, y en si teníamos o no derecho a la región.

Hicimos una votación entre nosotros, casa por casa, y salí elegida como representante de todos para llevar la vocería ante el gobierno. Monseñor Belarmino Correa nos regaló una partida para organi-

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

zarnos, trabajar por el bien de la comunidad y sacar el pueblo al otro lado haciendo obras. A los políticos no les gustó el asunto y, durante unas elecciones, me cogieron presa dizque porque yo estaba llevando a los indígenas al comunismo.

—Yo de eso no entiendo —les dije—. Lo que defiendo es el derecho a la tradición, el derecho a respetar, y a hacer que se respete, la sangre que corre por nuestras venas.

Me metieron a la cárcel. No tardé mucho, la verdad sea dicha, porque ganamos un concejal y al poco tiempo me tuvieron que soltar. Y ahí vamos. No es que se vea muy bien para dónde, ya que no nos quieren respetar nuestros derechos. El respeto por los otros se hundió en sangre y no veo cómo salir del hundidero en que estamos. Al que defiende sus derechos lo tachan de una cosa o de otra, y con eso tienen para declararlo fuera de la ley y perseguirlo. Y así, ¿qué podemos hacer? Yo veo todo muy negro. Una nube de guerra amenaza a Colombia.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

7. Epílogo

Nos quedamos pensando en la última frase de Serafina, y pensando en ella regresamos a Bogotá. Nos faltaba escribir lo que ustedes acaban de leer. No fue fácil.

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Glosario

A la cola: encima de uno
Aparato: kilo de coca
Araguatos: micos
Arriscar: alcanzar
Azoque: mercurio
Billullo: dinero
Bolones: balas grandes de caucho
Brache: brasileño
Cabuco: mestizo
Cachifo: muchacho
Camello: trabajo
Cambuche: rancho
Cambuyón: rancho
Canalete: remo
Capure: árbol
Casabe: arepa de yuca brava
Catear: explorar, probar
Catumares: canastos
Catumero: cargador de canasto
Cochano: trozo compacto de oro

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Conuco: habitación indígena
Curiaca: brujo
Curiara: canoa pequeña
Curripaco: tribu del Orinoco
Chalana: barcaza
Chupa: remolino pequeño
Desanos: tribu de Vaupés
Enguacar: hallar guaca o tesoro
Escarapelar: pelar
Fariña: yucabrava
Gecho: vicjo
Geral: tribu brasileña
Guananos: tribu de Vaupés
Guates: gente de la cordillera o del interior, a decir del llanero
La plancheta: técnica de minería
Manila: cable
Manilia: apellido
Moñoco: yuca brava en grano
Marmaya: joya
Martillar: accionar armas
Matear: esconder entre matas
Moquear: ahumar
Moqueado: carne ahumada
Moya: remolino grande
Parque: cápsulas para armas
Plan, planera: golpear con machete
Plante: dinero para negocio
Pariente: indígena

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Payé: brujo
Pendare: resina para chicle
Pesquisar: explorar, investigar
Piapoco: tribu del Orinoco
Picuriabar: huir
Puinares: tribu del Orinoco
Raya: gramo de oro
Rebalsear: rápidos cachivaras
Siringa: caucho
Siringar: extraer el látex del caucho
Surales: montículos pequeños propios del Llano
Tambre: colador
Tallar: repartir naipe
Valisa: frontera, límite
Vitrola: tocadiscos
Yagé: planta alucinógena
Yopo: planta alucinógena
Yucuta (yocuta): bebida de yuca brava
Zacura: aparato para abrir huecos en tierra

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Otros títulos publicados en Punto de Lectura

El tambor de hojalata
Günter Grass

Un bel morir
Álvaro Mutis

La caverna
José Saramago

El hombre duplicado
José Saramago

Fragmentos de amor furtivo
Héctor Abad Faciolince

El signo del pez
Germán Espinosa

Conversaciones en la catedral
Mario Vargas Llosa

La casa de las dos palmas
Manuel Mejía Vallejo

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Rayuela
Julio Cortázar

La ciudad y los perros
Mario Vargas Llosa

La fiesta del Chivo
Mario Vargas Llosa

Pantaleón y las visitadoras
Mario Vargas Llosa

La Oveja Negra y demás fábulas
Augusto Monterroso

La muerte de Artemio Cruz
Carlos Fuentes

Ensayo sobre la ceguera
José Saramago

Ilona llega con la lluvia
Álvaro Mutis

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

La piel del cielo
Elena Poniatowska

Almas en pena, chapolas negras
Fernando Vallejo

Las tretas del débil
Piedad Bonnett

La tía Julia y el escribidor
Mario Vargas Llosa

Memorial del convento
José Saramago

Todos los nombres
José Saramago

La balsa de piedra
José Saramago

El maestro de esgrima
Arturo Pérez-Reverte

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Abdul Bashur, soñador de navíos
Álvaro Mutis

Amirbar
Álvaro Mutis

Cuentos de mujeres solas
Varios autores

Pregúntale a Alicia
Anónimo

El largo camino hacia la libertad
Nelson Mandela

La silla del Águila
Carlos Fuentes

La cita y otros cuentos de mujeres infieles
Varios autores

Basura
Héctor Abad Faciolince

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

bib ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com